

VOLUMEN DIECISÉIS / NÚMERO UNO / 1992

desarrollo de base

REVISTA de la FUNDACIÓN INTERAMERICANA



Celebración de la cultura y el desarrollo

La Fundación Interamericana, organismo público creado por el Gobierno de Estados Unidos en 1969, proporciona ayuda financiera directa para los esfuerzos de autoayuda de la población pobre de América Latina y el Caribe. La Fundación otorga un promedio de 200 donaciones al año para proyectos en más de 25 países. Aproximadamente la mitad de sus recursos provienen de dotaciones del Congreso y el resto del Fondo Fiduciario de Progreso Social administrado por el Banco Interamericano de Desarrollo.

La Oficina de Aprendizaje y Divulgación de la Fundación Interamericana publica la revista *Desarrollo de Base* en inglés, español y portugués. Su propósito es explorar cómo puede la asistencia para el desarrollo contribuir más eficazmente en los esfuerzos de autoayuda y dar a conocer la manera en que la población pobre de América Latina y el Caribe se organiza y trabaja para mejorar sus condiciones de vida. La revista publica principalmente artículos sobre las experiencias de la Fundación y de los grupos a los cuales proporciona ayuda. No obstante, se aceptan contribuciones de personas que no trabajan para la institución. Se invita a las personas interesadas en enviar artículos a que soliciten las «Instrucciones para los colaboradores».

A menos que se indique lo contrario, con la excepción de la reproducción de fotografías para la cual se requiere autorización, el material publicado en la revista puede ser libremente reproducido. Se solicita mencionar la fuente y enviar a la Fundación una copia de cualquier reproducción.

Desarrollo de Base aparece en el catálogo del *Standard Periodical Directory*, el *Public Affairs Information Service Bulletin* y el *Hispanic American Periodical Index (HAPI)*, y en el banco de datos *Agricultural Online Access (AGRICOLA)*. Copias de los números atrasados pueden obtenerse en microfilme de University Microfilms International, 300 N. Zeeb Road, Ann Arbor, Michigan 48106, E.U.A.

Esta publicación puede solicitarse a:

Desarrollo de Base
Fundación Interamericana
901 N. Stuart St.
Arlington, Virginia 22203
E.U.A.

Bill K. Perrin, *Presidente*

Editor Interino Ron Weber
Redacción en español y portugués Leyda Appel
Coordinadora editorial Maria E. Barry
Asistente de publicaciones Marnie A. Stokes

Portada: En el Festival de Vida Folclórica Americana de la Smithsonian Institution en Washington, D.C., Alejandro Flores Huatta de Taquile, Perú, explica los símbolos incas en un cinturón tejido por su esposa. Más tarde en una reunión interamericana de grupos indígenas, habló sobre el comercio turístico de su comunidad a los interesados en la vida andina auténtica. (Véase artículo en la página 32.) *Foto: Ron Weber. Página opuesta:* Pescadores artesanales de una federación de cooperativas formada a iniciativa de un folclorista afroecuatoriano regresan con la captura del día. (Véase artículo en la página 22.) *Foto: Miguel Sayago.*

desarrollo de base

Volumen 16, No. 1, 1992 REVISTA de la FUNDACIÓN INTERAMERICANA



El hallazgo de un terreno en común:

Redefinición de la labor de la mujer en Colombia 2

A través de barreras sociales las mujeres se unen para reformar la Ley de Seguridad Social del país. *Jamie K. Donaldson*

De la protesta a los programas:

Asociaciones vecinales de un municipio brasileño 12

¿Puede el gobierno municipal ampliar los servicios movilizándolo a los grupos vecinales de autoayuda? *Bruce W. Ferguson*

La energía cultural y el desarrollo de base 22

Los proyectos en toda la región demuestran que las comunidades pueden solucionar sus problemas liberando la creatividad de las tradiciones autóctonas. *Charles D. Kleymeyer*

Armonía con la tierra: Celebración de la cultura andina 32

Un festival folclórico en Washington, D.C. se convierte en salón de clase para el desarrollo de base indígena. *Marion Ritchey Vance and Ron Weber*

Comentario 42

Temario de investigación sobre comercialización para el desarrollo de la microempresa
Harry G. Miller and Ivo Saric

La marcha del desarrollo 43

Noticias de la sede 46

Maestros de la socioecología del desarrollo

Libros 48

Una visión para las organizaciones no gubernamentales y una historia oral del Cuerpo de Paz.

Recursos 50

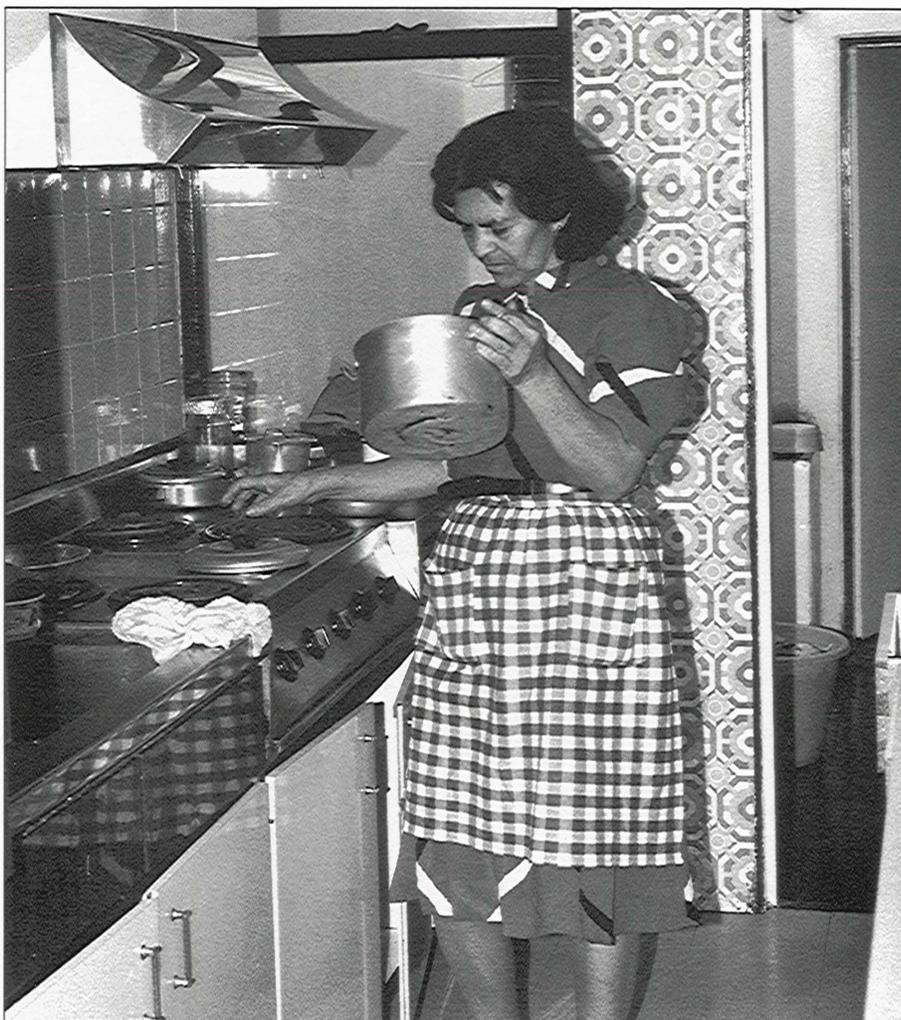
Materiales útiles centrados en la salud y la higiene.

El hallazgo de un terreno en común

Redefinición de la labor de la mujer en Colombia

Una alianza estratégica de profesionales y de trabajadoras de escasos recursos multiplica el valor social de la autoestima.

Jamie K. Donaldson



Jamie K. Donaldson

Emma Ojeda, una trabajadora del hogar, prepara una comida para la familia que la ha empleado desde hace veinte años. Ella forma parte de un grupo grande pero invisible de mujeres a quienes se les paga para cuidar las casas y los niños de sus patrones.

Si bien merece plenamente su único día de descanso de la semana, Emma Ojeda se levanta muy temprano en la mañana todos los domingos. Con una mezcla de obligación y afecto, con todo cuidado saca los ingredientes que su «familia» necesitará para preparar el desayuno cuando se le-

vante. Emma, que es casi ciega de nacimiento, ha pasado 45 de sus 57 años viviendo en casa de otra persona, ajustándose a su estilo de vida. Cuando finalmente sale de la casa a la calle, duda, mira a uno y otro lado como si estuviera perdida por un momento. En realidad, ella está esperando que comience su día.

Enseguida llega la amiga que la acompañará en varios autobuses a través de Bogotá a la oficina de la Asociación de Mujeres Trabajadoras del Hogar (AMUTRAHOGAR). Al igual que una de cada cuatro mujeres trabajadoras en Colombia, Emma y su compañera son empleadas domésticas, miembros de ese grupo grande pero socialmente invisible de trabajadoras del hogar, que recibe un sueldo por cocinar, limpiar y cuidar a los niños.

El viaje a través de la ciudad llevará la mayor parte de la mañana, pero la vida de Emma le ha enseñado paciencia. Habiendo nacido en una familia de agricultores pobres de una aldea en las montañas azules del Departamento de Santander, desde de la edad de 12 años se ha dirigido lentamente hacia el sur, a la capital y al hogar de su patrona actual, una familia de clase media alta bajo cuyo techo ha trabajado y vivido durante casi veinte años.

Cuando Emma y su compañera llegan a las puertas de la AMUTRAHOGAR, no están solas. La oficina ha estado abierta desde las siete de la mañana, y una fila constante de mujeres ha pasado buscando asesoramiento legal, cursos educativos o tan solo un lugar acogedor donde reunirse y charlar. Dentro de esta sala hay una bulliciosa actividad. Alrededor de una mesa dos trabajadoras del hogar equipadas con una calculadora y lápices, se reúnen con una compañera que acaba de dejar su trabajo. Juntas están calculando cuánto le debe el antiguo patrón en términos de indemnización y vacaciones pagas no utilizadas. Cerca de ellas, varias mujeres examinan unas fotografías pegadas a la pared, de la marcha de trabajadoras del hogar que se realizó en 1987 para pedir cobertura del seguro social, mientras guardan en la mano las fichas que determinan su turno en la mesa.

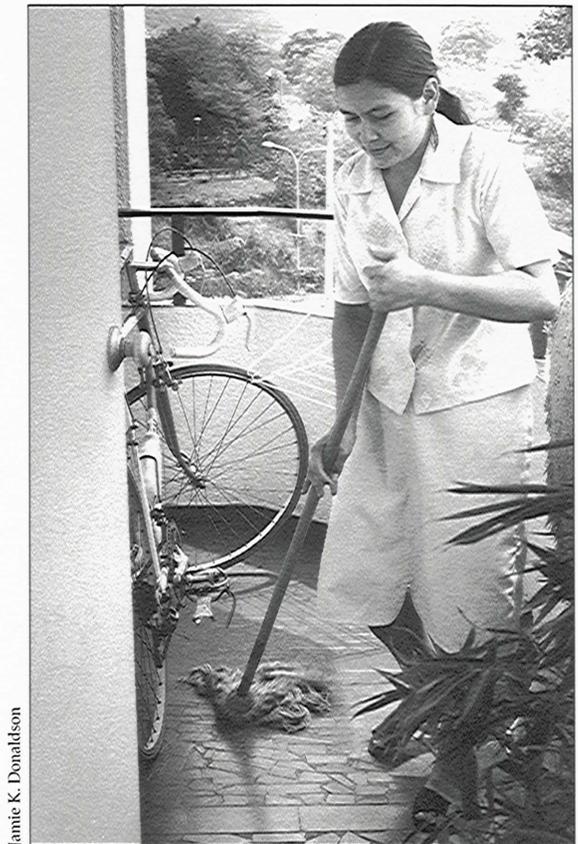
En un rincón se ha improvisado una clase de crochet. Sentada en el suelo a los pies de su madre, una niña pequeña juega con las hebras de lana de colores vivos que ha recogido en su mano. En el último rincón de la habitación, una mujer distinguida y de pelo gris hace preguntas a un grupo sentado alrededor de una mesa, disipando los mitos acerca de las domésticas o, peor aún, de las «manteacas», uno de los términos con connotaciones peyorativas para las trabajadoras del hogar que por lo común se oyen en Colombia. Atraída por la risa, Emma se acerca para sumarse a la animada conversación. «¿Ustedes son domésticas?», pregunta la jefa del debate. «¿Qué son las domésticas?» repite, alargando las sílabas en forma irónica.

Al unísono, Emma y las otras responden como en un rugido: «¡animales domésticos!».

Al poco rato, estas mujeres y otras que van llegando en su tarde libre, convocarán la reunión semanal regular de la AMUTRAHOGAR. La decisión de Emma de venir aquí, la existencia misma de la Asociación como un tipo de familia electiva, fuente de apoyo moral y legal, no hubiera sido posible sin largos años de ardua y con frecuencia frustrante labor por parte de una extraordinaria alianza de trabajadoras del hogar y abogadas y educadoras de Bogotá. Estos grupos al parecer tan dispares —uno de ellos en su mayoría no capacitado y rural y el otro profesional y urbano— han roto barreras sociales para hallar un terreno común. Juntas luchan para transformar las condiciones de las trabajadoras del hogar de Colombia y, al hacerlo, reformular la idea de lo que significa realizar trabajo de mujeres.

Con la posible excepción de la prostitución, ninguna otra ocupación en América Latina es tan estigmatizada por género, rango social y a veces raza como el servicio doméstico. Sólo en raros casos el trabajo doméstico pagado es considerado por ministerios gubernamentales, sindicatos laborales y hasta las trabajadoras mismas como una verdadera profesión. El trabajo consiste en labores que tradicionalmente se asignan a las mujeres de una casa y que se supone que son parte de sus deberes «naturales». Comparado con casi cualquier trabajo desempeñado por el hombre en el hogar o en el empleo, «el trabajo de mujeres» se desprecia en la mayoría de las sociedades. El hecho de que se le pague a una persona extraña para que haga este trabajo «no valorado» no la eleva a los ojos de los otros a la condición de empleada legítima, sólo significa que todos los miembros de la unidad familiar pueden liberarse de la monotonía y del estigma de estas tareas.

Sin excepción, las trabajadoras del hogar también provienen de estratos sociales más bajos que sus patronos, haciendo difícil que las patronas se identifiquen con la situación de sus empleadas, si bien ambas han estado en el extremo perdedor de la división sexual del trabajo. Los niveles de pobreza son tales en América Latina que aun las familias de clases más bajas pueden hallar mujeres en situación de necesidad más apremiante, que trabajarán por una paga ínfima.



Jamie K. Donaldson

En esta foto, Elena Rojas, una trabajadora del hogar, lava el patio de la casa de su patrón. Muchas trabajadoras que viven en la casa donde trabajan consideran que su situación es temporal: Elena espera llegar a ser costurera.



Páginas de una cartilla, o manual de capacitación producido por la ACEP en el que se esbozan los derechos de las trabajadoras del hogar. La Ley 11 de Colombia abrió las puertas para que las trabajadoras del hogar recibieran cobertura del seguro social.

En algunos países, las mujeres negras o indígenas por lo común son empleadas en los hogares de los mestizos; lo contrario rara vez ocurre, si es que alguna vez sucede. La combinación de relaciones de género, clase y raza que caracteriza el servicio doméstico pagado hace que las trabajadoras del hogar figuren entre los miembros más desprotegidos de la fuerza laboral de América Latina.

En Colombia, hay por lo menos un medio millón de trabajadoras del hogar que viven con la familia con la que trabajan, como Emma Ojeda, o trabajan a jornada parcial para varios patrones. Es imposible llegar a cifras precisas ya que muchos de estos puestos caen en la economía no formal, que en su mayor parte no se registra. Hace una década, la gran mayoría de las trabajadoras del hogar vivían en las casas en que trabajaban, pero hoy en día la proporción de éstas se está acercando rápidamente a la mitad. Las que viven en las casas tienden a ser mujeres solteras jóvenes, ya que pocos son los patrones que están dispuestos a albergar a una segunda familia, o que tienen los medios para hacerlo.

Al igual que en el resto de América Latina, las trabajadoras del hogar colombianas son predominantemente emigrantes del campo. La violencia endémica, la pobreza y la falta de oportunidades de educación las empujan fuera de las aldeas y hacia la ciudad con la esperanza de una vida mejor a donde llegan sin capacitación y con frecuencia analfabetas. Al no poder conseguir un empleo en el sector formal como en una fábrica, una tienda o un restaurante, la mayoría de las recién llegadas —al igual que la procesión que las precedió— terminan como empleadas domésticas en casas privadas. Pocas de estas jóvenes se han propuesto ser empleadas domésticas; la mayoría vive la experiencia como algo que les depara el destino. Mientras son jóvenes, la mayoría se aferra a la esperanza de que su suerte cambiará, al igual que la de la Cenicienta; pero su nueva situación con frecuencia intensifica el fracaso inicial, lo que resulta en un bajo concepto de sí mismas y un sentido internalizado de inferioridad que caracteriza a tantas trabajadoras del hogar.

Las historias aterradoras de maltrato físico y virtual esclavitud que sufrieron las empleadas domésticas del hemisferio constituyen, afortunadamente, una reliquia del pasado, en su mayor parte. Hoy en día, algunas trabajadoras del hogar gozan de buenas relaciones de trabajo con sus patrones, que se basan en confianza y respeto mutuos. No obstante, persisten problemas tenaces. Las trabajadoras que viven en las casas se enfrentan ante el dilema de ser tratadas como trabajadores pagados y al mismo

tiempo como miembros de la familia. En algunos casos, han escapado de hogares turbulentos y están particularmente ansiosas de hallar afecto o sólo un trato justo, bajo el nuevo techo. Pero aun si la clase o la raza no impide establecer relaciones estrechas, la relación afectiva puede desvanecerse si la trabajadora del hogar se enferma o si sufre algún otro tipo de incapacidad temporal. El embarazo es motivo de despido inmediato.

Las que trabajan por día, si bien tienen una mayor independencia relativa, se enfrentan ante condiciones duras también. Muchas son solteras, cabeza de familia, que luego de un día de trabajo en el hogar de otra persona se encuentran ante una segunda jornada de limpieza, cocina y cuidado de niños en sus propias casas. Están mejor pagadas que las que viven en la casa del patrón, pero esto se ve contrarrestado por una mayor inseguridad del empleo y del costo del transporte público para ir a trabajar.

Mucho de lo que sabemos sobre la situación de las trabajadoras del hogar de Colombia proviene de la labor pionera de investigación realizada por la socióloga Magdalena León. Durante casi 20 años, ella ha estudiado las contribuciones de la mujer colombiana al desarrollo, en especial su participación «oculta» en la fuerza laboral. Un examen de la vida en el campo la llevó a seguir la huella de los trabajadores rurales que emigran a la ciudad, registrando cómo las jóvenes, motivadas por sueños de mejor educación o tal vez un



Magdalena León, ex directora de la Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, elaboró el primer programa para identificar y satisfacer las necesidades de las trabajadoras del hogar.

trabajo en una fábrica, despiertan para hallarse reducidas a «domésticas». Sus testimonios sobre las condiciones de trabajo y sus esperanzas frustradas la afectaron profundamente, haciéndola pensar hasta qué punto ella había conocido realmente a alguna de las numerosas sirvientas que habían trabajado para su familia cuando ella era niña.

«Tras contestar pacientemente preguntas durante estas entrevistas» agrega Magdalena, «invariablemente ellas me hacían una pregunta: ¿qué debemos hacer para cambiar?» El creciente compromiso que sintió hacia la mujer rural y la necesidad de responder a esta pregunta la llevó a pasar de la investigación abstracta a la aplicada. Sumándose a otras mujeres profesionales de la Asociación Colombiana para el Estudio de la Población (ACEP), organización no gubernamental (ONG) con sede en Bogotá, formuló un programa para identificar y responder a las necesidades de las trabajadoras del hogar.

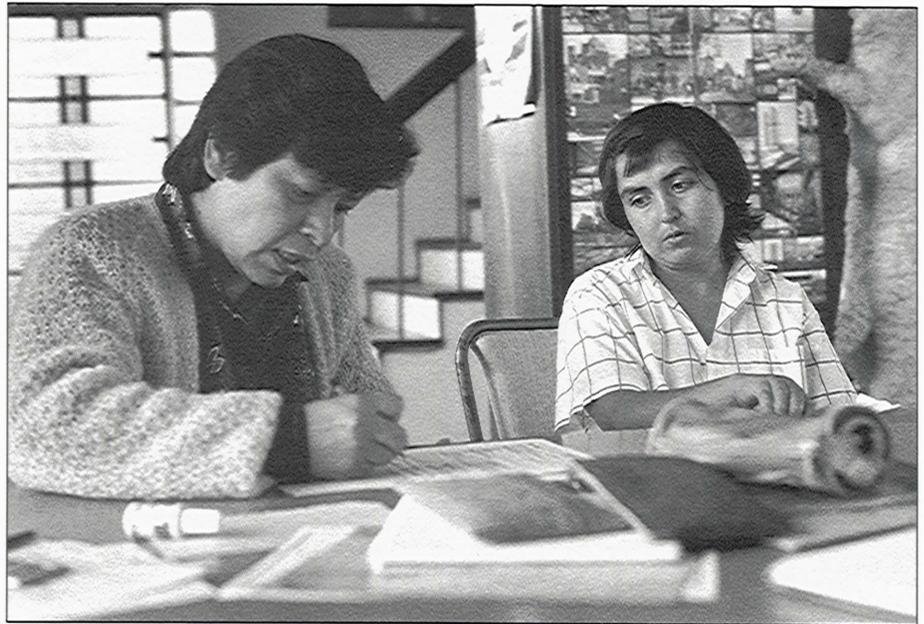
El programa de la ACEP se lanzó en 1981 con el apoyo de la Fundación Interamericana. El primer paso fue examinar las leyes laborales existentes sobre los derechos y las responsabilidades de las trabajadoras del hogar, y entrevistar a algunas de ellas para determinar hasta qué punto el código legal se aplicaba para satisfacer sus necesidades. Luego se realizarían actividades de extensión para sensibilizar al personal de las entidades gubernamentales y ONG sobre las brechas que deben cerrarse, y para proporcionar servicios legales y educativos con el fin de ayudar a trabajadoras y patrones a comprender y cumplir sus correspondientes obligaciones. Finalmente, el programa trabajaría para ayudar al Sindicato de Trabajadoras del Servicio Doméstico (SINTRASEDOM) a consolidarse y convertirse en un foro en el que las trabajadoras del hogar puedan expresar sus propias necesidades y comenzar a satisfacerlas.

Las abogadas de la ACEP aprendieron que la ley laboral colombiana otorga a las empleadas que trabajan en las casas el derecho a un sueldo mínimo legal, un día de descanso a la semana y días feriados libres. Otras disposiciones fijan normas con respecto a vacaciones pagas, licencia por maternidad y pago por indemnización. En la práctica, el equipo de investigación descubrió que estas metas muy raras veces se cumplen. Los patrones —y con frecuencia las trabajadoras— no conocían las leyes o simplemente hacían caso omiso de las mismas, ya que las leyes no recibían publicidad adecuada ni tampoco se aplicaban. Aun cuando se realizaron esfuerzos para aplicar el sueldo mínimo, por ejemplo, las trabajadoras que vivían en las casas con

frecuencia no tenían más que dinero de bolsillo para gastar después de que sus patronas deducían los costos de alimentos, ropa, vivienda y otros artículos en especie. Otra escapatoria era la ausencia de una definición legal de lo que constituye el día de trabajo. No es poco común que las trabajadoras que viven en las casas trabajen 16 horas continuas y que luego estén disponibles en caso de que la familia las necesite. Por último, algunos patrones simplemente no consideran que el trabajo de la empleada doméstica sea un contrato de trabajo que obligue a las partes, lo que hace que sea difícil que las trabajadoras despedidas obtengan una liquidación, el cálculo y el pago de indemnización y otras prestaciones conexas obligatorias.

Las abogadas de la ACEP incorporaron lo que aprendieron en cursillos que se ofrecieron a trabajadoras del hogar, a personal de las agencias de empleo, trabajadores sociales y estudiantes de leyes en varias universidades. Se invitaba por medio de avisos por la radio a trabajadoras y patrones a utilizar una clínica quincenal de servicios legales establecida en la sede de la ACEP en Bogotá. Además de proporcionar información sobre las leyes laborales de Colombia, la clínica proporcionaba servicios de liquidación que demostraron ser una atracción popular. Los patrones tenían acceso a una transacción rápida y justa y las trabajadoras del hogar, con el peso del equipo legal de la ACEP respaldándolas, con frecuencia lograban llegar a acuerdos tras la terminación del empleo sin tener que recurrir a acción judicial.

Con base en los éxitos que la ACEP había obtenido en las primeras etapas y de una evaluación favorable, la Fundación Interamericana le otorgó una segunda donación en 1983 para que estableciera el mismo programa en las ciudades de Cali, Medellín, Barranquilla y Bucaramanga. La Fundación Ford le proporcionó financiamiento adicional el año siguiente. La idea no era administrar un programa de servicios centralizados desde Bogotá sino transferir las actividades del proyecto a ONG ubicadas en otros lugares que tuvieran experiencia con cuestiones de desarrollo de la mujer y pudieran proporcionar apoyo a futuras organizaciones de afiliación. El programa halló una sede en Cali en el Centro de Apoyo a la Mujer y al Infante (CAMI), entidad sin fines de lucro dedicada a cuestiones legales y de salud. En Medellín el programa fue iniciado por una abogada de ACEP y más tarde fue asumido por el grupo Vamos Mujer. En Barranquilla el programa pasó por varias entidades antes de terminar en la oficina regional del Foro Nacional por Colombia,



Jamie K. Donaldson

Mariela Loaiza, ex presidenta de la AMUTRAHOGAR, calcula las prestaciones que le deben a una compañera trabajadora del hogar. Con la ayuda de la ACEP y de la AMUTRAHOGAR, muchas trabajadoras lograron llegar a acuerdos financieros con antiguos patrones sin recurrir a la acción judicial.

una importante ONG dedicada a promover organizaciones autogestionarias en los sectores populares. En Bucaramanga no había organizaciones de mujeres que pudieran albergar el programa, de modo que los trabajadores de extensión de ACEP consiguieron la ayuda de funcionarios simpatizantes de la sucursal de la entidad nacional de empleo del gobierno, para administrar varias actividades clave del proyecto, tales como el servicio de liquidación.

A medida que se lanzaban actividades del proyecto en otros lugares, la clínica legal de Bogotá siguió refinando sus actividades. Se agregaron cursos informales sobre temas tales como ciudadanía, sexualidad y el papel de la mujer en la sociedad colombiana. Por primera vez, estos debates aunaron a trabajadoras del hogar para que reflexionaran sobre su situación y comenzaran a desarrollar un sentido de propósito común. La ACEP ayudó en esta introspección, introduciendo los conceptos de género y clase para que las trabajadoras pudieran hallar un sentido a sus incómodos sentimientos de insatisfacción en el trabajo. Se animó a las mujeres a que examinaran sus metas personales y de trabajo, y a que miraran más allá del servicio doméstico pagado. No obstante, reconociendo que las limitaciones sociales y económicas impiden a muchas trabajadoras abandonar el servicio doméstico, el personal de la ACEP las ayudó a darse cuenta de que es una profesión como cualquier otra, protegida por la ley colombiana —si

bien en forma imperfecta— y merecedora de respeto y de un sueldo negociado equitativo.

Estos talleres y los testimonios de muchas mujeres que buscaban servicios de liquidación gradualmente hicieron salir a la superficie un sentimiento subyacente de ansiedad. Las trabajadoras de más edad hablaron de su temor de que, sin sueldo suficiente para ahorrar un poco o tener acceso a una pensión de jubilación, podrían encontrarse algún día en la calle. Las trabajadoras más jóvenes reforzaron esos temores, dejando bien en claro que las trabajadoras de todas las edades, con solo tener una enfermedad prolongada, podrían caer en el desempleo y la indigencia. Esto inspiró al personal del proyecto a examinar los requisitos de aceptación en el sistema de seguro social de la nación para ver si las trabajadoras del hogar estaban calificadas para recibir las prestaciones de jubilación, atención médica subvencionada y pensiones por incapacidad, al igual que cualquier otro colombiano que trabajara bajo contrato.

Lo que descubrieron lanzó al proyecto de la ACEP a un nuevo curso de acción y lanzó a las trabajadoras del hogar a la acción. Una reforma del código de seguro social colombiano realizada en 1977 estipula que las personas, inclusive las trabajadoras domésticas, que son pagadas por particulares por sus servicios, tienen derecho a recibir prestaciones. El impuesto del seguro social para los trabajadores que reúnen los requisitos debe

compartirse entre el patrón y el empleado. Con una ley como esta ya vigente, ¿por qué sentían las trabajadoras del hogar tal ansiedad con respecto a su futuro?

Existían dos obstáculos principales para tener acceso al sistema, uno de los cuales era obvio de lo que había descubierto la ACEP. Pocos ciudadanos sabían de la reforma del código debido a que el Instituto de Seguridades Sociales nunca publicó la ley que administraba, temiendo una afluencia enorme de nuevos beneficiarios. El segundo obstáculo excluía efectivamente a la mayoría de las trabajadoras del hogar, aun en el caso de que ellas se las ingeniaron para evitar el primero. El impuesto de seguro social para los trabajadores tenía como base ganar el sueldo mínimo, con lo cual la participación estaba más allá del alcance de todas las mujeres, salvo algunas excepciones.

El personal de la ACEP concibió una estrategia de tres frentes para hacer que el seguro social se convirtiera en una realidad para las trabajadoras del hogar, lanzando una campaña que catalizara las inquietudes individuales sobre la salud formando un movimiento de base. El equipo de profesionales abriría contactos con funcionarios del seguro social y del trabajo, sensibilizaría a la opinión pública a través de los medios de comunicación e instaría a las trabajadoras del hogar a organizarse para mejorar su situación. En una reunión realizada el 1º de mayo de 1985, que contó con la participación de 40 trabajadoras del hogar, la ACEP y el SINTRASEDOM acordaron aunarse para informar al público colombiano sobre la necesidad de que las trabajadoras del hogar estuvieran amparadas por el seguro social.

Como primer paso, patrocinaron una reunión general, que tuvo lugar el 15 de agosto, en cuya ocasión se juntaron 200 trabajadoras del hogar para pasar una tarde de bailes, sociodrama y música. Las mujeres interesadas se turnaban en presentarse al micrófono para tratar la cuestión del seguro social, mientras que equipos de televisión y un puñado de periodistas observaban. Para muchas de las participantes, era la primera vez que se habían dirigido a una multitud.

Reforzadas por la experiencia, el grupo decidió dar un paso más ambicioso: presentarían su caso en octubre directamente a la Presidencia en la Plaza de Bolívar, el lugar tradicional para presentar peticiones en Bogotá. Las trabajadoras del hogar formaron un Comité de Publicidad, diseñaron volantes y los colocaron en parques, tiendas y otras zonas públicas frecuentadas por empleadas domésticas en su día libre. Mientras tanto, los

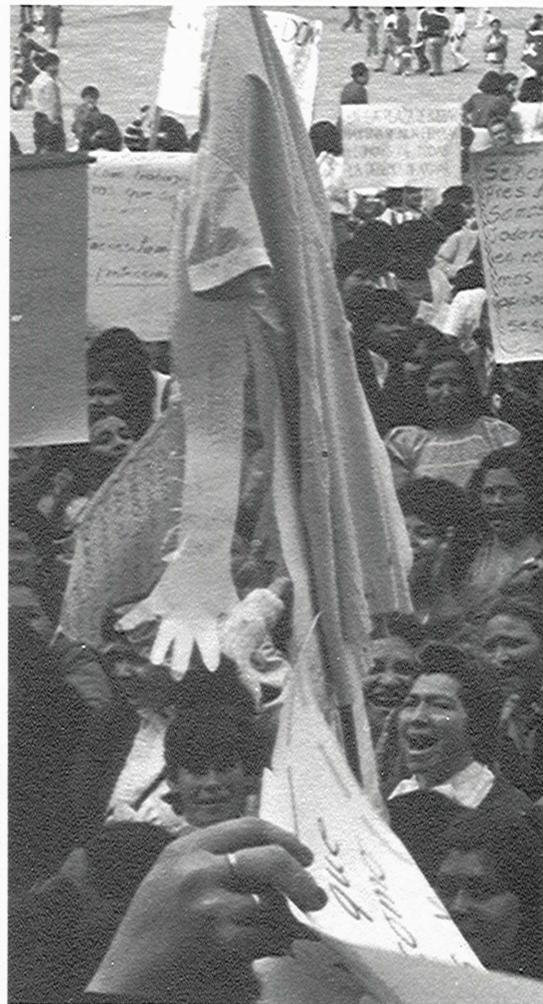
profesionales de la ACEP redactaron comunicados de prensa.

Unos tres meses después, cientos de trabajadoras del hogar, sin dejar que su entusiasmo se aguara por la repentina lluvia torrencial, se reunieron en la Plaza de Bolívar con una carta dirigida al entonces Presidente Belisario Betancur. La petición esbozaba sugerencias concretas para hacer que la ley de seguridad social fuera viable para las mujeres empleadas como ellas. Tal vez atraída por lo novedoso de lo que veía, la prensa local se presentó en pleno; por un momento la nación parecía estar viendo algo que anteriormente era invisible.

La visión resultó ser efímera, sin embargo, eclipsada por dos catástrofes nacionales que tuvieron lugar en el lapso de un mes: la ocupación en noviembre del Palacio de Justicia por parte de los guerrilleros del M-19 y la erupción del volcán Nevado del Ruiz, que causó la muerte a más de 20.000 personas. Con el gobierno y el público aturridos por estos dos desastres, 1986 fue un año de crisis para las trabajadoras del hogar que se acababan de organizar. Algunas abandonaron la cruzada en pro del seguro social una vez que se esfumaron sus esperanzas de un éxito rápido. Otras abandonaron la causa por temor a represalias de los patrones por participar en actividades «subversivas» o simplemente por estar muy cansadas al final de una semana de duro trabajo para asistir a reuniones de planificación los domingos. Para fin del año, las dirigentes del SINTRASEDOM estaban en desorden; a pesar de los grandes esfuerzos realizados por la ACEP para ayudar a que la organización se mantuviera concentrada en su tema, se cortaron las relaciones con el programa. Por un instante, la ACEP perdió su vinculación directa con las mujeres a las que se había propuesto prestar servicios.

Afortunadamente, un núcleo comprometido de trabajadoras del hogar siguió reuniéndose en Bogotá. Varias eran mujeres que habían participado en el SINTRASEDOM y se habían convencido de la necesidad generalizada de contar con el seguro social al oír sus propias inquietudes hacer eco en el testimonio de sus compañeras. Otras eran mujeres que habían obtenido una nueva conciencia de sí mismas durante la reciente campaña. Aunándose formaron el Comité de Trabajadoras del Hogar, que más adelante dio lugar a la AMUTRAHOGAR.

También había señales de vida fuera de la capital. En Barranquilla, 40 trabajadoras del hogar se presentaron para la Marcha de los Delantales, para dar publicidad a su necesidad de contar con



Fotos: Cortesía de AMUTRAHOGAR

prestaciones sociales y el derecho a un día de descanso. Fue el primer acto de ese tipo dirigido y realizado por mujeres en la historia de la ciudad.

Dándose cuenta de que el programa había echado raíces en otras ciudades que constituían posibles fuentes de renovada energía, la ACEP convocó un congreso nacional en 1987 para proporcionar un foro para que las trabajadoras del hogar hicieran un inventario de lo logrado y de los obstáculos del año anterior, reflexionaran sobre su situación común y adoptaran una decisión común. Entre las participantes figuraban mujeres de Bogotá y de las cuatro oficinas regionales,



miembros del SINTRASEDOM, trabajadoras del hogar no afiliadas y funcionarias de agencias de empleo y del sector público. El Congreso sirvió de marco para la Marcha por el Seguro Social que tuvo lugar el 5 de abril.

En un sentido, esta marcha debió haber sido una celebración de victoria. El Presidente recientemente electo, Virgilio Barco, había anunciado que la cobertura del seguro social se estaba ampliando para cubrir a las trabajadoras del hogar como parte de su programa para el alivio de la pobreza. Sin embargo, las abogadas de la ACEP habían descubierto una falla potencial en el plan. En efecto, la primera

El 5 de abril de 1987 más de 1000 trabajadoras del hogar de todo el país se reunieron en la Plaza de Bolívar de Bogotá para la marcha en pro del seguro social, informando al público sobre las brechas existentes en la cobertura del seguro actual. Después de meses de negociaciones, el gobierno colombiano acordó subvencionar plenas prestaciones del seguro social a través del Ministerio de Hacienda.

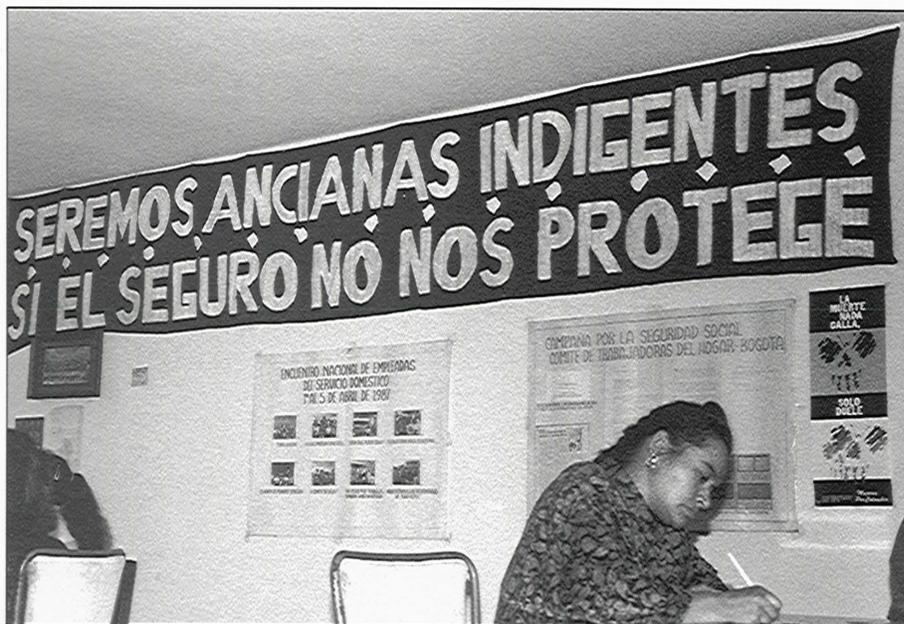
barrera a la aplicación de la reforma de 1977, falta de difusión, se estaba eliminando mediante esta declaración pública. Pero la segunda barrera —los términos de la participación— persistía y en cierta medida se endureció. Al clasificar a las trabajadoras por día como trabajadoras por cuenta propia, el plan Barco implicaba que no había patrón responsable del pago por despido, vacaciones pagadas y otras prestaciones que anteriormente se conferían en el marco de la ley de contrato laboral. También hacía que las trabajadoras por día fueran responsables de la totalidad del impuesto para el seguro social, excluyendo efectivamente del sistema a la mitad de las trabajadoras del hogar, inclusive la mayoría de las que tienen familia. Esta clasificación de hecho amenazaba dividir aún más a las trabajadoras del hogar, socavando el sentido de solidaridad necesario para que crearan organizaciones autogestionarias viables.

Las abogadas de la ACEP informaron a las trabajadoras del hogar de los posibles efectos secundarios y el Comité de Bogotá de Trabajadoras del Hogar asumió la dirección de la planificación de la reunión masiva de abril para dar publicidad a medidas correctivas. Hicieron correr la voz sobre la futura marcha a las compañeras, fueron a programas de radio y televisión y llenaron la ciudad con afiches y volantes.

En un día de primavera de comienzos de abril, más de 1.000 trabajadoras del hogar de todo el país se reunieron en la Plaza de Bolívar junto con equipos de radio y camarógrafos de la televisión locales y periodistas de los dos principales periódicos nacionales. Mariela Loaiza, líder de las trabajadoras del hogar, se dirigió a ellas y a los ciudadanos de Colombia con apremiante urgencia. «Hemos venido aquí», dijo, «muchas desde muy lejos y a costa de sacrificio personal para pedir al estado y a la sociedad un remedio rápido y eficaz a la desprotección en la salud con que tienen que vivir las trabajadoras del hogar y a la que deben someter a sus familias y a sus hijos».

No hubo una respuesta pública oficial en los días que siguieron, y algunas trabajadoras del hogar se alejaron del programa en silencio, temiendo que esto señalaba otra derrota. Sin embargo, otras se sumaron al personal de la ACEP en reuniones con funcionarios de nivel medio encargados de redactar la nueva legislación para el gobierno. Las abogadas de la ACEP trabajaron con el Ministerio del Trabajo. A fines del verano, el Ministerio anunció que iba a presentar legislación al Congreso colombiano para rectificar las normas del seguro social pertinentes a las trabajadoras del hogar.

En el nuevo proyecto de ley se eliminaba la definición de trabajadoras por



Jamie K. Donaldson

Una pancarta en la sede de la AMUTRAHOGAR proclama la necesidad de la protección del seguro social. El reto ahora es lograr una más amplia aplicación de la Ley 11, aumentando el número de afiliadas al Seguro Social.

día como trabajadoras independientes y se reconocía que casi todas las trabajadoras del hogar ganaban menos que el sueldo mínimo y no podían pagar el impuesto del seguro social a las tasas vigentes. La tasa disminuiría para aumentar el acceso pero, a cambio, las trabajadoras del hogar tendrían derecho a prestaciones reducidas. Las abogadas de la ACEP no solamente temían que la base de las prestaciones fuera muy baja para ser eficaz sino pensaban que el proyecto de ley enviaba un mensaje equivocado a las trabajadoras del hogar y a la sociedad: si bien ya no eran invisibles, las empleadas domésticas seguirían siendo ciudadanas de segunda clase. Después de trabajar con miembros del Congreso, el Instituto de Seguridades Sociales y el Ministerio del Trabajo, se dio forma a un acuerdo para subvencionar la participación plena de las trabajadoras del hogar a través del Ministerio de Hacienda.

Un problema importante persistía: recaudar los impuestos de las trabajadoras y los patrones. Para las que viven en las casas en las que trabajan, la solución era relativamente sencilla ya que sus trabajos eran por lo general estables y había un patrón único que podía enviar el impuesto directamente al Instituto de Seguridades Sociales. Sin embargo, para las trabajadoras por día, recaudar aportes parciales de varios patrones planteaba al Instituto de Seguridades Sociales una pesadilla logística y parecía estar más allá de los medios de las empleadas indivi-

duales. La solución era utilizar intermedios, denominadas entidades agrupadoras, organizaciones no gubernamentales que ya existían o especialmente creadas, que recaudaría las cuotas de las trabajadoras por día y sus patrones para entregarlas al Instituto.

El Comité de Trabajadoras de Bogotá asumió una función activa en este proceso, forjando apoyo entre las trabajadoras, reuniéndose con diputados y otros funcionarios, hablando con los medios de comunicación y organizando una campaña nacional de cartas.

En enero de 1988, dieron su fruto cinco años de duro trabajo por parte de Magdalena León, los otros profesionales de ACEP y las mujeres trabajadoras a las que habían llegado a conocer muy bien. El Presidente Barco firmó la Ley 11, abriendo las puertas para que las trabajadoras del hogar recibieran prestaciones sociales.

Cuando el patrocinio del programa por parte de la ACEP comenzó a reducirse gradualmente más tarde en ese año, hubo mucho de qué estar orgullosos, si bien no todo puede cuantificarse fácilmente. Para muchas participantes, se derrumbó el debilitante estereotipo de trabajadoras del hogar como mujeres sin autoestima ni orgullo en el trabajo, llenándolas de confianza en que podían cambiar su situación. Oneida Guzmán, una mujer negra de 27 años de edad oriunda de Cali, lo expresó así: «[El programa de la ACEP en] el CAMI me

abrió los ojos al hecho de que tenía un trabajo real, pero primero tuve que aprender a valorar mi trabajo para que otros lo hicieran también. Parte de eso significa aprender a valorarnos a nosotras mismas como mujeres, como seres humanos y no como objetos, que es lo que la sociedad y nuestra condición parecía hacernos.»

Las profesionales de la ONG también aprendieron de este proceso. «El programa me ayudó a ver las cosas que había pasado por alto en el trabajo doméstico de la mujer», dice Isabel Ortiz, psicóloga de la Fundación Mujer y Futuro de Bucaramanga. «Al ayudar a las trabajadoras del hogar a confrontar sus propios problemas, comencé a aclarar mi propia vida familiar, valorando mis responsabilidades como mujer de la casa, pero también luchando un poco más por mis derechos como persona en el interior de la familia.»

Para otras, el programa dio validez a cuestiones por las cuales arriesgaron sus carreras profesionales. Las cofundadoras de Mujer y Futuro, por ejemplo, habían trabajado durante años casi en aislamiento y anonimato para comprender los papeles que desempeña la mujer en la sociedad colombiana. Habiendo recibido capacitación en sociología y en sexualidad humana, sus intereses se consideraban demasiado periféricos o hipotéticos para la investigación académica central. El trabajar al lado de las beneficiarias del programa de la ACEP les dio la oportunidad de demostrar vívidamente cómo la mujer puede participar en el desarrollo.

Ana María Rojas, abogada de planta del CAMI, dice: «Para mí, fue un punto crucial. Comencé a ver que mi profesión se relacionaba con cuestiones de valor social y que podía ser un instrumento para mejorar la vida de las personas.» Al definir su compromiso a trabajar por el desarrollo social y explicar por qué cambió el centro focal de su práctica jurídica, también proporciona una pista para determinar cómo el programa de la ACEP logró surtir un efecto potencialmente profundo en la sociedad colombiana.

Es raro que abogados de Cali o Bogotá, o de Europa o Norteamérica para el caso, tengan grupos marginados como clientes. Pocos tienen las cualidades humanas para trabajar con mujeres de escasos ingresos y la buena voluntad para aceptar como remuneración los sueldos que pagan las ONG. Afortunadamente, Magdalena León, mediante prueba y error, logró hallar abogadas competentes y personal que no consideraban inferiores a sus clientes si no que las trataban de igual a igual.

La apertura al otro lado de la mesa tampoco era un hecho dado. El aislamiento del trabajo de las trabajadoras



Jamie K. Donaldson

Pastora Mecías Vidal y Oneida Guzmán, trabajadoras del hogar, comparten tareas en la casa de su patrón. Con frecuencia las trabajadoras del hogar trabajan 16 horas al día, de las cuales hasta 10 pasan en una cocina caliente.

del hogar les permite pocas oportunidades para relacionarse con otros. Los esfuerzos de grupo, en especial con mujeres de rango social más elevado, son prácticamente imposibles.

Pero eso fue exactamente lo que sucedió. Lo que hizo posible una alianza entre profesionales de la ACEP y trabajadoras del hogar fue la capacidad del programa de basarse en lo que tenían en común los dos grupos: su género. Los cursos no formales sobre el papel de la mujer en la sociedad ayudaron a las trabajadoras del hogar a ver cómo la cultura tradicional del machismo impedía la plena participación en la vida colombiana a la mitad de sus ciudadanos. Las mujeres profesionales se identificaron con la situación de las trabajadoras del hogar una vez que se dieron cuenta de que su propio trabajo también era subvalorado. Al introducir el concepto de género en el debate sobre el servicio doméstico, las profesionales de la ACEP lograron demostrar que «el trabajo de la mujer», ya sea que se realice en su propio hogar o en el hogar de otra persona, era digno de aprecio y respeto.

Este proceso de nivelación creó un clima de confianza mutua que fomentó la comunicación y la cooperación e hizo que la estrategia de la ACEP de extender

la cobertura del seguro social fuera posible. Esta estrategia de tres frentes significaba trabajar directamente con funcionarios gubernamentales, sensibilizar a la opinión pública a través de los medios de comunicación y animar a las trabajadoras del hogar a organizarse. Las profesionales tenían los contactos para facilitar los dos primeros campos, pero para el tercero eran indispensables las trabajadoras del hogar. Las tres vías eran paralelas y se fortalecían mutuamente, de modo que si una de ellas se veía bloqueada por momentos, podía dirigirse la atención a las otras dos con el fin de seguir adelante. Al cambiar ellas mismas, estos dos grupos relativamente pequeños de mujeres altamente motivadas abrieron oportunidades para el cambio a miles de otras.

¿Se materializará esa oportunidad? Desde el inicio, a las afiliadas de la ACEP les preocupaba mantener el ímpetu a largo plazo y transferir la responsabilidad del proyecto a las trabajadoras del hogar mismas. En Bogotá y las otras cuatro ciudades, la ACEP ofreció cursos no formales y capacitación en temas como formas legales de organización, contabilidad y dinámica de grupo para ayudar a las mujeres a desarrollar la confianza en sí mismas y



Matilde Zapata, dirigente de la AMUTRAHOGAR, dirige un debate de grupo para trabajadoras del hogar. La oficina de la AMUTRAHOGAR proporciona capacitación en contabilidad, trámites legales y cómo calcular y obtener las prestaciones sociales autorizadas.

obtener conocimientos prácticos necesarios para poder manejarse por sí solas.

Por varias razones, el proceso organizativo ha sido disparejo desde que la ACEP finalizó formalmente su patrocinio del programa. Como era de predecir, el primer grupo independiente de socias trabajadoras del hogar surgió en Bogotá donde el programa de la ACEP se había iniciado en 1980. El Comité de Trabajadoras del Hogar, que tiene algunas de sus raíces en el SINTRASEDOM, desempeñó un papel clave en la campaña para reunir los requisitos del seguro social y se benefició de los contactos estrechos mantenidos con los promotores de la ACEP hasta 1988, época en que el grupo decidió organizarse formalmente como AMUTRAHOGAR. Una ex empleada de la ACEP siguió prestando asesoramiento jurídico y asistencia técnica durante algún tiempo, pero a la larga la relación se averió debido a conflictos de personalidades.

En 1989 la Fundación Interamericana otorgó una pequeña donación a la AMUTRAHOGAR para ayudar a cubrir los costos básicos de operación y de capacitación mientras la organización echaba a andar por sí misma y para publicar un boletín para las trabajadoras del hogar. Si bien a la AMUTRAHOGAR todavía le falta lograr la capacidad institucional para actuar como entidad agru-

padora para recaudar los impuestos para el seguro social, ofrece cursillos para informar a las trabajadoras del hogar sobre sus derechos básicos en el trabajo y los procedimientos para tener acceso al sistema del seguro social. Las socias de la AMUTRAHOGAR también han recibido capacitación para realizar liquidaciones, por lo cual cobran una suma nominal de 200 pesos, equivalente a aproximadamente 30 centavos de dólar. El hecho de que tantas mujeres no socias estuvieran esperando para recibir este servicio el domingo de mañana en que Emma Ojeda visitó la oficina de AMUTRAHOGAR da testimonio de la necesidad aún no cubierta que continúa aunando a las trabajadoras del hogar.

A pesar de ello, recientemente la AMUTRAHOGAR comenzó a ir a la deriva, ante la necesidad de obtener asesoramiento profesional externo y ante la confusión sobre cuál es el próximo paso a seguir como institución. Varias de sus dirigentes se han agotado en la lucha de una década en favor de todas las trabajadoras del hogar. La crisis es típica de organizaciones cuyas identidades están vinculadas a un movimiento social más amplio, que con frecuencia se aglutinan alrededor de una o dos metas claramente definidas.

Una vez que al parecer se han alcanzado esas metas, el grupo que abrió el

camino tiene que hacer la difícil transición de movimiento social a organización de base, con el fin de atacar nuevos problemas cuando éstos surgen y asegurarse de no perder lo que se ganó a costa de tanto esfuerzo. La consolidación de una organización requiere un nuevo estilo de liderazgo y con frecuencia nuevos líderes, así como el afinamiento de las capacidades de contabilidad, gestión y planificación. Existe el peligro de que, sin una amplia visión del futuro, la AMUTRAHOGAR se convierta en un club social donde mujeres como Emma Ojeda pueden hallar amistad, alguien que escuche con paciencia y una estrecha gama de servicios, en lugar de dar el próximo paso y convertirse en una entidad agrupadora y abordar las cuestiones no resueltas que enfrentan las trabajadoras del hogar.

Si bien el proceso organizativo comenzó más tarde en Cali, es probable que pronto dé el salto y sobrepase los resultados obtenidos en Bogotá. Cuando los fondos directos a la ACEP se agotaron en 1988, el CAMI siguió manejando su programa con una pequeña donación de la Fundación Ford. El año siguiente, la Fundación Interamericana se sumó para ayudar a consolidar los logros alcanzados entre las trabajadoras del hogar de Cali, que estaban iniciando su propia organización de afiliación con la ayuda del

CAMI. La Unión de Trabajadoras del Hogar (UTRAHOGAR) ahora está bien encaminada hacia la obtención de la autonomía, y las socias están realizando investigaciones sobre formas organizativas para encontrar la más adecuada antes de asociarse legalmente. La UTRAHOGAR ya proporciona servicios de liquidación pero el grupo también se dedica a redactar estatutos que le permitirán convertirse en una entidad agrupadora para recaudar el impuesto del seguro social. Utilizando al CAMI como caja de resonancia para analizar cómo afectan a la mujer en Colombia las cuestiones de género y raza, la UTRAHOGAR está preparando un programa para ayudar a las trabajadoras del hogar de Cali.

De conformidad con su estrategia de financiamiento en Colombia, que es fortalecer las redes de organizaciones de afiliación a grupos de base, como la ACEP y el CAMI, y los grupos de socios con los que trabajan, la Fundación Interamericana también otorgó una donación en 1988 a la Fundación Mujer y Futuro en Bucaramanga, creada el año anterior por mujeres que habían trabajado en estrecha cooperación con Magdalena León. La población urbana relativamente pequeña y la cultura de machismo profundamente arraigada han hecho que el Departamento de Santander sea un entorno difícil en el cual trabajar. No obstante, Mujer y Futuro es la única parte de la antigua red de la ACEP que ha establecido una entidad agrupadora, que ha inscrito a 60 trabajadoras por día en el seguro social hasta la fecha y ha recaudado cuotas mensuales de un total de 256 patrones. Recientemente Mujer y Futuro acompañó el nacimiento de la Asociación de Trabajadoras del Hogar de Santander, que cuenta con 25 socias, que recibió reconocimiento legal en diciembre del año pasado.

En Barranquilla, en la Costa Atlántica, la oficina regional del Foro Nacional por Colombia sigue ofreciendo servicios de liquidación como parte de su programa más amplio para las mujeres de bajos ingresos. Pero el proceso organizativo perdió ímpetu una vez que terminó la campaña para lograr nueva legislación de seguro social. En cuanto a Medellín, al parecer nadie sabe lo que pasó con la antigua afiliada de la ACEP.

En el mejor de los casos es difícil medir el progreso logrado fuera de estos cinco lugares. Cuatro años después de la aprobación de la Ley 11, menos del 15% de las trabajadoras del hogar están afiliadas al seguro social. La falta de tiempo libre y el temor a perder el trabajo sigue haciendo que sea difícil para las mujeres formar organizaciones autónomas. Existe el peligro de que la falta de medios organizativos a nivel de la base y la falta de

difusión a nivel nacional dejen a la mayoría de las trabajadoras del hogar con un derecho en los papeles, que no las beneficia más que las reformas de 1977.

Pero a pesar de todo hay señales alentadoras. Muchas de las mujeres que ya se han afiliado al seguro social tienen familia y tal vez ahora sea un poco menos probable que sus hijos se sumen a la legión de jóvenes sin hogar que habitan las calles de Bogotá y de otras ciudades importantes. Algunos profesionales de las ONG que trabajan con microempresas también creen que la fórmula para hacer llegar el seguro social a las trabajadoras del hogar puede ser un modelo para otros del sector no formal, dándoles un nuevo incentivo para organizarse y nuevas ideas para una cooperación administrativa entre entidades de la sociedad civil y el sector público. Si bien el progreso tal vez sea lento, las trabajadoras del hogar ahora tienen organizaciones propias, como la UTRAHOGAR en Cali y la asociación de Santander, para defender sus intereses. Representan una nueva generación de mujeres que están resueltas a escalar hasta lograr plena participación en la sociedad colombiana mediante el cambio de las actitudes corrientes.

Algunas anécdotas dan prueba de que se están haciendo oír. En Cali, los programas radiales ya no anuncian que se bus-

can domésticas, sino empleos para trabajadoras profesionales del hogar. ❖

JAMIE K. DONALDSON es la representante para Colombia de la Fundación Interamericana.

REFERENCIAS

Chaney, Elsa M. y Mary García Castro, encargadas de la edición, 1989. *Muchachas No More: Household Workers in Latin America and the Caribbean*. Philadelphia; Temple University Press.

León de Leal, Magdalena, 1986. Colombia: Domestic Labor and Domestic Service, en *Empowerment and the Law: Strategies of Third World Women*, edición a cargo de Margaret Schuler. Washington, D.C.: OEF International.

VIDEOCINTAS

Asociación de Apoyo de la Trabajadora Doméstica.

La Trabajadora Invisible.

Estas videocintas sobre el programa de ACEP se pueden alquilar o comprar de: CINE MUJER, Avenida 25C, No. 4A-24, Apto. 202, Santafé de Bogotá, Colombia, S.A.



Aspirino Jtalia.

Esta caricatura, de un afiche que anuncia el día internacional de la mujer, es una sátira de las actitudes sociales arraigadas. A través de la ACEP, el «trabajo de la mujer» ha ganado nuevo respeto y su significado ya no se define solamente en términos de la cultura machista tradicional.

protesta a los programas

Asociaciones vecinales de un municipio brasileño

Bruce W. Ferguson

De acuerdo con la sabiduría convencional en torno a la organización vecinal en América Latina, los grupos de la comunidad están inmersos en una lucha interminable con la alcaldía para la obtención de obras públicas y servicios vitales. Las razones para esta falta de confianza generalizada en el gobierno local están bien fundamentadas. Practicando la política del clientelismo, los órganos del poder han canalizado fondos gubernamentales a sus amigos, familiares y partidarios en vez de al mejoramiento de los servicios de la comunidad. A menudo, los funcionarios públicos han gobernado mediante fiat en vez del diálogo, dependiendo de la coerción y la distribución selectiva de favores para influir en los dirigentes de la vecindad y manipular los movimientos populares.

El renacimiento de la democracia y las recientes iniciativas encaminadas a descentralizar el poder del gobierno nacional en muchas regiones de América Latina han promovido una nueva clase de relación entre las autoridades locales y los ciudadanos. Mediante «administración participativa», el gobierno municipal y los dirigentes de la vecindad configuran conjuntamente programas orientados a la comunidad y generan los votos necesarios para mantenerlos. Este nuevo estilo de política de base trasciende del patrocinio y hace participar activamente a la población local que antaño esperaba que las soluciones les llegasen «en paracaídas» de la alcaldía.

Esta sinergia puede ayudar a ampliar los escasos recursos financieros a disposición de los gobiernos locales en América Latina; por ejemplo, los ingresos por persona en los municipios brasileños son, como promedio, inferiores a US\$5. In-

En la plantación de un huerto comunal, un barrio pobre ayuda a sembrar las semillas del cambio en la alcaldía.

cluso cuando se dispuso de fondos, los organismos públicos han carecido a menudo de la información detallada y la credibilidad requerida para funcionar con eficacia en los barrios pobres. Los grupos de la comunidad y organizaciones gubernamentales que trabajan con ellos pueden llenar estos vacíos de información y movilizar mano de obra voluntaria para ampliar el alcance y reducir el costo de los servicios públicos.

En el presente artículo se examina cómo una alianza electoral en el municipio brasileño de Cambé entre un alcalde reformista y grupos vecinales ha debilitado la influencia del clientelismo, fortalecido la organización comunal y animado a los residentes a ir más allá de la protesta para participar en el diseño y ejecución de programas de desarrollo.

Situada en la zona metropolitana de Londrina —en importancia, la tercera ciudad del sur del Brasil, con una población de 500.000 habitantes—, la zona que rodea a Cambé fue poblada y prosperó como resultado de la caficultura de mano de obra intensiva. En la década de 1970, fuerzas múltiples se combinaron para desalojar de sus tierras a los pequeños agricultores y trabajadores del

campo, entre ellas las del crédito subvencionado para la agricultura con uso intensivo de capital, leyes que disuadían la mano de obra contratada, una saturación del mercado internacional que obligó al gobierno brasileño a subvencionar la destrucción de cafetales «excesivos», varias heladas desastrosas y un incremento sorprendente en la demanda de aceite de soya de parte de Europa Occidental. Las fincas mecanizadas dedicadas al cultivo de la soya y el trigo y los extensos ranchos ganaderos experimentaron un aumento asombroso, desplazando a un millón de personas de las zonas rurales del norte del estado de Pará donde está situado Cambé. Este éxodo rural tuvo consecuencias sociales desastrosas: muchos municipios rurales prósperos y densamente poblados se convirtieron en lugares estancados, mientras que las zonas metropolitanas fueron inundadas por ex agricultores pobres carentes de aptitudes laborales.

Cambé también se vio inundado. Su población aumentó en casi 60% durante la década de 1980, pasando de unos 54.000 a 86.000 habitantes. La mayor parte de este crecimiento se produjo en asentamientos informales llamados loteamientos que carecían de infraestructura básica como agua y alcantarillado, y amenazó con abrumar al municipio. Por fortuna, surgieron para hacer frente al reto tanto dirigentes gubernamentales locales como un movimiento vecinal. Las tres asociaciones más antiguas en los barrios más pobres de Cambé —Jardim Tupy, Santo Amaro y Novo Bandeirantes— tomaron la iniciativa, ilustrando lo que puede hacerse cuando los grupos de ciudadanos y dirigentes municipales preocupados trabajan en colaboración.



Residentes de Jardim Tupy en el municipio brasileño de Cambé cultivan su huerto comunal. Las familias participantes han logrado mejorar sus dietas y aumentar sus ingresos en este barrio antaño «de mala fama». Hoy, Jardim Tupy sirve de modelo para 14 huertos comunales más en la región.

Jardim Tupy

Jardim Tupy es el barrio más pobre de Cambé. Noventa y seis por ciento de sus familias ganan menos de US\$150 por mes, en comparación con 80% en Cambé propiamente dicho. El barrio, situado en el lado contrario de las vías férreas del centro de la ciudad, se desparrama a lo largo de empinadas colinas hasta que llega a los cafetales que proporcionan trabajo estacional a gran parte de los 3.000 residentes de los loteamientos. Hace 10 años, el barrio era notoriamente sórdido. Las lluvias del invierno producían baches enormes en las calles sin pavimentar, haciéndolas a veces impasables incluso para los vehículos de emergencia. Los vientos del verano levantaban nubes de polvo que ocasionaban enfermedades respiratorias y manchaban las caras y posesiones de la gente del color de la herrumbre. El barrio carecía de agua, alcantarillado, escuelas, atención básica de salud y otra infraestructura y servicios. La reputación de Jardim Tupy como

lugar de robos, prostitución y violencia hacía que prácticamente nadie empleara a sus residentes.

Los movimientos de protesta que arrollaron al país hacia fines del gobierno militar en la década de 1970 estimularon con el tiempo el fermento en Jardim Tupy. Los residentes celebraron reuniones callejeras para debatir la falta de servicios públicos básicos. Los más preocupados instalaron altavoces en camiones y condujeron por toda la ciudad, dando a conocer sus quejas. En 1980 Abel Alves Feitosa y un puñado de colaboradores formaron una asociación vecinal. Bautizándola con el nombre de «Democracia y Libertad», trataron de reunirse con el alcalde para debatir los problemas del barrio.

El alcalde era típico de la tradición brasileña de clientelismo. Gobernaba por mando más que consultando a los asesores y residentes, administraba distribuyendo favores en vez de desarrollar programas y hacía política mediante fiestas o celebraciones populares y contactos



Abel Alves Feitosa, fundador de la asociación vecinal, «Democracia y Libertad», es influyente debido a que escucha a sus vecinos.

personales en vez de promover la organización vecinal. Miraba a los pobres de Jardim Tupy con desdén y se negaba a considerar cualquier petición de infraestructura o servicios públicos. Los líderes de Jardim Tupy concentraron la atención de los medios de información locales en la situación, pero el alcalde no dio su brazo a torcer. Cuando los líderes de Jardim Tupy se trasladaron a Brasilia para unirse a protestas nacionales organizadas por una amplia coalición de grupos en 1981, fueron recibidos con una acogida aún hostil. Un batallón del ejército bloqueó su marcha al edificio del Capitolio con la amenaza de abrir fuego.

las elecciones de noviembre de 1982, los líderes de la asociación llegaron a la conclusión de que sólo Luiz Carlos Hauly estaba «comprometido al bien público». El personal de Hauly formuló una plataforma en consulta con el movimiento incipiente de la comunidad de Cambé y convino también en acoger la demanda de Jardim Tupy de tierra para plantar un huerto comunal. La obtención por Hauly de 97% del voto en Jardim Tupy y mayorías sustanciales en los otros barrios pobres de Cambé fue fundamental para ganar las elecciones. Poco después de tomar posesión de su cargo, persuadió a un terrateniente local que concediera el uso de una parcela de 1.000 metros

de sus propias parcelas. Para 1985 el municipio había concertado con el terrateniente aumentar el tamaño del huerto a 8.000 metros cuadrados, que se subdividieron en 162 parcelas, suficientes para un 25% de las familias de loteamientos. Cada familia en Jardim Tupy estaba habilitada para participar, aunque debían cultivar su propia parcela y seguir las normas de la asociación vecinal para mantenerla. En la práctica, la cantidad de terreno ha sido suficientemente grande para proporcionar apoyo al número de familias que deseaban cultivar sus parcelas activamente.

En los ocho años de su existencia, el huerto comunal ha producido rendimientos buenos y malos, dependiendo principalmente de la eficacia con la que los residentes han organizado sus propias actividades y han presionado por obtener insumos agrícolas y servicios del gobierno local. El huerto ha sido un medio útil para enseñar a las personas la importancia de trabajar en colaboración y demostrarles la fuerza política de la unión. Por ejemplo, un manantial natural proporciona al huerto agua abundante, pero se necesitaba una bomba para regar todas las parcelas. La asociación recaudó el dinero para la adquisición de la bomba y presionó con éxito al gobierno municipal para que pagara la electricidad necesaria para su operación y para obtener acceso a fertilizantes, semillas y otros insumos, promoviendo la idea de que «la unión hace la fuerza».

Abel Alves Feitosa declara inequívocamente: «El huerto comunal ha educado a este barrio. Antes, cualquier político que pasara por aquí era aplaudido. Ahora, preguntamos qué tiene que ofrecernos y esperamos que cumpla sus promesas». Además de Feitosa, esta experiencia ha formado a varios otros líderes de la comunidad. Entre ellos figura Neuza Pereira, que comenzó a participar inicialmente en el trabajo comunal como secretaria del huerto comunal, y que también desempeñaría un papel clave en el establecimiento del programa de salud infantil que se describe más adelante en este artículo.

El acicate para consolidar y ampliar las asociaciones vecinales de Cambé, entre ellas la de Jardim Tupy, hasta convertirlas en organizaciones eficaces, provino de la

La primera victoria de la asociación vecinal se produjo posteriormente ese año, tras un trágico accidente.

La primera victoria de la asociación vecinal se produjo posteriormente ese año, tras un trágico accidente. Un camión que transportaba a trabajadores agrícolas de regreso de los campos se volcó, ocasionando la muerte de cuatro residentes de Jardim Tupy e incapacitando a media docena más. La asociación vecinal organizó protestas, encausó a la compañía agrícola y, con la ayuda de un abogado participante en el movimiento de la comunidad local, obtuvo una compensación que permitió a las familias de las víctimas adquirir parcelas de terreno y materiales para construir viviendas. Impulsada por esta victoria, la asociación intensificó sus actividades de organización, atrayendo a miembros y adquiriendo ímpetu político. A pesar de los avances logrados mediante confrontación, los líderes de Jardim Tupy pronto se convencieron de que la futura existencia de la asociación dependía de un cambio social continuo y que ello requería un cambio en la alcaldía.

Después de entrevistar a cuatro candidatos a la alcaldía que se presentaron a

cuadrados en Jardim Tupy para que «Democracia y Libertad» pudiera establecer su huerto.

Este huerto ha desempeñado un papel decisivo en la evolución de la asociación y se ha convertido en modelo para 14 huertos comunales adicionales en Cambé. Algunos de los beneficios fueron inmediatos ya que las familias participantes mejoraron su dieta y obtuvieron nuevos ingresos. Otros fueron imprevistos y quizás de importancia mayor a corto plazo. Al organizarse para hacer funcionar el huerto, la población de Jardim Tupy se organizó a sí misma.

Al principio, la asociación vecinal trató de organizar el cultivo colectivo con los residentes de la comunidad. Pero las pugnas sobre cómo cultivar la tierra y dividir el producto resultaron en cosechas deficientes. Entonces, la asociación subdividió el terreno y distribuyó parcelas a las ocho familias que habían trabajado más duramente. Por algún tiempo, el vandalismo de personas no miembros fue un problema. La asociación respondió invitando a nuevas familias a afiliarse y a cul-

nueva administración de la alcaldía. Durante los dos primeros años de su mandato, Haully quedó absorbido en las tareas de resolver el caos fiscal y administrativo dejado por su predecesor y solicitar a distintos organismos estatales y federales nuevas fuentes de fondos para proyectos. Cuando en 1984 se dispuso de fondos para obras públicas y servicios, Haully introdujo una norma que influyó profundamente en el movimiento vecinal de Cambé: cuanto mejor organizado esté el barrio tanto más inversión recibiría.

El número de grupos de la comunidad se multiplicó de 3 a 21, abarcando a todo Cambé. Los barrios mejor organizados recibieron aumentos espectaculares en bienes y servicios públicos durante los cuatro años siguientes. En Jardim Tupy, el municipio pavimentó 70% de las carreteras, amplió el servicio de agua y electricidad en toda la zona, añadió los grados cinco al ocho en la escuela primaria, instaló alcantarillado en la mitad del número de viviendas, colocó teléfonos públicos y proporcionó un centro de guardería infantil y una escuela de párvulos.

El huerto comunal y la participación entusiasta que generó en la asociación vecinal captaron pronto la atención de otro programa que aceleraría aún más la organización de Jardim Tupy. A medida que adquirió ímpetu el huerto, la Iglesia Católica en Brasil comenzó a trabajar con el UNICEF para introducir la «Pastoral del Niño», un programa de salud destinado a reducir las tasas de mortalidad entre los lactantes y niños de corta edad. Debido a su «alto nivel de organización de la comunidad y pobreza extrema», de acuerdo con el obispo local, la Iglesia Católica seleccionó Jardim Tupy como segundo barrio del Brasil para participar en el programa que con el tiempo incluiría a más de 4.000 barrios en todo el país.

En julio y agosto de 1984 una monja acompañó a la secretaria del huerto comunal, Neuza Pereira, en una campaña domiciliar para preguntar a la población de Jardim Tupy si necesitaban el programa. Prácticamente todo el mundo respondió de forma afirmativa. En septiembre dos grupos de residentes realizaron una encuesta de todas las 600 familias del barrio para elaborar un perfil socioeconómico de las condiciones que inciden en



Una trabajadora de salud de la comunidad en Jardim Tupy, pesando a un niño, participa en la «Pastoral del Niño» del UNICEF, programa destinado a reducir las tasas de mortalidad entre los lactantes y niños de corta edad.

la salud de los niños en la zona. En diciembre 23 mujeres de la localidad se ofrecieron como voluntarias para convertirse en operarias de extensión de salud para sus bloques o cuadras. Trabajando sin remuneración, se impartió capacitación a voluntarias altamente dedicadas en cinco áreas: exámenes prenatales de mujeres embarazadas, importancia de la lactancia, vacunaciones, terapia de rehidratación y vigilancia y registro del peso y otros indicadores clave para los niños hasta la edad de cinco años.

Al principio, las operarias de salud tuvieron que visitar las familias en sus hogares para explicarles el programa y persuadirlos para que participaran. Hoy, las personas visitan a las operarias no sólo en busca de asesoramiento acerca de la salud infantil sino también en relación con toda una gama de problemas: desde enfermedades de adultos hasta el desempleo. Las operarias de salud se han convertido

en una oficina informal de referencia que dirige a las personas hacia los órganos públicos o privados apropiados o intercede directamente ante dichos organismos. Aunque no reciben remuneración, 22 de los miembros del grupo original de 33 personas han seguido trabajando durante los últimos seis años «por el mero placer», según indicó una de ellas, «de ver crecer bien a un niño y saber que una ha desempeñado un papel». Otras mujeres de la localidad han recibido capacitación para sustituir a las que han abandonado el programa. Un médico a cargo de la clínica vecinal administrada por el municipio encuentra que los resultados de su trabajo pueden verse en los niños, advirtiendo que están «más saludables y mejor cuidados que los de otros barrios pobres de la zona». Esta clínica ha contratado a Neuza Pereira, que ahora dirige la Pastoral del Niño en Jardim Tupy, como una de sus 12 enfermeras, ayudando a establecer vínculos de unión entre los dos programas.

Jardim Tupy ha dejado de ser el tugurio notorio de hace 10 años. Sigue siendo pobre, pero tiene mayor acceso a la infraestructura y servicios públicos, un nivel relativamente alto de salud infantil y mejores niveles de nutrición. Los residentes atribuyen estas mejoras a la estrecha cooperación entre la asociación vecinal, la Pastoral del Niño y la parroquia católica local, y un mejor entendimiento con el gobierno local. Al contrario de lo ocurrido con administraciones previas que ignoraron a los grupos de la comunidad, los jefes de departamentos municipales se esfuerzan ahora por acudir a las reuniones de la asociación vecinal y la Pastoral del Niño, cuando se les invita. Además, los líderes de la comunidad son bien recibidos en la alcaldía.

La experiencia con la política y la operación de los proyectos, tales como el huerto de la comunidad y la Pastoral del Niño, también ha enseñado a los líderes de los barrios a reconocer los límites del gobierno local. Esta conciencia reduce su frustración cuando quedan sin atender sus demandas debido a limitaciones fiscales y subraya la importancia de las iniciativas de ayuda propia. Los líderes recuerdan a menudo a los residentes que ser alcalde, como ser presidente de la asociación vecinal o del huerto comunal,



Arriba: La clínica de salud, centro de la comunidad y cancha de juego pavimentada en Santo Amaro. Con apoyo de un gobierno local participativo, los residentes de Santo Amaro presionaron con éxito a la alcaldía para obtener una amplia gama de obras y servicios públicos. Mediante proyectos de generación de ingresos, tales como bailes en los fines de semana, eventos deportivos y representaciones teatrales, el barrio puede ahora actuar independientemente cuando los presupuestos municipales carecen de fondos. Abajo: En cualquier fin de semana, de 600 a 800 ciudadanos asisten a bailes locales, generando ingresos que se utilizan para servicios a la comunidad.

es difícil y la responsabilidad para mejorar las condiciones radica en la población local tanto como en el gobierno. Sin embargo, la mayoría de las personas están de acuerdo con el punto de vista de Abel Alves Feitosa de que «si los políticos desean prosperar en el mundo, primero tienen que comenzar haciendo algo aquí».

Santo Amaro

El segundo barrio en someterse a examen es el de Santo Amaro, una gran llanura que se extiende desde un parque industrial local hasta la carretera que une a Cambé con Londrina. Poblado principalmente por las familias de trabajadores de fábricas, la mayor parte de sus 8.500 residentes son pobres, pero están en mejor situación que los resi-



dentes de Jardim Tupy o Novo Bandeirantes. Con su moderno centro de la comunidad, su instalación de atención infantil, su clínica de salud, su estación de policía, sus teléfonos públicos, sus calles pavimentadas, sus farolas y numerosos campos de deporte, Santo Amaro se asemeja a una zona de la clase

media, aunque hace 10 años no existía nada de esta infraestructura.

Aun cuando Jardim Tupy es la zona mejor organizada de Cambé, la asociación vecinal de Santo Amaro le sigue muy de cerca en la resolución del mayor problema de organización con el que tropiezan los grupos de la comunidad: la falta de sus propios recursos. Los residentes de Santo Amaro, animados por los movimientos nacionales de protesta de fines de la década de 1970 y principios de la de 1980, formaron una asociación vecinal en 1981 y, además, solicitaron a la alcaldía mejores servicios. Tropezaron con el mismo muro de intransigencia que había encontrado Jardim Tupy un año antes, pero al contrario de estos, pronto se desbandaron.

La decisión del alcalde de condicionar las inversiones en infraestructura al nivel de organización del barrio estimuló a al-

gunos residentes de Santo Amaro a reavivar la asociación. Dirigidos por su presidente, que posteriormente ganaría las elecciones al concejo municipal, los miembros del grupo local de jóvenes católicos se hicieron cargo del proyecto y presionaron con éxito a la alcaldía para obtener una amplia gama de obras y servicios públicos.

Uno de estos proyectos, la construcción de un centro de la comunidad capaz de albergar a 1.000 personas, abrió la puerta a la recaudación independiente de fondos. Los ingresos obtenidos de bailes en los fines de semana celebrados en el centro, que atraen regularmente a 600-800 personas, ha permitido a la asociación constituir una red de 5 comisiones y 14 órganos más para proporcionar toda una gama de servicios.

La comisión de deportes paga los sueldos de los árbitros y organiza ligas de fútbol durante todo el año. La comisión cultural celebra dos o tres representaciones anuales y organiza un desfile para el carnaval. La comisión de asistencia social ayuda a prestar apoyo a un centro municipal de atención infantil, distribuye leche de los programas del gobierno municipal y federal y proporciona cuadernos a los alumnos necesitados. La comisión de salud trabaja con la clínica municipal local, mientras que la comisión de seguridad presiona por obtener mejor servicio de policía y promueve programas de vigilancia del barrio para combatir la criminalidad. Los otros 14 grupos que reciben apoyo de la asociación oscilan entre grupos de madres y un huerto comunal. Todas estas actividades son financiadas y coordinadas a través de la asociación en un «consejo de la comunidad» semianual integrado por representantes de los grupos participantes.

Debido a su base de recursos y sus numerosas actividades, la organización vecinal de Santo Amaro está en mejor situación de actuar autónomamente cuando deficiencias fiscales paralizan a la alcaldía. Tal como lo expresó un residente, «Nuestro primer intento por organizarnos fracasó cuando el alcalde nos ignoró, pero ahora tenemos suficiente



Representantes de la comisión de asistencia social de Santo Amaro entregan un cheque al personal del centro local de atención infantil.

autonomía para proseguir con nuestros programas aun cuando el municipio carezca de dinero».

Las elecciones municipales de 1988 se convirtieron en un referéndum sobre la administración reformista del alcalde Haully y aumentaron la influencia de Santo Amaro en el gobierno local. El presidente de la asociación vecinal, Waldemar Ribeiro da Cunha, hizo campaña con éxito por obtener un escaño en el concejo municipal integrado por 11 miembros, donde se le unieron tres otros colegas procedentes del movimiento de la asociación de la comunidad. Cada uno de ellos sigue trabajando activamente en el barrio que proporciona la base para su apoyo electoral. Por ejemplo, da Cunha sigue asistiendo a las reuniones de la asociación vecinal que él encabezó antaño y ayuda constantemente a los residentes de Santo Amaro a resolver problemas, sirviendo de intermediario entre los ciudadanos y los órganos municipales. La influencia política de da Cunha ha ayudado a convertir a Santo Amaro en el barrio de bajos ingresos mejor equipado de Cambé. Juntos, los cuatro miembros del consejo del «movimiento de la comunidad» han aumentado la influencia de las asociaciones vecinales y ayudado a bloquear una vuelta a la política tradicional del clientelismo.

Sin embargo, la victoria clave en 1988 ocurrió en la campaña por la alcaldía. Puesto que la ley brasileña prohíbe que los alcaldes presten servicio por dos mandatos consecutivos, Haully preparó a un sucesor, José do Carmo Garcia, para que continuara su propia política. El compañero electoral de Garcia fue el abogado que ayudó a Jardim Tupy a obtener un pago por las víctimas entre los trabajadores agrícolas involucrados en el accidente del camión en 1981. Competía contra ellos el antiguo alcalde cuya administración había seguido típicamente la tradición clientelista del Brasil. Aunque el ex alcalde había comenzado a utilizar la retórica de la participación para adaptarse a los tiempos presentes, un historiador de la política de Cambé advirtió que «básicamente sigue siendo el mismo, haciendo campaña sobre la base de la personalidad». Garcia, acumulando una enorme mayoría obtenida por las asociaciones vecinales de los loteamientos de Cambé, obtuvo una victoria decisiva en esta primera campaña para un cargo público. La administración participativa continuaría al menos por otros cuatro años.

Novo Bandeirantes

El tercer barrio examinado aquí, Novo Bandeirantes, ilustra la forma en que una asociación vecinal puede tomar la iniciativa en la formulación y puesta en práctica de programas públicos. Situada a uno y otro lado de la carretera, donde la mayoría de sus residentes trabajan en el ramo de los servicios y el comercio, Novo Bandeirantes ha experimentado una explosión demográfica en años recientes y tiene ahora un total de más de 16.000 habitantes. Su movimiento vecinal también nació de los movimientos de protesta de los años setenta y se benefició del apoyo que le proporcionó la parroquia católica local. La elección de Haully en 1982 espoleó al barrio a organizarse y presionar a la alcaldía, conduciendo a la pavimentación de calles, la instalación de farolas de alumbrado urbano, la instalación de teléfonos públicos, el establecimiento de un huerto comunal, la cons-



Miembros de la asociación vecinal en Novo Bandeirantes realizan una encuesta de los residentes en la zona para determinar qué programas sociales nuevos satisfarán óptimamente sus necesidades. La información obtenida en visitas a los hogares de más de 1.200 familias llevó al alcalde a reorientar los servicios municipales.

trucción de una clínica de salud y la realización de una campaña para recoger la basura de las parcelas desocupadas.

Convencido de que este era sólo un primer paso, un párroco, misionero italiano que desempeñó un papel clave en la organización de la comunidad, se reunió con el presidente de la asociación vecinal a fin de planificar un enfoque más activo para el desarrollo de base que trascendió de la simple presión sobre el gobierno local encaminada a obtener mayores servicios. En 1986 convocaron una reunión con el alcalde, los miembros del concejo municipal y los residentes locales para proponer una encuesta socioeconómica a fin de trazar nuevos programas concentrados en las necesidades de la comunidad.

Con ayuda del secretario municipal de salud, redactaron una lista de 52 preguntas que 120 personas de la asociación vecinal y distintos grupos eclesiásticos formularían a 1.200 familias durante visitas domiciliarias. Realizaron la encuesta

en diciembre de 1986 y tabularon los resultados a principios del año siguiente con ayuda de una computadora del municipio. Algunos de los resultados sorprendieron a todos: a pesar de un extenso programa anterior de electrificación, 5% de las viviendas carecían aún de electricidad y una porción inesperadamente elevada de ellas —10%— no tenía cuartos de aseo de ninguna clase. Otros resultados confirmaron las impresiones que ya tenían los líderes del barrio y la administración municipal: 25% de los niños carecían de las vacunas comunes contra la poliomielitis, la tuberculosis y otras enfermedades, y 47% de las familias tenían problemas con títulos a los terrenos.

En marzo la asociación vecinal convocó una reunión de seguimiento para debatir los resultados con el alcalde, los jefes municipales de departamento y los residentes. Cada problema descubierto por la encuesta fue divulgado en una búsqueda común de soluciones. Los residentes sugirieron, por ejemplo, que la

alcaldía fortaleciera la ejecución del código de edificación mientras que el barrio podría organizar una campaña de publicidad para aumentar el entendimiento de cómo la salubridad estaba vinculada con la salud. El secretario municipal de salud recordó entonces que un colega le informó de un programa federal de instalación de inodoros y se ofreció a solicitar fondos. Cuando se puso de manifiesto la falta de electricidad en 5% de los hogares, el alcalde advirtió que la campaña de electrificación se había interrumpido solo debido a que se consideraba que la cobertura era completa y dijo que podía reactivarla.

Utilizando los resultados de la encuesta y las ideas generadas en la reunión, la asociación vecinal y los órganos del gobierno local redactaron un plan de ataque. El municipio solicitó fondos federales para construir 400 letrinas mientras que la asociación vecinal localizó y tomó nota de las familias que carecían de los servicios. En espera de la llegada de los fondos, la asociación comenzó a planificar una ambiciosa campaña de salud para demostrar cómo las letrinas y las vacunas protegían de las enfermedades contagiosas a toda la población.

El problema de vacunación, en particular, ilustra la clase de situación en la que las asociaciones vecinales pueden surtir un efecto espectacular. El municipio había abierto una clínica en Novo Bandeirantes en una fecha anterior y la había abastecido ampliamente de vacunas. Sin embargo, la encuesta puso de manifiesto que muchos niños no habían sido vacunados por distintas razones imprevistas. Muchas madres consideraban que la vacuna contra la poliomielitis por vía oral impartía protección contra todas las enfermedades. A veces, las madres trabajadoras no tenían a nadie que llevara a sus hijos a la clínica durante las horas en que ésta estaba abierta. Otras personas carecían de documentación y creían que esto les impedía recibir las vacunas. La asociación y el secretario de salud elaboraron una proyección de diapositivas para esclarecer estos malos entendidos y celebraron una serie de reuniones con las madres en las que una enfermera del departamento municipal de salud explicó la importancia de la vacunación y cómo funcionaba la clínica

local. Para fines de 1987 las tasas de vacunación se habían disparado del 42% a más del 100% de la norma establecida por la Organización Mundial de la Salud para una cobertura eficaz. Sin la encuesta, el acceso a los habitantes del barrio y la mano de obra voluntaria proporcionada por la asociación, el programa original de inmunización del gobierno local habría fracasado sin que nadie hubiera descubierto la razón.

Aunque no se necesita documentación oficial para recibir vacunas en Brasil, su ausencia impide con frecuencia a las personas adquirir otros servicios del gobierno y empleo. Para resolver el problema de documentación que puso de relieve otra encuesta, la asociación vecinal concertó que agentes de la policía federal visitaran Novo Bandeirantes en cuatro fines de semana con máquinas de fotografía y el equipo de laminación necesario para confeccionar tarjetas oficiales de identificación, programa que resultó en la emisión de 42 tarjetas de identidad con fotografía.

Para fines de 1987 habían llegado los fondos para la construcción de letrinas. El municipio los utilizó para fabricar bloques de cemento y otros materiales de construcción y concertó con el departamento estatal de salud la provisión de grifos, inodoros y lavabos. Para poderse acoger al programa, las familias tenían que aportar la mano de obra de una persona en los fines de semana, pero 20 miembros de la asociación vecinal y grupos eclesiásticos realizaron el grueso de la construcción, supervisados por un capacitado municipal. En los fines de semana durante el año y medio siguiente, construyeron 350 cuartos de baño. También aprovecharon la oportunidad para enseñar a las familias beneficiarias prácticas de higiene, para limpiar los restos de la construcción en los patios y para cerrar tanques sépticos abiertos.

Al contrario de los programas tradicionales de obras públicas, este tuvo por fin informar a los beneficiarios y cambiar sus actitudes. El carácter integral de este programa requirió una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo no remunerado de los miembros de la asociación vecinal para tener éxito. Tal como lo explica el presidente de la asociación, «Lo que nos motivó fue el convencimiento de

que estábamos resolviendo el problema de salud de toda la comunidad. Sobre todo, estábamos trabajando por cambiar las mentes de las personas demostrando a las familias que podían ayudarse a sí mismas, que tenían que pasar a la acción si deseaban que las cosas mejoraran debido a que no era meramente un problema del gobierno. Los programas municipales que conozco, en los que el ayuntamiento se limita a instalar los cuartos de baño sin preocuparse de lo que ocurre después de que se marchan

más persistentes, que habían obtenido el título de su propiedad con gran esfuerzo y a un costo exorbitante.

Aunque la resolución del problema del título del terreno en la zona representó una tarea ciclópea, la asociación vecinal podía contar con el pleno apoyo de la alcaldía debido a que dos miembros del concejo municipal debían su elección a la mayoría abrumadora de Novo Bandeirantes. Respaldados por el gobierno local, los líderes del barrio concertaron acuerdos con los herederos del antiguo

Para fines de 1987 las tasas de vacunación se habían disparado del 42 a más del 100% de la norma establecida por la Organización Mundial de la Salud para una cobertura eficaz.

los grupos de construcción, han mejorado poco o nada la salud pública».

Para 1989 el programa de letrinas había logrado la mayor parte de sus objetivos y los miembros de la asociación recurrieron nuevamente a los resultados de la encuesta para decidir lo que se haría posteriormente. La falta de títulos adecuados al terreno era la preocupación número uno de los residentes, pero la asociación vecinal sabía que la solución de esta difícil cuestión requeriría recursos considerables y apoyo político externo. Cuando se construyó Novo Bandeirantes como subdivisión ilegal, el propietario del terreno vendió parcelas utilizando formularios de contrato que no transmitían el título legal. Muchos de los compradores originales habían vuelto a vender el terreno utilizando el mismo método. Otros se habían marchado debido a problemas maritales o de otra índole sin dejar documentación a los ocupantes posteriores. Para complicar aún más las cosas, el propietario original del terreno había muerto y sus herederos vivían en São Paulo. Esta situación enrevesada fue un obstáculo insuperable, salvo para unos cuantos de los residentes

propietario y con la oficina de la propiedad inmobiliaria para acelerar las transferencias de títulos y reducir su costo. La asociación obtuvo fondos del gobierno estatal para los residentes que eran demasiado pobres para pagar incluso los honorarios reducidos. Con este sistema instituido, los líderes de la comunidad, un miembro del concejo municipal y la oficina de registro de bienes raíces celebró 15 reuniones en la noche del viernes para explicar el proceso a los residentes, seguidas de 15 reuniones en la tarde del domingo para inscribir sus títulos. El alcalde entregó los primeros 130 títulos en un acto que tuvo lugar en febrero de 1990 para dar mayor divulgación al programa.

Al igual que el huerto comunal de Jardim Tupy inspiró a muchos otros huertos comunales en todo Cambé, las noticias acerca de los programas de salud pública y obtención de títulos de Novo Bandeirantes se han propagado y otras asociaciones vecinales en Cambé los están copiando. Cuando el gobierno local es un colaborador en vez de un impedimento, los buenos programas vecinales se convierten en un banco de ideas

al que pueden recurrir los grupos de la comunidad.

Una suma mayor que sus partes componentes

La experiencia de Cambé demuestra que la cooperación entre los gobiernos reformistas locales y las asociaciones vecinales puede superar el clientelismo y generar nuevos recursos para el desarrollo de base que no podrían obtener para una u otra parte actuando individualmente. El presidente de la asociación de Novo Bandeirantes lo explica así: «Muchos grupos de la comunidad presuponen que siempre tienen que luchar contra la alcaldía. Emplean todo el tiempo quejándose, por lo que nunca construyen nada. Esto les cuesta credibilidad y les consigue poco del gobierno local. Incluso cuando ocurre algo, generalmente la solución es fraccionaria. Mediante la elección de dos miembros del concejo y la colaboración estrecha con una administración reformista, pudimos orientar a nuestro barrio en la dirección apropiada».

Expresa una idea análoga el secretario de la oficina del alcalde, que ha trabajado con grupos de la comunidad durante 10 años. Advierte: «Es comprensible que las asociaciones vecinales hayan tenido miedo de la forma en que los políticos tradicionales han tratado de controlar a las personas, pero a veces esto les lleva al error de creer que una lucha es la única forma de evitar la cooptación. Si cooperan, pueden resolver los problemas de su comunidad y fortalecer políticamente la posición de los funcionarios municipales responsables al mismo tiempo».

La experiencia de Jardim Tupy, Santo Amaro y Novo Bandeirantes indica lo que los gobiernos locales de las asociaciones vecinales pueden esperar unos de otros y lo que cada parte hace mejor. Primero, las asociaciones vecinales proporcionan una introducción e información acerca de las zonas pobres, ayudando al gobierno local a utilizar sus recursos de forma más sabia. Los gobiernos municipales tienen a veces información fraccionaria o inexacta sobre la vida en los barrios pobres. Así, pues, la falta de cuartos de baño y electricidad puesta



Las inversiones ostentosas del predecesor del alcalde Haully, tales como el alumbrado de esta carretera estatal a Cambé, no lograron motivar las actividades de ayuda propia de la comunidad.

de relieve en la encuesta de hogares de Novo Bandeirantes sorprendió a los administradores municipales que habían suspendido programas destinados a resolver estos problemas, o no los habían solicitado, creyendo que la cobertura era casi universal. El departamento de planificación de Cambé también descubrió que las calles que proyectaba pavimentar primero no eran las más importantes para los residentes, lo que condujo a consultas regulares con los grupos vecinales antes de realizar futuros proyectos de construcción.

Sin esta información, el gobierno local se arriesga a desperdiciar el dinero en inversiones que no tienen pertinencia para la gran mayoría y en perder la elección siguiente. El predecesor clientelista del alcalde Haully empleó grandes sumas de dinero durante su mandato en proyectos ostentosos tales como la iluminación de la carretera estatal en la localidad. La administración participativa de Haully desvió la inversión a clínicas de salud,

centros de atención infantil, calles de la vecindad, agua, electricidad y otros servicios públicos básicos anhelados por los residentes. No es sorprendente que el ex alcalde clientelista perdiera las elecciones de 1988 a la alcaldía frente al sucesor de Haully.

Segundo, las asociaciones vecinales pueden movilizar la mano de obra local de forma que pueda sacarse el máximo partido de los recursos municipales limitados. Así, pues, los 33 trabajadores de salud en la Pastoral del Niño de Jardim Tupy supervisan prácticamente a todos los niños y a las mujeres en cinta en este barrio pobre. Dedicaban innumerables horas a pesar lactantes, explicar la importancia de la alimentación al pecho materno, enseñar la terapia de rehidratación y realizar otras actividades relacionadas con la salud de los lactantes y los niños de corta edad. Su trabajo permite a la clínica municipal local, dotada de un médico y dos enfermeras, concentrarse en proporcionar apoyo de reserva para clientes gravemente enfermos y en casos de emergencia médica. Análogamente, las asociaciones vecinales de Novo Bandeirantes tomaron la iniciativa en documentar y resolver los problemas de salud de la zona, mientras que la alcaldía proporcionó los fondos y conocimientos esenciales para hacer que las actividades de la asociación sean fructíferas.

Las actividades de salud, vivienda y recreo parecen áreas especialmente prometedoras para una fuerte participación local a fin de aumentar al máximo los recursos públicos. La experiencia de Cambé también indica que las organizaciones comunales activas pueden constituir la mejor forma, si no la única, de que estos servicios públicos lleguen a los barrios más pobres.

A su vez, la ayuda del gobierno local puede desempeñar un papel esencial en estimular y fortalecer a los grupos vecinales. Tal como lo expresa el presidente de la asociación de Jardim Tupy, «La asistencia por el alcalde y otros funcionarios públicos a nuestras reuniones es algo importante de por sí y da credibilidad a nuestra organización. Indica a las personas que nuestro trabajo es serio y les anima a participar».

Con el tiempo, los grupos vecinales más evolucionados y eficaces avanzan de formulación de reivindicaciones a proyectos de ayuda propia. Cuando una crisis fiscal agota los fondos públicos, estas actividades permiten a las asociaciones vecinales superar la situación y seguir proporcionando servicios mínimos. Sin embargo, el gobierno local no puede esperar pragmáticamente que las actividades de ayuda propia de la comunidad sustituyan a la provisión de bienes y servicios públicos vitales. Sólo el gobierno local tiene los medios para construir grandes proyectos de infraestructura tales como los de viabilidad, agua, alcantarillado, electricidad y clínicas de salud. La participación activa de la población asegura que estas inversiones lleguen a quienes más las necesitan.

La experiencia de Cambé en la participación de la comunidad ha sido ejemplar, pero ¿cuál es la probabilidad de que se produzca en otros lugares? Las pruebas procedentes de otras regiones del Brasil son alentadoras. El movimiento de base del que forma parte Cambé abarca dos décadas y las semillas plantadas a mediados de los años setenta florecieron con la vuelta a la democracia en los años ochenta.

Dos de los primeros ejemplos, en particular, pueden identificarse como precursores. El primero, Boa Esperança, es un pequeño municipio rural en el estado de Espírito Santo cuyas tierras se han consolidado en grandes propiedades utilizadas para ranchos ganaderos y mantenidas para inversión. A fines de los años setenta, la administración municipal inició un proceso de planificación vecinal que estimuló la participación de la comunidad, culminando en programas para alquilar tierras de propietarios ausentes y dedicarlas a la agricultura en pequeña escala y a generar servicios de apoyo eficaces mediante la reforma de los sistemas fiscales y administrativos locales. El segundo ejemplo proviene del municipio más urbano de Lajes en Santa Catarina. Una administración reformista estimuló una organización general de la comunidad e introdujo proyectos de vivienda y huertos vecinales de ayuda propia antes de que un alcalde clientelista ganara la elección anterior y desmantelara los programas.

El alcalde Haully de Cambé visitó Lajes poco después de su elección en 1982 para ver lo que podía aprender de su experiencia. Afirma: «Lo que encontré en Lajes fue muy positivo. Fundamentamos muchas de nuestras iniciativas en sus programas para los barrios pobres. Pero también aprendimos de sus errores. Rompieron con la clase media y perdieron las elecciones siguientes. Tratamos de motivar la participación para mejorar los servicios a través de un amplio espectro en Cambé y ganamos las elecciones siguientes con el apoyo de gran parte de los distritos centrales más adinerados así como de las personas que vivían en loteamientos en las afueras de la localidad».

Si bien el alcalde de Cambé utilizaba las lecciones de Lajes para iniciar nuevos programas y formar una coalición para mantenerlos, los líderes de los loteamientos también estaban aprovechando su experiencia para iniciar asociaciones vecinales y convertirlas en un movimiento. Abel Alves Feitosa, presidente de la asociación en Jardim Tupy, por ejemplo, había organizado grupos de la comunidad en un pequeño municipio rural en Paraná antes de emigrar a Cambé.

El movimiento que formaron y su alianza con el nuevo alcalde reformista fue un reflejo de la segunda etapa de administración participativa en Brasil. Para la década de 1980, el movimiento de la comunidad en todo el país estaba avanzando de una ideología de asistencialismo, el esfuerzo por presionar a fin de obtener mayor asistencia, hacia la creencia en una mayor autosuficiencia basada en la experiencia obtenida con la organización de la autoayuda en la construcción de vivienda propia, huertos comunales y consejos de la comunidad. Quizás el ejemplo mejor divulgado sea el de Toledo, Paraná, donde, entre 1983 y 1988, el gobierno municipal adoptó el lema de Boa Esperança —«la comunidad está a cargo»— y lo utilizó para inspirar la formación de nuevas asociaciones vecinales, iniciar una serie de industrias de la comunidad y convertirlas en una red a través de un consejo de la comunidad que contribuía al desarrollo del proceso del presupuesto anual del municipio.

A pesar de estos síntomas alentadores, la tendencia hacia la administración par-

ticipativa no es universal y sus resultados iniciales son ambivalentes. La administración de Haully en Cambé, que obtuvo galardones por sus programas participativos de salud y educación, figura entre las que mejores resultados han obtenido. A medida que otros líderes municipales y de la comunidad aprovechan las nuevas oportunidades que les brinda el retorno a la democracia y aprenden unos de otros, su experiencia se profundizará, ayudando a los ciudadanos a dejar de lado el legado de siglos de clientelismo para hallar soluciones a sus problemas en sí mismos y en sus vecinos. ❖

BRUCE FERGUSON es asociado de investigación en el Urban Institute en Washington, D.C. y ha publicado trabajos sobre temas internacionales y nacionales. De 1988 a 1990 realizó la investigación para su disertación doctoral, ahora concluida, sobre desarrollo municipal en Brasil con apoyo de la Fundación Interamericana, la Organización de los Estados Americanos y la Fundación Fulbright.

La energía cultural y el desarrollo de base

¿Es la cultura de los pueblos marginados un anacronismo que hay que dejar de lado o una oportunidad que hay que aprovechar?

Charles D. Kley Meyer

«**L**a cultura es como un árbol», afirma Mariano López, dirigente tzotzil del municipio de Chamula, en Chiapas, México. «Si las ramas verdes —el lenguaje de un pueblo, sus leyendas y costumbres— se cortan sin cuidado, las raíces que unen a la gente a su lugar en la tierra y entre sí también comienzan a marchitarse. El viento, la lluvia y los elementos se llevan el humus, y la tierra se convierte en desierto.»

Más de 2.000 kilómetros al sur, a lo largo de la costa verde y exuberante de Ecuador, el folclorista afro-ecuatoriano Juan García se hace eco de este sentido de urgencia y a la vez ofrece una solución. Señala que «no puede haber rescate cultural sin desarrollo de la comunidad. Lo opuesto también tiene su lógica».

Ambos testimonios implican que la expresión cultural, con toda su riqueza y



Mitchell Denburg

variedad, no es simplemente un producto de la forma en que una sociedad organiza sus relaciones sociales y productivas, sino que es un instrumento vital para generar los conocimientos y la energía necesarios para transformar esas relaciones. En su teoría de «la conservación y mutación de la energía social», Albert Hirschman (1983) sostiene que los proyectos de base, incluidos muchos que parecen haber fracasado, tienen un efecto acumulativo: generan el compromiso y conocimientos que la gente de escasos recursos puede volver a canalizar hacia actividades de desarrollo nuevas y de mayor alcance.

El presente artículo se basa en casos sobre los que se ha informado en *Desarrollo de base* durante más de diez años y presenta un análisis de la experiencia general de la Fundación Interamericana con la energía cultural como clave para movilizar la acción social que impulsa a los proyectos de base fructíferos. La energía cultural es un motor fundamental de la acción social entre individuos, grupos, comunidades e incluso naciones. La genera la gente común en su expresión creativa cotidiana, en el trabajo y en el «entretenimiento», que a veces se superponen. La galvaniza también la labor concertada de los activistas culturales, que la usan conscientemente como instrumento de desarrollo porque se dan cuenta de que la presencia o ausencia de energía cultural puede determinar si un proyecto se inicia, se mantiene y se amplía. La energía cultural es una fuerza poderosa en la creación y el fortalecimiento de la solidaridad colectiva, la eficacia institucional, la participación y el trabajo voluntario, que son componentes básicos de las iniciativas de desarrollo de base fructíferas.

Menos del 10% de las 3.307 donaciones concedidas por la Fundación durante los últimos 21 años se han centrado en la cultura como instrumento potencial del desarrollo. Esta muestra es demasiado pequeña como para constituir un modelo genérico para la ejecución de proyectos, pero ofrece a las instituciones donantes, a los organismos del gobierno y a los organizadores locales conocimientos imprescindibles sobre el proceso de desarrollo de base y la forma en que puede fortalecerse. Sin embargo, antes que eso ocurra es necesario erradicar algunas ideas erróneas en cuanto a la índole de la cultura y el desarrollo.

La búsqueda de un paradigma alternativo del desarrollo

Durante mucho tiempo, los técnicos y planificadores que trabajan en los organismos públicos e instituciones privadas



Mac Chapin

En la página anterior: Artesano haitiano tejiendo un soleil (adorno para la pared en forma de sol) en un proyecto de revitalización artesanal. Arriba: Dos muchachas kunas de un pueblo cerca de la Reserva de San Blas, con las molas (blusas) tradicionales, pañuelos en la cabeza y anillos de oro en la nariz.

han tendido a pasar por alto la relación positiva entre cultura y desarrollo, entre tradición y cambio. Cuando la base de recursos que alimenta la economía industrial del mundo parecía inagotable se podía pensar en el «desarrollo» en términos mecanicistas, como un problema de escala, en vez de un problema de valores. La tecnología era la llave maestra para liberar «la riqueza de las naciones», y se suponía que tanto los bienes de capital como el marco institucional para utilizarlos eran otro conjunto de productos de consumo para la exportación que salían de una línea de montaje en el Norte. A fines de los años sesenta, ese optimismo había menguado y muchos teóricos del desarrollo culpaban a las culturas tradicionales, que miraban hacia atrás, por la falta de progreso.

En América Latina y el Caribe, esta crítica con frecuencia se internalizó, especialmente en los países con profundas divisiones étnicas que se remontan a la época de la conquista europea. Se pensaba que la homogeneización cultural que expresaba los valores y las necesidades de la elite urbana modernizante era un requisito para el crecimiento económico, en tanto que la cultura local y las diferencias sociales eran vistos como obstáculos que había que superar, y no como oportunidades que había que aprovechar. La modernización, estuviese orientada al mercado o dirigida por el Estado, era un régi-

men que había que importar del extranjero e imponer desde arriba.

Durante los años ochenta, la crisis de la deuda de los países en desarrollo y la crisis ambiental que se perfila amenazadoramente en todo el mundo revelaron las limitaciones de este enfoque. Ahora se están buscando métodos alternativos para fomentar el «desarrollo sostenible», basado en la premisa de que el crecimiento económico a largo plazo depende de un aprovechamiento más cuidadoso de los recursos, y no de una explotación más intensiva. Ello exige una nueva manera de pensar sobre los problemas, que ponga de relieve la diversidad y trate de aprovechar los aspectos positivos de las culturas autóctonas y las comunidades locales, considerándolas como ricas depositarias de conocimientos acumulados a lo largo de siglos de «convivencia con la tierra».

Recientemente, la antropóloga Alaka Wali (1990) examinó las experiencias de dos programas de desarrollo de los mapuches y los aymaras de Chile financiados por la Fundación Interamericana. Wali señala dos razones urgentes para apoyar las culturas indígenas locales. En primer lugar, cuando se arranca del campo a un pueblo como consecuencia de una política pública mal concebida, éste pierde no sólo sus tierras, sino también sus raíces culturales, es decir, la combinación de valores, relaciones sociales y conocimientos que constituyen

la base de su productividad. Lo más probable es que estas personas emigren a las ciudades, donde al carecer de medios de sustento corren el riesgo de convertirse en una subclase permanente, agobiando aún más a una sociedad nacional que ni siquiera es capaz de proporcionar servicios sociales básicos a la población urbana.

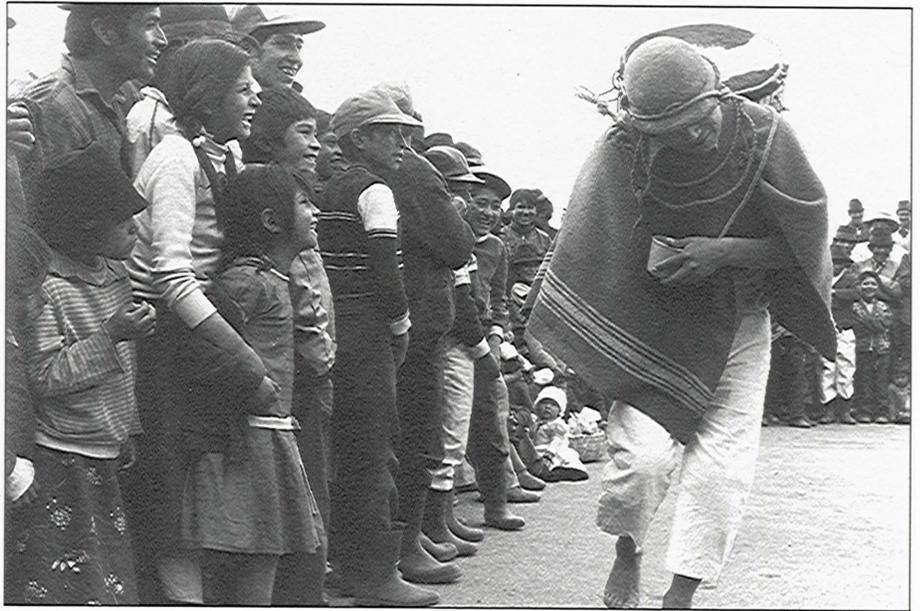
En segundo lugar, en muchos casos los pueblos indígenas posiblemente sean los mejores guardianes de los frágiles ecosistemas en que habitan. Cuando los aymaras del Norte Grande, en los Andes chilenos, se organizaron para defender sus derechos tradicionales de uso del agua para la agricultura frente a la contaminación por las compañías mineras que extraen nitratos, afirmaron su intención de que las tierras siguieran siendo habitables mucho después que se agotaran las riquezas mineras. Al insistir en este enfoque a largo plazo, estaban protegiendo no sólo su fuente de sustento, sino también la cuenca hidrográfica que abastece de agua a los valles inferiores y las ciudades costeras de esta árida región.

Debido a la opresión socioeconómica a que han estado sujetos durante generaciones y a la concentración del poder en las naciones-estados, es improbable que muchos pueblos indígenas salven sus tierras, a menos que reciban asistencia de fuentes externas. Casi veinte años de experiencia con el desarrollo de base confirman lo que Wali afirma: que la asistencia no sirve a menos que se base en las características de la organización comunitaria que constituyen el núcleo de la identidad étnica y que las fortalezca. Eso significa que hay que presentar distintas opciones a estos pueblos, para que ellos mismos establezcan el orden de su propio desarrollo y seleccionen tecnologías que robustezcan la cohesión comunitaria, en vez de socavarla.

El acertijo de los kunas

La conexión entre el destino de la cultura indígena y el medio ambiente no ha sido en ninguna parte tan clara como en el caso de los kunas de Panamá. Con ayuda de la Fundación Interamericana y de otros donantes, a principios de los años ochenta los kunas crearon un parque destinado a estudios científicos, que demostró su capacidad para seleccionar ideas y técnicas útiles de la cultura occidental y adaptarlas a sus propias necesidades.

El parque, que se creó como una barricada para impedir que los colonos invadieran las tierras tribales, se convirtió en un proyecto de gran alcance para descifrar los conocimientos populares de los kunas sobre su ecosistema, a fin de



Julia Weisse-Vargas

Arriba: La Feria Educativa ejecuta un sociodrama en un pueblo quechua de Chimborazo, Ecuador. Abajo: Paulina Paca (al centro), integrante de la Feria, pregunta a una mujer del pueblo cómo resolvería el problema presentado en el sociodrama.



Julia Weisse-Vargas

descubrir métodos de agricultura sustentable que fuesen apropiados para la selva. Al informar sobre esta experiencia, Patrick Breslin (1986), experto en ciencias políticas, señala que fue el firme sentido de identidad cultural de los kunas (saber quiénes son y de dónde vienen) lo que permitió que un experimento de tal magnitud saliera adelante.

Breslin presenta la experiencia de este pueblo como ejemplo de la confianza en sí mismo que se necesita para que cualquier proyecto de desarrollo de base tenga éxito.

Por eso resulta inquietante escuchar que la cultura kuna tradicional quizás esté desapareciendo a pesar de uno de los esfuerzos más enérgicos y cons-



Julia Weisse-Vargas

Arriba: Después de la actuación, los dirigentes del pueblo conversan con María Ajitimbay (la segunda de la derecha), integrante de la Feria, sobre las necesidades de la comunidad. Abajo: El trabajo de la Feria inspira proyectos de desarrollo comunitario, como esta empresa de tejido de ponchos en El Lirio.



Julia Weisse-Vargas

cientes que haya realizado jamás un grupo indígena de las Américas para controlar el proceso de cambio (Chapin, de publicación próxima). El antropólogo Mac Chapin observa que los nuevos conocimientos necesarios para coexistir con el sistema político y económico de Panamá han separado lentamente la educación de las costumbres laborales

tradicionales, interrumpiendo la transmisión de las creencias a los jóvenes y socavando las ideas ancestrales sobre el funcionamiento del mundo y el lugar que deben ocupar los seres humanos en el mismo.

Los kunas comenzaron a abrir escuelas de tipo occidental hace más de cincuenta años, y ahora algunos de ellos

son abogados, biólogos y graduados universitarios de otras disciplinas. Algunos de estos profesionales ayudaron a establecer el parque científico. Según Chapin, concibieron el proyecto como un receptáculo en el cual se combinaría la antigua cultura con la ciencia occidental a fin de crear una aleación más firme. Sin embargo, sus planes de catalogar la rica tradición oral del pueblo, de llevar especialistas en rituales kunas al parque para que identificaran la flora y la fauna, y de que los ancianos trabajaran codo a codo con los técnicos del proyecto en el estudio de la base científica de los sistemas de silvicultura tradicionales no se han concretado.

Ello se debe, en parte, a problemas de logística. El parque está cuesta arriba y muy lejos de los poblados costeros, donde viven los mayores de la tribu, y a varias horas de la ciudad de Panamá, donde trabaja la mayoría de los integrantes del equipo para coordinar el programa con otros organismos. Sin embargo, la dificultad fundamental es una brecha generacional entre los kunas. Para los mayores, la cultura es un acervo de conocimientos heredados que se renueva por medio del contacto íntimo de cada generación con los arrecifes, los estuarios y la selva de San Blas; es la savia de un árbol vivo. Para los jóvenes que han pasado por un proceso de transculturación, la cultura es un indicio de lo que significa ser un «kuna auténtico», una solución al acertijo de la identidad que plantea la modernización; es el duramen inmenso e inerte que mantiene a un árbol en pie en medio del vendaval.

El escaso progreso que se ha realizado en el parque científico refleja las limitaciones del consenso generacional. El propósito principal del parque era formar una coalición con terceros que simpatizaban con la causa para reducir el peligro inminente de la devastación de las tierras por extraños. El parque ha dado un respiro temporario, pero ¿qué ocurrirá más adelante si los kunas logran renovar el espíritu de la antigua cultura antes que se reduzca a un cuenco ornamental exquisitamente tallado? ¿Surgirá alguna variante de la ecología occidental que llene el cuenco con alguna sustancia nutritiva o será el receptáculo del vacío que se siente al no ser ni panameño ni kuna?

Las respuestas son inciertas, y eso plantea un acertijo aún más espinoso. Si uno de los pocos pueblos indígenas de las Américas que sobreviven en el siglo XX con su cultura, identidad y autonomía político-económica relativamente intactas no puede resistir los embates de la modernización, ¿qué perspectivas tiene el desarrollo basado en la cultura en cualquier parte?



Cecilia Duque

La Asociación Colombiana de Promoción Artesanal (ACPA) ayuda a artesanos tradicionales como esta tejedora de fique de Boyacá. Las investigaciones participativas de ACPA fueron una fuente de inspiración para el programa de enseñanza de la Escuela Nueva para las escuelas rurales del país.

El espejo de la toma de conciencia

Los indígenas de habla quechua, o quichua como se dice en Ecuador, de la región montañosa del país proporcionan un indicio. Allí, el Servicio Ecuatoriano de Voluntarios-Chimborazo (SEV/CH) ha realizado logros impresionantes desde los años setenta. El SEV/CH trabaja en la provincia de Chimborazo, que

tiene una de las concentraciones más notables de indígenas pobres de América del Sur. Los 250.000 habitantes indígenas de la provincia están distribuidos en más de mil comunidades, a una altitud que a veces se acerca a los cuatro mil metros, y hace muy poco han emergido de un sistema de latifundio que limitaba considerablemente sus posibilidades de autosuficiencia, progreso social y crecimiento económico. La naturaleza no ha sido

más benigna; la tierra ha sido azotada por sequías, heladas, avalanchas y una intensa erosión del suelo.

Durante más de veinte años, numerosas organizaciones nacionales e internacionales se instalaron en la provincia, ofreciendo ayuda y perspectivas de cambio. Generalmente, los representantes de esas organizaciones públicas y privadas han sido profesionales con características socioculturales muy distintas a las de los pobladores locales. La mayoría de estos profesionales nunca se alejaban mucho de la carretera Panamericana. Llegaban a un pueblo y se reunían con un grupo pequeño de dirigentes, invariablemente hombres, para explicarles en español la manera en que la institución que representaban mejoraría la vida de los pobladores locales. La participación de los pobladores locales se limitaba a una breve sesión de preguntas y respuestas que concluía con un llamado a que los representantes campesinos asistieran a todas las reuniones futuras relacionadas con el nuevo proyecto. Después, los técnicos volvían a subirse a los *jeeps* para el viaje de tres horas de regreso a Quito, la capital. Lamentablemente, a pesar de la buena voluntad y el gasto, la mayoría de esos programas fracasaron, dejando muy pocos indicios de su existencia.

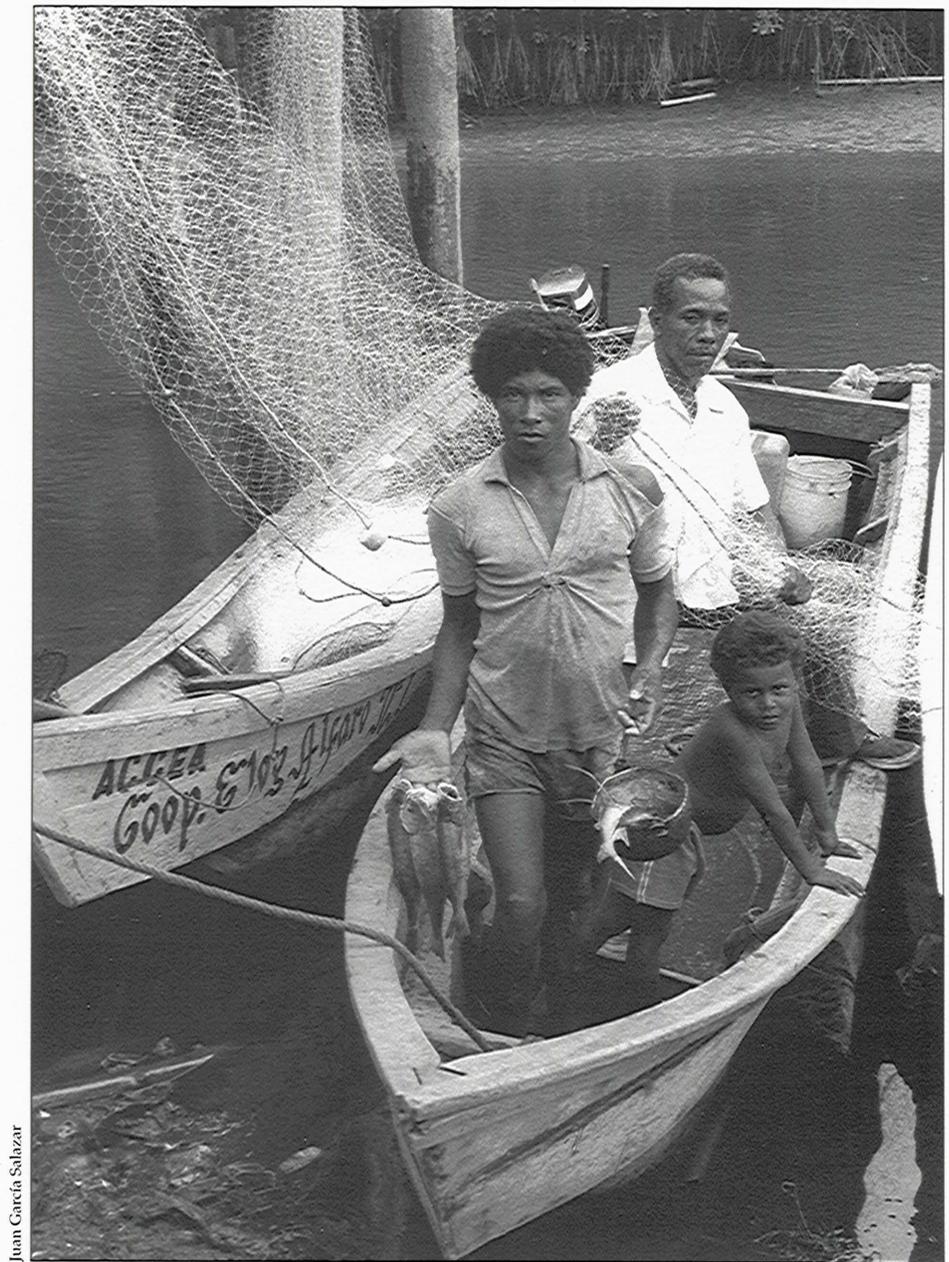
Las iniciativas de desarrollo de base más fructíferas de Chimborazo han surgido de la provincia misma. En el caso del SEV/CH, varias personas, muchas de ellas nacidas en comunidades indígenas, creían que podían ser más eficaces que los forasteros para quienes habían trabajado. Con el apoyo del Servicio, un grupo de jóvenes indígenas, hombres y mujeres, formaron la Feria Educativa, para promover la revitalización cultural y los proyectos de desarrollo basados en el esfuerzo de los beneficiarios en las comunidades de habla quechua atendidas por el SEV/CH (Kleymeyer y Moreno, 1988).

La Feria decidió desde el comienzo aprender de los errores cometidos por los programas que desentonaban con el medio local. Va a las comunidades únicamente por invitación. Los actores de la Feria cantan en quechua e invitan al público a bailar. Después de romper el hielo, los miembros de la Feria instan a los pobladores a señalar sus dificultades y considerar posibles soluciones. Dos de los métodos que utilizan con ese propósito son los sociodramas y el teatro de títeres. Presentan obras cortas que trazan en líneas generales un problema común: el analfabetismo, la pobreza o la discriminación de los mestizos urbanos contra los indígenas pobres de las zonas rurales. Cuando están por llegar al punto culminante de la obra, interrumpen la

actuación y ceden la palabra a los espectadores, invitándolos a aportar su experiencia personal para buscar una solución. Lentamente, este proceso conduce a un reconocimiento colectivo de que el problema presentado está arraigado en la realidad local. A veces, esto lleva a proponer una acción inmediata, pero con mayor frecuencia la Feria es sólo el primer paso de un largo proceso de reflexión que un día culminará en un proyecto de desarrollo comunitario.

Los resultados son impresionantes. Desde 1979 la Feria ha visitado más de 750 comunidades. Esos contactos ayudaron a abrir el camino a un programa de alfabetización para el establecimiento de más de 1.050 centros comunitarios de capacitación, logrando así una cobertura prácticamente total de la provincia y convirtiéndose en el programa de más éxito en su género en el Ecuador. La labor promocional de la Feria también desempeñó un papel decisivo en un programa que condujo a la creación de más de 30 panaderías comunitarias y 45 talleres artesanales, y ayudó a los pobladores a construir 145 centros comunitarios y a plantar más de 200.000 árboles para reforestar las laderas desnudas. Muchas de estas comunidades formaron federaciones que patrocinan sus propios programas de fortalecimiento cultural y los incorporan en las actividades de capacitación, producción y desarrollo comunitario. La Feria ha colaborado también en la formación de otros conjuntos similares. En 1988 había más de 100 conjuntos que recopilaban o interpretaban música tradicional en toda la provincia de Chimborazo.

Los grupos como la Feria usan la expresión cultural no sólo para desencadenar la acción, sino también para ofrecer a la gente un espejo para que examine su cultura desde adentro. Este conocimiento es imprescindible para sobrevivir en el mundo moderno. En una serie de conferencias sobre la poesía y el modernismo que dictó en la Universidad Harvard, Octavio Paz (1974), mexicano ganador del Premio Nobel, dijo que la calidad esencial del modernismo es el cambio, y su dinamismo es una desconstrucción crítica del pasado inmediato que requiere la reinención de la identidad. Esta «crisis de identidad» es crónica, y afecta tanto a naciones como a individuos. La habilidad ya señalada de los kunas de Panamá para ir de compras en la cultura occidental y seleccionar lo que les parece útil forma parte de esta ecuación. Por otra parte, los kunas todavía están luchando con la capacidad para ir de compras con cautela por su propio pasado, puesto que el único antídoto contra la duda corrosiva sobre uno



Juan García Salazar

Dos pescadores de la primera federación de organizaciones de base que se formó en la provincia de Esmeraldas muestran su captura al folclorista y fotógrafo afro-ecuatoriano que fue un catalizador de la consolidación.

mismo que acompaña a la modernización es la autocrítica constructiva.

La conciencia cultural y la evaluación con participación popular

Encontramos un ejemplo de este proceso en Colombia, donde hace algunos años el servicio de salud regional pidió a un equipo de antropólogos que ayudara a rescatar un programa de servicios médicos para los sikuanis que estaba a punto

de desintegrarse (Herrera y Lobo Guerrero, 1988). Los auxiliares médicos indígenas capacitados por el servicio de salud parecían impotentes para detener la propagación de enfermedades intestinales, respiratorias y de la piel en sus respectivas comunidades. Las tasas de deserción entre los auxiliares médicos ascendían al 60%, y los funcionarios del servicio de salud pública se preguntaban si los demás no se quedaban simplemente para poder cobrar los magros sueldos que les pagaba el gobierno.

La solución no era evidente. Proporcionarles conocimientos más avanzados de diagnóstico, así como medicamentos, sólo aumentaría los recursos de tipo occidental que los promotores poco utilizaban. El problema se debía, en parte, a que habían recibido una formación inadecuada, basada en las necesidades y experiencias de los colombianos de las sierras, y no de las tribus de los llanos. Sin embargo, los integrantes del equipo comenzaron a cuestionar el enfoque mismo del programa, que era muy específico desde el punto de vista técnico. Se preguntaron si el verdadero problema no sería que no estaban promoviendo la salud, y no que fueran incapaces de tratar enfermedades tropicales.

Sin quedarse en los síntomas médicos, sino buscando raíces socioculturales más profundas, el equipo propuso un programa de investigaciones con participación popular, en el cual los auxiliares médicos analizarían la historia y los mitos sikuanis junto con las comunidades. Lentamente fueron comprendiendo la forma en que la transición de la caza y la recolección a una vida agrícola sedentaria había contaminado los ríos y llevado al consumo de menos proteínas y a la malnutrición generalizada. A medida que se fue profundizando en la investigación, se elaboró un sistema de clasificación de las prácticas médicas tradicionales que se incorporó en el programa de salud. De esta forma no sólo se recuperaron fuentes alternativas de alimentos y plantas medicinales, sino que también se ofrecieron indicios de la manera en que las comunidades pueden dominar las tecnologías occidentales adoptándolas como propias.

Al permitirles examinar su cultura desde adentro, las investigaciones basadas en la participación popular proporcionaron a los sikuanis un instrumento eficaz para resolver sus problemas, dando rienda suelta a la creatividad latente en su propio patrimonio, y conciliar la tradición con el progreso. Los sikuanis han institucionalizado este proceso enseñando a una segunda generación de auxiliares médicos a orientar a la comunidad para resolver una amplia gama de problemas médicos y económicos, paralelamente al surgimiento de una organización política representativa para defender los intereses de los sikuanis frente al resto de la sociedad.

Lo mismo ha ocurrido durante más de diez años en la región amazónica del Ecuador, donde los shuaras y achueros han iniciado un programa de recuperación cultural que ha fortalecido a la federación que formaron en 1964 para defender sus tradiciones, su fuente de sustento y la selva misma. La Federación

de Centros Shuar-Achuar, a su vez, ayudó a fundar una confederación amazónica de pueblos indígenas ecuatorianos y llenó muchos de sus principales puestos. Los indígenas de habla quechua de la Amazonia, animados por el conjunto Los Yumbos Chahuamangos, también desempeñaron un papel decisivo en esta tarea. Participaron en la organización de la confederación y patrocinaron festivales culturales que lograron reunir por primera vez en un mismo lugar a tribus muy diversas. Los indígenas de habla quechua también fueron la fuente de inspiración para un proyecto de la confederación que se desarrolló posteriormente con el fin de crear un programa de educación bilingüe y multicultural para la región amazónica del Ecuador.

Una cosa salta a la vista en cuanto a la manera en que se han desarrollado estos ejemplos de activismo cultural: no son un intento de restablecer un pasado ideal y quizás imaginario. Tampoco son un intento de consagrar «lo primitivo», concepto que podría reflejar la nostalgia occidental de revivir su propio pasado perdido por medio de substitutos del mundo en desarrollo. Son, más bien, intentos de explicitar lo que está implícito en todo proyecto de base, es decir, el vínculo entre la cultura y el desarrollo al que Juan García aludía al comienzo de este artículo.

Aprendiendo a canalizar la energía cultural

La expresión cultural surge de las raíces vivas de la cultura tradicional. Debidamente orientada, esta expresión actualiza las tradiciones en formas que dan a un pueblo energía para renovarse y renovar su sociedad. Esta energía cultural puede movilizar a individuos, grupos y comunidades hacia un propósito más elevado. Impulsa a la gente a unirse en un esfuerzo colectivo. Es lo que los lleva a asistir a reuniones noche tras noche y anima a los voluntarios a trabajar muchas horas en un proyecto comunitario. Estimula su imaginación y sus ansias de transformar su vida, y refuerza su confianza y coraje para hacer frente a los desafíos que el futuro les depara.

La energía cultural ayuda a la gente a encontrar en lo más recóndito de su ser la fuerza y la resolución que tenían escondidas. La expresión cultural toma muchas formas: un coro afro-americano del evangelio que rompe a cantar, las zampoñas de un conjunto andino entremezclándose con el viento del altiplano, el actor que triunfa sobre la adversidad en una obra, los productos que la gente fabrica y usa en la vida diaria, y

los cuentos que narra la gente para conocer su lugar en el mundo y salir adelante. Los activistas culturales comprenden el vínculo entre la expresión y la energía culturales, y tratan de aprovecharla conscientemente para fomentar las iniciativas de base.

Este vínculo es evidente en los 215 proyectos de base que la Fundación Interamericana apoyó durante los últimos veinte años, que tenían un componente decisivo de expresión cultural, incluso en los que comenzaron como una tarea de recopilación y archivo. Aunque el pleno efecto del trabajo de recopilación del folclor afro-ecuatoriano realizado por García dependerá de la reacción de las generaciones futuras, su presencia ha sido fundamental para la consolidación de numerosas cooperativas de pescadores artesanales de su provincia natal de Esmeraldas, que culminó en el surgimiento de la primera federación de organizaciones de base de la región. En una zona aislada de Costa Rica, el trabajo de los alumnos de una escuela de agronomía para recopilar y publicar historias orales de la región (Palmer, 1982-83) precedió los esfuerzos de un grupo local para formar una organización con el propósito de establecer viveros experimentales de árboles a fin de diversificar la producción de cultivos alimentarios y comerciales de las diversas comunidades afro-caribeñas, mestizas y de indígenas bri bri de la zona. En el altiplano boliviano, un conjunto musical aymara ayudó a revitalizar la música andina tradicional alrededor de la ciudad colonial de Sucre y después comenzó a ayudar a un grupo de indígenas tarabuqueños a abordar los problemas de la pobreza y el desarrollo rurales (Breslin, 1986).

Cuando la expresión cultural está vinculada a la vida real por medio de la acción, amplía la conciencia de la gente con respecto a su fuerza latente, tanto individual como colectiva. En vez de agotarse, la fuente de energía cultural tiende a crecer con el uso. Aunque la mayoría de las actividades culturales se realizan en forma aislada desde el punto de vista tanto geográfico como etnográfico, algunas ofrecen indicios sobre la forma en que esta energía que surge de las bases puede surtir efecto a nivel nacional.

Irónicamente, la más clara indicación del efecto que el rescate cultural puede tener proviene de una institución que los activistas culturales a menudo reciben con escepticismo porque consideran que es un instrumento de homogeneización sociocultural: la escuela rural (Goff, 1990). La diferencia es que gran parte del material didáctico del programa de la Escuela Nueva que se usa en casi la mitad de las 26.000 escuelas rurales de Colombia se basa en la «investigación



Mitchell Denburg

Esta mujer ha aprendido a fabricar y usar títeres como parte de un proyecto de educación popular dirigido por CIMCA en Oruro, Bolivia, que enseña a las mujeres a convertirse en dirigentas del desarrollo comunitario.

participativa» y su fin es impulsar a los alumnos a aplicar las mismas técnicas a su propia vida y en su pueblo.

El programa de estudios de la Escuela Nueva está arraigado en la cultura popular y orientado a fomentar un sentido de autoestima por medio de la participación. Se impulsa a los alumnos a que investiguen el mundo que los rodea, para que vean que las artesanías tradicionales están arraigadas en las empresas familiares, y se les anima a participar en esas actividades o a colaborar en su puesta en marcha. La comunidad se convierte en un laboratorio donde se descubren y multiplican los recursos para el desarrollo que están disponibles a nivel local. El material didáctico preparado con distintos medios y basado en las culturas regionales se combina con material normalizado y se distribuye en todo el país, ofreciendo a la próxima generación de ciudadanos la

idea de que, juntos, podrán crear un modelo colombiano de desarrollo.

El programa ha despertado mucho interés y ha recibido apoyo de organismos internacionales, entre ellos la UNESCO, el Banco Mundial y la Fundación Interamericana. Lo han estudiado funcionarios de 46 países, puesto que es considerado como un modelo prometedor que podría repetirse en otros lugares. Este grado de interés en un proyecto de desarrollo con una base cultural es muy desacostumbrado e indica dos cosas: una conciencia creciente con respecto a la necesidad de un nuevo paradigma del desarrollo y la falta general de conocimiento sobre la combinación de técnicas que podrían hacer funcionar tal modelo.

El hecho de que las grandes instituciones de asistencia para el desarrollo sepan tan poco sobre el proceso es, en sí, revelador. Se tardó casi veinte años en perfeccionar el componente cultural

del programa de la Escuela Nueva, tarea que se hizo con ayuda mínima de fuentes externas. Al igual que muchos otros proyectos culturales financiados por la Fundación Interamericana, comenzó con voces locales que decidieron responder a las necesidades locales. El hecho de que grupos tan diferentes de todos los rincones de las Américas hayan sentido esta urgencia y adoptado esta estrategia a pesar de la falta general de apoyo externo indica que existe una fuente de energía común que impulsa al desarrollo de base. Es imprescindible dejar constancia de estas experiencias, buscar un marco analítico que se ciña a los perfiles de lo que se está viviendo, para que sea posible perfeccionar los conocimientos, divulgarlos y transmitirlos, para que las enseñanzas fundamentales no se limiten a las personas que viven dentro del radio de alcance de las voces del proyecto, para que las enseñanzas no desaparezcan cuando un proyecto concluya.

Perspectivas del desarrollo con una base cultural

La experiencia de la Fundación Interamericana con los proyectos de expresión cultural muestra que la ayuda externa oportuna y apropiada a menudo es imprescindible para que los grupos étnicos y comunitarios puedan diagnosticar sus problemas y movilizar recursos locales en pro del desarrollo. Cuando el escritor chileno Ariel Dorfman (1984) recorrió varios de estos proyectos hace casi diez años, se preguntó si sobrevivirían momentos de crisis económica y si esas voces, por más nobles que fuesen, se escucharían por encima del ruido ensordecedor de los medios de comunicación de masas. Se trata de una pregunta crucial, porque los esfuerzos vecinales o comunales para progresar con el esfuerzo propio pueden parecer inútiles si las únicas imágenes que se ven de personas prósperas son los actores norteamericanos o europeos de las series de televisión, o si la solución para los problemas se presenta solo en términos de consumo masivo.

Apenas un puñado de proyectos, como Radio San Gabriel en Bolivia y Radio Latacunga en Ecuador, han conseguido espacio en el radio para difundir programas de educación popular con un alto contenido cultural a pueblos rurales muy dispersos. Su experiencia indica que las mismas tecnologías modernas que amenazan socavar las manifestaciones culturales tradicionales pueden aprovecharse para conservarlas y renovarlas.

Juan García está sumamente consciente de ambas posibilidades. Afirma que la radio y la televisión han hecho más daño a la cultura étnica de su Esmeraldas natal en los últimos treinta años que tres siglos de esclavitud. Sin embargo, es uno de los primeros en reconocer que las nuevas técnicas pueden ser también instrumentos de supervivencia. Los activistas culturales utilizan hábilmente grabadoras y cámaras de bajo costo y técnicas de impresión accesibles, como imprentas, offset, mimeógrafos y fotocopiadoras. Estas tecnologías ofrecen un enorme potencial de uso interactivo, que debe aprovecharse más a fondo.

Algunos críticos sostienen que estas inversiones, por más pequeñas que sean, no se justifican en una época en que los recursos para el desarrollo están disminuyendo al mismo tiempo que la demanda mundial de ellos está aumentando, particularmente porque los proyectos de acción cultural redundan en beneficios limitados en comparación con los proyectos que se centran en necesidades humanas «básicas», como alimentos, viviendas, ingresos familiares y servicios de salud.

Los proyectos de base que han incorporado la acción cultural como estrategia fundamental constituyen una refutación de esa tesis. En todos los casos, los pobladores de bajos ingresos decidieron espontáneamente dedicarles sus escasos recursos —tiempo, materiales, dinero y energía— porque tienen un concepto

más amplio de las necesidades básicas y las privaciones. Comprenden muy bien la ira, la degradación y la vergüenza paralizante causadas por los estereotipos negativos. La reversión de ese proceso puede transformar la cultura de un grupo en los cimientos para erigir estructuras sólidas a fin de satisfacer las necesidades básicas y promover la autosuficiencia.

En un momento en que los teóricos de todas las tendencias están de acuerdo en que se necesita una gran participación local para conseguir nuevos recursos destinados al desarrollo y aprovecharlos al máximo, ya no se puede pasar por alto este vínculo entre la energía cultural y los resultados de los proyectos. La medida en que se integra la cultura en un proyecto ofrece a los proveedores de fondos un indicio fundamental del grado de participación real. La medida en que se manifiestan elementos de la cultura popular es un indicador condensado de si se ha permitido la participación de la población local en el proyecto.

Comprender la importancia de este vínculo no constituye de por sí un plan de acción infalible. Los proyectos de acción cultural, a pesar de que con frecuencia tienen dirigentes carismáticos y elocuentes, se enfrentan con muchos de los mismos desafíos que otras iniciativas de base: superar los conflictos internos a fin de fortalecer la base institucional, mejorar su administración, contabilidad y comercialización, y superar el aislamiento social o geográfico. Algunos de

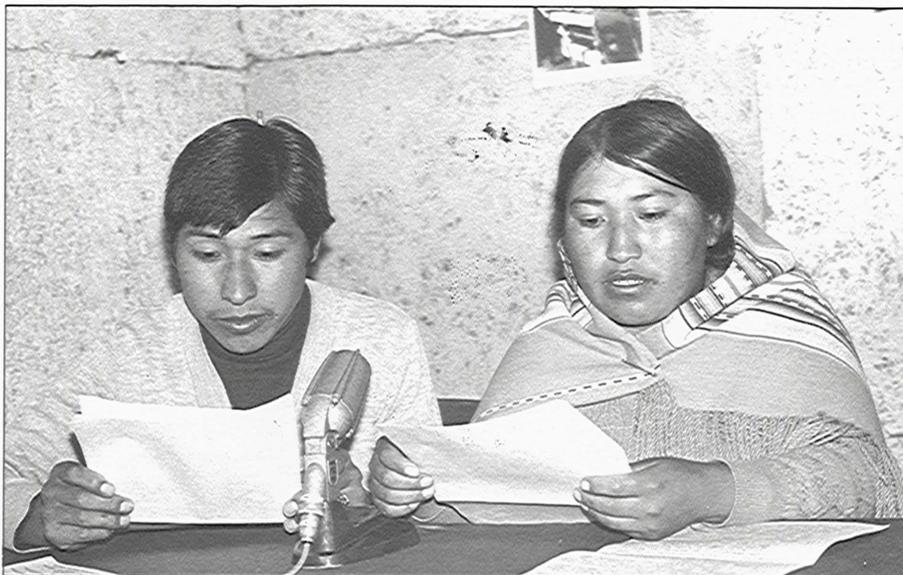
estos problemas se pueden resolver con capacitación, asistencia técnica, establecimiento de redes y la experiencia que se adquiere con la autogestión y la evaluación participativa. Cuando los problemas son la discriminación étnica sistemática y la opresión del gobierno, las soluciones generalmente están fuera del alcance de los grupos locales. En estos casos, los donantes internacionales pueden ayudar a abrir un espacio social útil para que los grupos locales puedan funcionar y aglutinarse, pero deben tener cuidado para no reemplazar un tipo de dependencia con otro. La planificación y el control de los proyectos deben dejarse, en gran medida, en manos de los pobladores locales, que saben cómo movilizar y canalizar mejor la energía cultural y que a menudo se han pasado toda una vida perfeccionando este saber.

Los donantes también se encuentran en buena posición para facilitar ciertos tipos de inversiones de segundo nivel que podrían dar dividendos en el futuro. Por ejemplo, la Fundación Interamericana ha concedido donaciones para la formación de redes que facilitan el intercambio cultural y la transferencia de conocimientos entre distintos grupos. Con una de esas donaciones, algunos kunas viajaron al sur para observar proyectos de los indígenas de habla quechua en la Amazonia ecuatoriana y colaborar con ellos, y con otra varios representantes de distintos pueblos ecuatorianos autóctonos viajaron al norte, a Panamá. Los talleres, las redes por computadora y las giras artísticas son otros mecanismos viables para los cuales se necesitan recursos que a menudo no están al alcance de los grupos culturales.

Los donantes también pueden desempeñar una función útil estableciendo centros de información para recaudar fondos y orientando las investigaciones a fin de determinar qué técnicas de acción cultural son más apropiadas para resolver problemas específicos del desarrollo. Mediante la promoción y el establecimiento de mecanismos que protejan los derechos de propiedad intelectual de artesanías, diseños artesanales, medicamentos y otros productos, los gobiernos nacionales y los organismos internacionales pueden usar el mercado mundial a fin de conseguir nuevos recursos para el desarrollo destinados a los grupos marginados.

La experiencia de la Fundación Interamericana con las donaciones para proyectos culturales confirma el vínculo entre la energía cultural y el desarrollo postulado por Mariano López y Juan García al principio de este artículo. Sólo en un despliegue de miopía podrán los donantes y los gobiernos pasar por alto

Por más de una década la Radio San Gabriel ha transmitido programas en aymara, que preservan y difunden los cuentos del folclor de las comunidades del altiplano. La estación ha ayudado a dar una voz propia a las comunidades dispersas por el altiplano.



Cortesía de CPC «Ayni»



Miguel Soyago

Miembro de «La Khochalita» trabajando en su telar en Bolivia. Este grupo artesanal autogestionario ha incrementado los ingresos de sus miembros y les ha proporcionado servicios de atención de salud por más de diez años.

la búsqueda de métodos eficaces para aprovechar esa fuente, ahora que se ha revelado su potencial. En un mundo de recursos decrecientes, nos interesa a todos no desperdiciar más el talento creador y la energía cultural de los grupos de base que viven los problemas que tanto ellos como nosotros estamos tratando de resolver. Como dijo García al visitar un centro cultural de Tennessee, en las montañas Apalaches: «En nuestra tradición oral tenemos una frase, *nosotros gente*, que ustedes también tienen en Estados Unidos: *We the people*. *Nosotros gente* es un concepto que tiene mucha fuerza. Tiene la fuerza para infundir entusiasmo y promover la acción comunitaria. En otra época, nosotros éramos los dueños de nuestro mundo,

nosotros éramos capaces. Si aprendemos a trabajar juntos, tendremos la capacidad para recuperar esa visión y realizar nuestro potencial humano». ❖

CHARLES D. KLEMEYER, que se graduó de la Universidad de Wisconsin con el título de doctor en estudios sobre el desarrollo, es representante de la Fundación Interamericana para la Región Andina desde 1979. Este artículo se basa en su libro *La expresión cultural y el desarrollo de base, antología de ensayos de varios autores que se publicará próximamente en español e inglés. Veinte años de trabajo como narrador de cuentos folclóricos y organizador de festivales en Estados Unidos respaldan su comprensión del desarrollo basado en la cultura.*

BIBLIOGRAFIA

- Breslin, Patrick. 1982. La tecnología de la autoestima: Proyectos culturales de los indígenas aymaras y quechuas. *Desarrollo de Base* Vol. 6:1.
- 1986. El sentido de identidad. *Desarrollo de Base* Vol. 10:2.
- 1989. Los mapuches comienzan a hacerse oír. *Desarrollo de Base* Vol. 13:2.
- Breslin, Patrick y Mac Chapin. 1984. Ecología al estilo kuna. *Desarrollo de Base* Vol. 8:2.
- Chapin, Mac. Publicación próxima. Recuperación de las costumbres ancestrales: El saber tradicional y la ciencia occidental entre los kunas de Panamá. En *La expresión cultural y el desarrollo de base*, publicado bajo la dirección de Charles D. Klemeyer.
- Davis, Shelton H. 1985. El Aserradero Comunal Ayoréode-Zapocó: Proyecto social de silvicultura en Bolivia oriental. *Desarrollo de Base* Vol. 9:2.
- Dorfman, Ariel. 1984. Arroz quemado y pan: Cultura y supervivencia económica en América Latina. *Desarrollo de Base* Vol. 8:2.
- 1988. Hacia otra selva: ¿el viaje final de los matacos? *Desarrollo de Base* Vol. 12:2.
- Forte, Gordon A. y Robert Maguire. 1988. ¿En qué consiste el éxito? El caso de la Moruca Transport Cooperative, Ltd. *Desarrollo de Base* Vol. 12:3.
- García Salazar, Juan. 1984. Poesía negra en la costa de Ecuador. *Desarrollo de Base* Vol. 8:1.
- Goff, Brent. 1990. Expansión de las actividades artesanales en Colombia. *Desarrollo de Base* Vol. 14:1.
- Healy, Kevin. 1991. Animando el desarrollo de base: Educación popular de mujeres en Bolivia. *Desarrollo de Base* Vol. 15:1.
- Healy, Kevin y Elayne Zorn. 1982-83. Turismo controlado por campesinos en el lago Titicaca. *Desarrollo de Base* Vol. 6:2-7:1.
- Herrera, Xochitl y Miguel Lobo-Guerrero. 1988. Aprendiendo del fracaso: Se recupera la creatividad sikuani en Colombia. *Desarrollo de Base* Vol. 12:3.
- Hirschman, Albert O. 1983. El principio de conservación y mutación de la energía social. *Desarrollo de Base*, Vol. 7:2.
- Klemeyer, Chuck y Carlos Moreno. 1988. La Feria Educativa: Una fuente de ideas y orgullo cultural. *Desarrollo de Base* Vol. 12:2.
- Palmer, Paula R. 1982-83. Historia e identidad de Talamanca, Costa Rica. *Desarrollo de Base* Vol. 6:2-7:1.
- Paz, Octavio. 1974. *Children of the Mire*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Perera, Víctor. 1989. El largo viaje a un nuevo terruño: Pablo Fernández y el descubrimiento de La Rochela. *Desarrollo de Base* Vol. 13:2.
- The Sistren Theatre Collective. 1983. Teatro de Mujeres en Jamaica. *Desarrollo de Base* Vol. 7:2.
- Smith, Robert J., Maria Rehnfeldt y William M. Barbieri. 1982. Colonización indígena en Paraguay: ¿Qué es el éxito? *Desarrollo de Base* Vol. 6:1.
- Wali, Alaka. 1990. En comunión con la tierra: etnicidad y desarrollo en Chile. *Desarrollo de Base* Vol. 14:2.

Armonía con la tierra

Celebración de la cultura andina

Marion Ritchey Vance y Ron Weber

Al intercambiar ideas con ciudadanos estadounidenses en un «museo sin paredes», indígenas sudamericanos abrieron un nuevo mundo de posibilidades para sí mismos y para otros.

Durante diez días en julio de 1991, un pequeño rincón del National Mall (Paseo Nacional) en Washington, D.C. fue transformado por las vistas y sonidos de los Andes. Miles de visitantes al 25° Festival de Vida Folclórica Americana se hallaron atraídos a la alameda frente al Museo Nacional de Historia Natural por la música exótica de queñas, sicuris, zamponas y tambores, y por el colorido y la pomposidad de la danza ceremonial. Los animados músicos y bailarines que realizaron las presentaciones no eran profesionales. Eran agricultores, tejedores y cazadores de comunidades autóctonas en el altiplano de Perú y Bolivia y la selva amazónica de Ecuador. Invitados por la Smithsonian Institution a participar en la parte del Festival dedicada a los americanos autóctonos, dieron vida a las tradiciones artísticas y tecnológicas de sus civilizaciones milenarias en un ambiente popular a la vista del Capitolio de Estados Unidos y el Monumento a Washington.

Al hacerlo, crearon lo que el crítico Stephen Greenblatt de la Universidad de California en Berkeley ha llamado un «encuentro con lo maravilloso», una reunión entre pueblos de culturas muy

distintas que abre un nuevo mundo de experiencia rica en conocimientos profundos e imprevistos. Tal como el Subsecretario de la Smithsonian para Servicio Público James Early lo expresó elocuentemente en la ceremonia inaugural del Festival, la presencia de estos grupos indígenas tuvo un significado que trascendió de la presentación de la diversidad de tradiciones autóctonas. En una época de amenaza ambiental global, pusieron de relieve el vínculo entre el acervo cultural y las modalidades sostenibles de desarrollo.

Los numerosos asistentes al Festival en los días que siguieron tuvieron la oportunidad de recibir este mensaje en persona al intercambiar impresiones con los participantes andinos. En tableros grandes se expusieron mapas, esbozos históricos y otra información para presentar cada cultura incluida en el Festival. Se celebraron diariamente numerosos talleres, actuaciones, recreaciones ceremoniales y demostraciones de artesanías, a veces concentradas en un determinado grupo y, otras veces, en temas interculturales. Los espectadores que se quedaron para conversar a través de los intérpretes del Festival con los músicos, bailarines y artesanos aprendieron cómo eventos tales

como una ceremonia nupcial o la consagración de un nuevo campo no son un mero espectáculo sino partes inseparables de un *modus vivendi* cuyo valor supremo es la armonía con la tierra.

Al seleccionar «Conocimiento y Poder—La Tierra en las Culturas Americanas Autóctonas» como tema para esta parte del Festival de 1991, la Smithsonian se adelantó conscientemente en un año a la conmemoración del quinto centenario de la llegada de Colón al Nuevo Mundo. Se creó un lugar neutro en el que el público podría descubrir nuevamente las Américas desde la perspectiva de los habitantes originales del hemisferio. Aun cuando, desde la Conquista, el patrimonio autóctono se ha reducido constantemente a tierras cada vez más marginales, los principios y prácticas ecológicas siguen profundamente arraigados en las culturas que han perdurado. Los participantes andinos representaban comunidades con vínculos ancestrales con las regiones que habitan y con raíces tradicionales claras e intactas. La vida folclórica que representaron en el Mall fue el reflejo de una unión con la cultura hispana y a la vez, de una tenaz resistencia a la misma.

La relación que perdura con la tierra quizá fuese ilustrada óptimamente por los shuar y achuar de la cuenca del Amazonas en Ecuador que se han resistido a la incursión de pueblos externos desde la época del Imperio Inca. En las exhibiciones del Festival se informó a los visitantes cómo estos pueblos siguen viviendo de los abundantes recursos que les proporciona la selva pluvial sin perturbar su delicado equilibrio ecológico. Miguel Puwainchir, presidente de la Federación de Centros Shuar-Achuar, explicó ese éxito no mediante la identificación de prácticas específicas de producción sino subrayando un convencimiento básico incorporado en todas ellas. Advirtió que «no nos consideramos propietarios de la tierra, la tierra es nuestra madre, que nos nutre y ha de ser respetada, no tratada como una mercancía que se usa hasta que se acaba o se vende». Puwainchir está convencido de que la mejor forma de proteger la selva pluvial —«los pulmones del mundo»— consiste en fortalecer la capacidad de los pueblos que viven en ella y que la conocen mejor.

Para proteger hoy ese recurso se necesitan nuevas aptitudes, entre ellas la capacidad de dominar el uso de algunos de los mecanismos de la moderna sociedad occidental a fin de negociar con ella en condiciones de igualdad. La Federación, que fue fundada en 1964 y representa ahora a unas 330 comunidades shuar y achuar y a casi 50.000 personas, ha estado a la vanguardia de esta iniciativa. Con apoyo de la Fundación y de numerosas otras entidades donantes y de voluntarios, ha realizado un levantamiento de gran parte del territorio habitado por su pueblo, ha obtenido títulos al terreno, ha desarrollado programas de generación de ingresos para complementar la agricultura de subsistencia y ha dotado las escuelas y estaciones de radio educativas de maestros y programadores indígenas que dominan el shuar y el español. La preservación cultural ha ido acompañada de fortalecimiento institucional, permitiendo a la Federación comenzar a negociar convenios de uso de la tierra ambientalmente viables con el gobierno del Ecuador. Este último retiene el usufructo del petróleo, madera y minerales de la región.



Ron Weber

Arriba: Paula Quispe Cruz posa encima de un modelo de suka kollus o camellones elevados, tecnología precolombina que se está recuperando para incrementar cosechas agrícolas y protegerlas de la escarcha. Abajo: Oswaldo Rivera, junto con Flavia Amaru y Bonifacia Quispe, de Tiwanaku, demuestran la bendición de la tierra antes de sembrar un camellón elevado.



Emma Rodríguez

Un segundo grupo en el Festival, los campesinos de habla aymara, procedentes del lado boliviano del lago Titicaca cuyo linaje se remonta al antiguo estado de Tiwanaku, participa en un proceso de recuperación cultural que promete rehabilitar tierras improductivas. Es uno de los misterios sin resolver de este hemisferio cómo esta meseta desolada, a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar, sostuvo una ciudad capital precolombina de 100.000 habitantes, muchas veces el número que difícilmente subsiste en los poblados de la región en nuestros días.

Hace seis años, un grupo de agricultores campesinos emprendedores lanzaron un experimento valiente que puede proporcionar una respuesta. Arriesgándose a ser ridiculizados por sus vecinos, se unieron a un equipo de antropólogos y arqueólogos dirigidos por Oswaldo Rivera del Instituto de Arqueología de Bolivia y el Dr. Alan Kolata de la Universidad de Chicago para reavivar parte de un sistema agrícola de Tiwanaku conocido como *suka kollus*, o camellones elevados. El sistema social que originalmente apoyó a los *suka kollus* ya no existe, por lo que pequeños terratenientes recurrieron a los vínculos familiares e improvisaron arreglos en especie. De esa manera, compartían las primeras cosechas con quienes conviniere en trabajar mancomunadamente para restablecer una pequeña parte de lo que había sido una inmensa red de áreas de cultivo largas y estrechas entrelazadas con canales.

Los camellones elevados preincaicos originales habían sido hábilmente diseñados, con una base de adoquines, cubierta con una capa de arcilla para evitar la infiltración de agua subterránea salobre, seguida de una capa de arena gruesa para desagüe y cubierta con una capa de rico humus para la siembra. El agua de los ríos y la escorrentía de las colinas se captaba en una red de canales para atrapar el calor solar, moderando los extremos de temperaturas del altiplano y reduciendo al mínimo los daños de las destructivas heladas cuando el termómetro descendía por debajo de 0°C durante la estación agrícola. Si bien respetaron estos principios fundamentales, los campesinos encargados de restable-



Jeff Tinsley, Smithsonian Institution

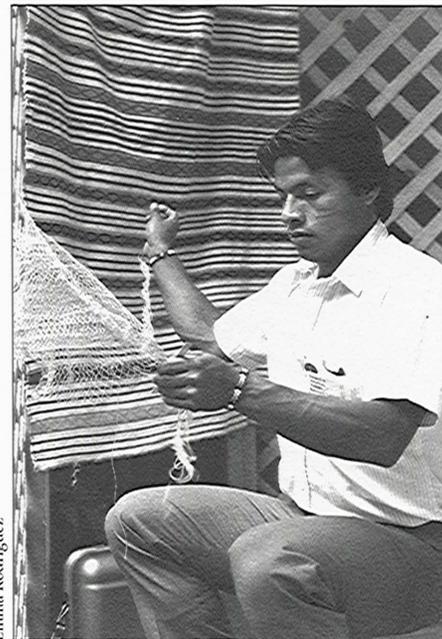
Arriba: Miguel Puwainchir (derecha), presidente de la Federación de Centros Shuar-Achuar, indica a los visitantes del Festival que salvar la Amazonia significa invertir en su pueblo. Abajo: Un participante shuar teje una red pesquera.

cer el sistema también lo adaptaban para aprovechar los materiales localmente disponibles.

Con ayuda del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, se recreó en el Mall una pequeña plataforma de demostración. Los arqueólogos Kulata y Rivera estuvieron disponibles para explicar cómo funcionaba el sistema y en una caseta se presentaron muestras de las excelentes cosechas recogidas en Bolivia. Los rendimientos iniciales de los camellones elevados fueron de 42,5 toneladas por hectárea, en comparación con 2,5 toneladas por hectárea obtenidas por los mismos campesinos en tierras circundantes. Y las papas, tal como advirtió orgullosamente uno de esos campesinos, tenían el doble del tamaño de las presentadas en la exposición de fincas familiares estadounidenses al otro lado del recinto del Festival.

En el curso del tiempo es probable que se produzca un cierto descenso en la productividad inicial ya que gran parte del terreno que se reconvierte a *suka kollus* ha permanecido en barbecho durante años y constituye un almacén de elementos nutritivos acumulados. Los pequeños agricultores pueden contrarrestar este descenso en cierto grado utilizando los sedimentos ricos que se acumulan en los canales para enriquecer los suelos sin recurrir a fertilizantes agroquímicos costosos.

Aunque se espera la estabilización de los rendimientos de los cultivos, el sis-



Emma Rodriguez

tema ya ha demostrado que proporciona seguridad alimentaria a las familias que dependen de sus cosechas para sobrevivir. Cuando se produjo en fecha reciente una de las grandes heladas que suelen ocurrir periódicamente, los camellones elevados restablecidos permanecieron verdes, haciendo fuerte contraste con los cultivos secos y marchitos de los campos circundantes.

Sin embargo, la promesa a largo plazo de los *suka kollus* para la región está no simplemente en el mérito técnico sino en su capacidad de adaptación a las culturas locales. Las tecnologías agrícolas perfeccionadas en las estaciones de investigación por los agrónomos pueden prometer rendimientos elevados pero no ponerse en práctica en el campo debido a que dependen de costosos insumos, están mal adaptadas a las microecologías o socavan la vida comunitaria. Los *suka kollus* no pueden reproducirse en todos los lugares ya que evolucionaron originalmente en armonía con un entorno específico. Sin embargo, sí pueden reavivarse en muchas de las zonas donde existieron antaño. La construcción inicial de los camellones elevados requiere un despliegue extraordinario de mano de obra y esto proporciona un incentivo para revitalizar las tradiciones andinas de movilización de la actividad cooperativa.

Ciertamente, tal como indica Oswaldo Rivera, una de las razones por las que las comunidades iniciales adoptaron con entusiasmo el proyecto de *suka kollus* fue el orgullo que sentían de reavivar la agricultura de sus *awichus nayrapacha*, o antepasados precolombinos. Este sentido de identidad y relación con la tierra fue demostrado en el Festival por Roberto Cruz Yupanqui de Chukara, cuyos campos figuraron entre los primeros en utilizarse como modelo de prueba hace cinco años. Cuando Roberto Cruz Yupanqui y otros campesinos de la región de Tiwanaku demostraron la agricultura de camellones elevados en el Mall, comenzaron con el *ch'alla*, o tributo a la madre tierra, que se ofrece cuando se prepara el suelo para la siembra. Otras afirmaciones de comunión con la tierra acompañaron a distintas etapas del ciclo agrícola, culminando en la celebración de la cosecha con un banquete y danza popular. Debido a que las ceremonias se basan en creencias y costumbres comunes de comunidades andinas, los participantes jal'q'a procedentes de Chuquisaca y taquileños del Perú también pudieron unirse a los actos a pesar de diferencias de idioma, etnicidad y nacionalidad.

Lynette Chevning, Smithsonian Institution



Arriba: Campesinos de Tiwanaku del proyecto de *suka kollus* reproducen una celebración de la cosecha. Abajo: Roberto Cruz, César Callisaya y Tito Flores tocan sicuris en una actuación grabada para reproducción en la radio pública estadounidense.

Ron Weber





Ron Weber

Patricia Limachi y Elena Quispe de Tiwanaku descansan un momento para charlar fuera de la reproducción de una casa de barro y paja similar a las de su población de origen.

En sus recintos durante el Festival, los participantes procedentes de Chuquisaca de la región sur de Bolivia y la isla de Taquile en el Perú demostraron cómo sus comunidades siguen perfeccionando sus textiles, uno de los medios de transmisión cultural más venerables del hemisferio. Los textiles fabricados de fibras naturales fueron la forma de arte, la moneda, el símbolo de condición social y, a menudo, un registro ilustrado de la historia y la mitología del Imperio Incaico y sus predecesores. Los taquileños, descendientes de habla quechua de los incas, son expertos tejedores de telar y aguja. Son uno de los pocos grupos restantes alrededor del lago Titicaca cuyas mujeres y hombres aún visten el atuendo étnico tradicional confeccionado con hilo de fabricación casera, hilado en telares familiares.

Durante la mayor parte de su historia, esta pequeña y accidentada isla a 4.000 metros sobre el nivel del mar ha proporcionado a sus habitantes una vida precaria con las cosechas cultivadas en laderas pedregosas y el pescado capturado con las redes desde balsas de totora que surcan las profundas aguas del lago. Una pequeña parte del ingreso en efectivo la obtuvieron de la venta ocasional de textiles en la ciudad de Puno, en la orilla occidental del lago Titicaca, de 8 a 12 horas de distancia en embarcación. Sin embargo, la fuente primordial de ingresos fue la mano de obra estacional. A medida que los hombres emigraban a las minas de cobre y las ciudades en busca de puestos de trabajo, Taquile se vio expuesta a las mismas presiones económicas y culturales que han socavado tantas comunidades rurales de los Andes.

Dos estrategias relacionadas entre sí han impedido que esto ocurra. Un proyecto patrocinado por el Cuerpo de Paz en Cuzco a fines de la década de 1960 abrió un mercado para la producción textil de los taquileños, quienes pronto aprendieron que sus textiles figuraban entre los mejores del Perú. A mediados de la década de 1970, los habitantes de las islas aprovecharon una reseña favorable en una destacada guía sudamericana, describiendo el encanto natural de Taquile, para iniciar su propio



Emma Rodríguez

Arriba: Benita Uruchi y Flavia Amaru de Tiwanaku, Bolivia, participan en el cortejo nupcial de los taquileños del otro lado del lago Titicaca en Perú. Abajo: Un lugareño de Jalq'a bendice ritualmente a la pareja taquileña Cipriano Machaca Quispe y Paula Quispe Cruz.



Eric Long, Smithsonian Institution

turismo. Con ayuda de una donación de la Fundación, las familias de la isla se unieron para encargar embarcaciones apropiadas a constructores locales y dotarlas de motores y piezas de repuesto. Pronto las embarcaciones transportaban una corriente constante de visitantes deseosos de sobreponerse a unas cuantas dificultades a cambio de una vista espectacular del lago y la posibilidad de saborear la vida local. Las familias obtuvieron ingresos alojando a los turistas en sus modestas viviendas; se organizaron cooperativas de pesca para atender la nueva demanda originada por varios restaurantes pequeños; y los arte-



Ron Weber

El taquileño Mariano Quispe Mamani muestra cómo hilar lana de alpaca en un telar de pedal.



Arriba: La antropóloga Elayne Zorn (arriba, izquierda) explica una demostración realizada por Terencia Willi de la técnica de tejer en banda utilizando un telar horizontal. Abajo: Mariano Quispe Mamani fabrica una zampoña.



sanos abrieron una tienda para comercializar artesanías, captando para reinversión local las utilidades que antaño quedaban en manos de intermediarios externos.

La pequeña expansión económica producida por el turismo ayudó a frenar la oleada de emigración, aunque la llegada de visitantes al propio Perú se ha visto reducida enormemente en fecha reciente por miedo al cólera y a los guerrilleros del Sendero Luminoso. El éxito en la comercialización de textiles quizá sea efímero también si los cambios que genera socavan la «autenticidad» de la vida comunal que ha hecho a la isla tan atractiva para la nueva clase de ecoturistas. Con la ayuda de la antropóloga y becaria de la Fundación Elayne Zorn, la comunidad ha establecido un museo para preservar muchos de sus textiles más antiguos y valiosos que pueden servir de fuente de orgullo e inspiración para una nueva generación de tejedores.

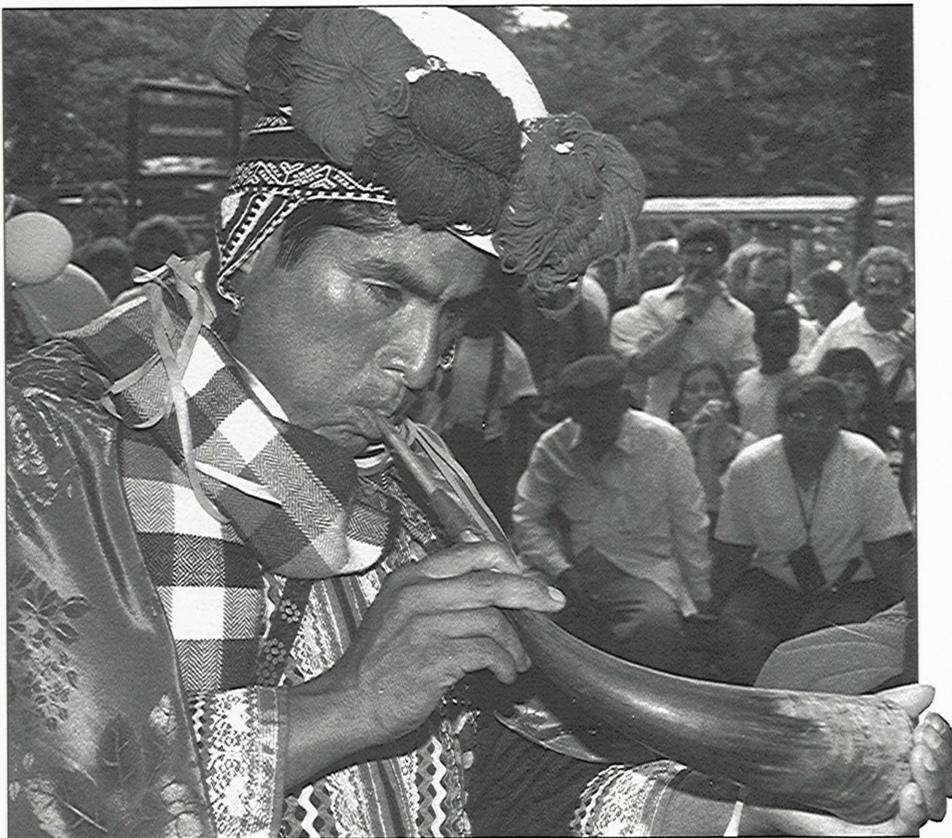
Los taquileños en el Festival de Vida Folclórica de la Smithsonian fueron prueba viviente del fruto de ese esfuerzo. Expusieron la amplia variedad de productos normalmente ofrecidos para venta. Zorn proporcionó comentario y sirvió de intérprete mientras que

las mujeres tejedoras instalaban telares horizontales en el suelo para elaborar los *chumpis* (cinturones), *ch'uspas* (bolsas) y *'unkhun*as (pañolones). Los hombres tejieron *chu'llus* —gorros elegantes tipo pasamontaña como los que llevaban puestos— y utilizaron un telar de pedal para fabricar tela de lana de alpaca y oveja para la confección de camisas, chalecos, faldas y pantalones.

El cuarto grupo andino representado en el Festival estuvo constituido por los tejedores jalq'a de la región montañosa de Chuquisaca en la parte sur-central de Bolivia. La calidad de los tejidos de Jalq'a tiene fama en Bolivia, pero los expertos creían que era una forma de arte en peligro de extinción. Junto con el Festival, la Smithsonian organizó una exposición especial de tejidos en el atrio del nuevo Centro S. Dillon Ripley. Fotografías de los mejores tejidos tradicionales, mantenidos ahora en colecciones privadas, fueron expuestas junto a trabajos contemporáneos. Lo sorprendente fue la vitalidad de las obras más recientes.

Esta renovación emana de la obra de un equipo constituido por un matrimonio chileno. Los antropólogos Gabriel Martínez y Verónica Cereceda de Antropólogos del Sur Andino (ASUR), organización de apoyo a los grupos de base para la región sur de los Andes, estaban conscientes de que Chuquisaca se había hecho tan notoria por el fracaso de los programas convencionales de desarrollo económico como antaño había sido famosa por sus tejidos. Decidieron que el problema era que organizadores externos estaban relegando a segundo plano lo esencial. En vez de formular una estrategia delineada y eficaz en función de los costos que la gente debiera seguir para aumentar sus ingresos, ASUR adoptó un enfoque de largo plazo para ganarse la confianza y cooperación del pueblo aprovechando la evidente ventaja local: su rico legado cultural, que había sido descuidado y estaba en peligro de perderse.

Hoy, cinco años después, existe un orgullo renovado y un nuevo dinamismo en los poblados de Potolo y Purunquila. La zona es reconocida nuevamente por la calidad y el carácter mis-



Ron Weber

Arriba y abajo: Gerardo Mamani, uno de los jalq'a que han rescatado de la extinción la renombrada tradición textil, realizan una danza ceremonial.



Ron Weber

tico de sus tejidos, que ilustran un mundo de leones, cóndores, zorras y otros animales estilizados. El programa de ASUR desempeñó un papel clave en documentar estos diseños y técnicas

tradicionales. En el proceso, unas 380 mujeres jalq'a han combinado sus fuerzas por conducto de ASUR para convertir la renovación de las formas de arte tradicional en una fuente de ingreso fa-

miliar. Han establecido pequeños talleres para hilar y teñir lana, reducir los costos y asegurar un suministro constante de hilo de alta calidad.

Aunque los tejedores jalq'a en el Festival eran todos artesanos maestros y muy versados en el diseño tradicional, también demostraron el profundo sentido empresarial de sus colegas de Taquile. Al visitar el Museo Nacional de Historia Natural en compañía de Gabriel Martínez, volvieron una y otra vez a una exposición. Martínez advirtió que «los jalq'a quedaron muy impresionados por la exposición de dinosaurios», por su misterio y por la fuerza que ejercía sobre los visitantes de todas las nacionalidades. Decidieron incluir diseños de dinosaurios en una nueva línea de textiles comercializables que también conmemorarían su encuentro con el extraño nuevo mundo de Washington, D.C.

Este intercambio espontáneo de experiencias entre mundos diferentes es la finalidad del Festival de Vida Folclórica. Se repitió en centenares de planos diferentes, ampliando la imaginación de lo que parece posible y profundizando el aprecio por lo que se considera ordinario en el país de origen. Incluyó la fascinación de encontrar una escalera mecánica por primera vez, el choque experimentado por bolivianos procedentes del vasto altiplano ante un concepto del espacio que coloca edificios y trenes bajo tierra y requiere un pago para estacionar un automóvil. Puso a ciudadanos de la sociedad consumidora por excelencia en contacto directo con los taquileños que fabrican prácticamente todo lo que visten y que cultivan o capturan la mayor parte de lo que comen. Introdujo un mundo utilitario a personas cuya vestimenta cotidiana son piezas de museo y que tienen tanto respeto por la vestimenta ceremonial que ninguno de ellos se desprendió de ella ante el tórrido calor veraniego de Washington.

Quizás los encuentros más interesantes ocurrieron entre los propios participantes, emisarios de diferentes culturas deseosos de aprender unos de otros. Alejandro Huatta Machaca de Taquile es tejedor que también ayuda a construir balsas. Quedó cautivado por su



Ron Weber

Los jalq'a, entre ellos Honorato Mamani, vistieron orgullosamente sus prendas ceremoniales a pesar del calor del verano.

visita al recinto adjunto donde armadores indonesios estaban construyendo una embarcación sólida y elegante utilizando clavijas de madera en vez de puntillas. Se convirtió en una costumbre visitarlos cada tarde. Pronto los indonesios y los taquileños estaban dibujando diagramas para intercambiar ideas acerca de la construcción de embarcaciones. Con ayuda del personal del Festival para comunicarse del quechua al malay a través del español y el inglés, adquirieron una noción de cómo la pesca y la dependencia del agua habían configurado culturas distantes en formas análogas. Los indonesios, por su parte, parecían impresionados por la organización comunal de los peruanos y expresaron interés en visitar un día el lago Titicaca para profundizar el intercambio.

El alcance de estos encuentros fue mucho más allá del recinto del Festival. La Sociedad Geográfica Nacional envió representantes al Mall para que hicieran arreglos para un programa sobre el proyecto de *suka kollus* que se transmitiría vía televisión por cable estadounidense en abril de 1992. «All Things Considered» (Considerándolo Todo) de la National Public Radio (NPR) de Estados Unidos transmitió un informe sobre el mismo tema. Otros técnicos de la NPR grabaron actuaciones de los taquileños para retransmisión posterior. Los shuar grabaron en cinta a los bailarines jalq'a para que sus comunidades pudiesen observarlos a su regreso al Ecuador.

Cuando volvieron a su país, los taquileños llevaron consigo paneles so-

lares de un proveedor norteamericano, con la esperanza de proporcionar una fuente nueva y fiable de agua caliente y luz eléctrica para sí mismos y para los turistas que visitan su isla. Los isleños tenían proyectado visitar Jalq'a para adquirir más conocimientos acerca de sus operaciones de hilado y teñido y la pequeña planta hidroeléctrica que proporciona energía. La experiencia de Tiwanaku condujo a los taquileños a preguntarse si la renovación de las terrazas precolombinas en su isla podría aumentar el rendimiento de las explotaciones agrícolas en las laderas. Concertaron planes provisionales para visitar a sus vecinos al otro lado del lago a fin de organizar un proyecto de seguimiento. Por supuesto, el pueblo de Taquile tiene conocimientos propios que ofrecer. Como resultado de los contactos hechos en el Festival, fueron invitados a enviar una delegación a Ciudad de México en mayo de 1992 para un encuentro hemisférico de organizaciones americanas autótonas.

No todos estos planes se harán realidad. Pero ya hay pruebas claras del impacto que la experiencia del Festival ha tenido en participantes individuales. Es inusitado que las mujeres andinas viajen al mundo exterior, y mucho más que den cuenta a su regreso formalmente de su experiencia. Cuando volvió a su lugar de origen en Chuquisaca, Juliana Rodríguez tomó la palabra y se dirigió a sus vecinos en la reunión comunal. Al describir lo que había visto, oído y aprendido, también transmitía el mensaje de que las mujeres tenían información valiosa que ofrecer sobre distintos temas importantes si la gente estaba dispuesta a escuchar. Una participante de Tiwanaku, Bonifacia Quispe Fernández, regresó a su comunidad de Lahaya Alta imbuida de una nueva confianza en sí misma que la ha convertido en líder de los esfuerzos por ampliar la técnica de *suka kollus* y un modelo local para otras mujeres en el desarrollo. Honorato Mamani de Chuquisaca comentó simplemente: «Cuando yo muera, deseo que mi tumba lleve una inscripción que diga que formé parte del Festival de Vida Folclórica Americana de 1991 en Washington, D.C.»

La autoestima que proviene del reconocimiento por el mundo exterior se



Arriba: Alan Kolata se enorgullece del rendimiento de los suka kollus hablando con un cultivador de papa de la exposición de fincas familiares estadounidenses. Abajo: El armador taquileño Alejandro Flores Huatta (izquierda) aprende cómo un indonesio construye una sólida embarcación utilizando clavijas de madera.



convierte a veces en una fuente valiosa de inspiración para toda la comunidad. La antropóloga Elayne Zorn afirma que sólo después de que un grupo de taquileños fue invitado al viejo continente por una organización cultural de Europa Occidental y de que visitó exposiciones sudamericanas en museos etnográficos, prosperó la idea de que los isleños iniciaran su propio museo. Ahora, se habla de que se organizará una exposición de tejidos de Jalq'a fundamentada en las obras presentadas en el Centro Ripley de la Smithsonian, que recorrerá Estados Unidos. Dicha exposición itinerante propagaría la fama de Jalq'a y promete aumentar su acceso a los mercados internacionales.

Por su parte, el público estadounidense tuvo la oportunidad de aprender de personas cuyo valor supremo no puede enmarcarse en un balance trimestral. Los participantes andinos habían demostrado ciertamente una gran aptitud para el negocio en la fabricación y comercialización de sus artesanías, pero su actividad empresarial estaba enmarcada en un sentido de finalidad más profundo. La supervivencia de sus sociedades a través de 500 años de coerción y su renovada vitalidad actual sugieren que el desarrollo consiste tanto en cultura como en economía. Para ellos, el progreso sostenible es inseparable de la preservación de tierras ancestrales, la continuidad del idioma y la costumbre y los vínculos espirituales forjados a través de valores compartidos. Quienes entre los 1,5 millones de visitantes se detuvieron para leer, escuchar y preguntar salieron de la exposición con algo que ponderar. ❖

MARION RITCHEY VANCE de la Oficina de Aprendizaje y Divulgación de la Fundación prestó servicios durante muchos años como directora de la Región Andina. RON WEBER es editor interino de Desarrollo de Base.

Comentario

Temario de investigaciones sobre comercialización para el desarrollo de la microempresa

Harry G. Miller e Ivo Saric

El potencial del desarrollo de la microempresa seguirá sin aprovecharse a menos que se preste atención a la forma de convertirlo en un instrumento más eficaz del desarrollo local y regional y que se hagan investigaciones sobre el tema. Entre los muchos obstáculos para el crecimiento de las microempresas, la comercialización ocupa el primer plano. Sin embargo, seguimos sin saber cómo funciona —o por qué fracasa— la comercialización en el nivel microeconómico. Los programas de desarrollo de microempresas generalmente hacen hincapié en el aumento de la producción por medio del acceso al crédito y la materia prima, en vez de conocer, ampliar y satisfacer la demanda de los consumidores. Reducir el costo y aumentar la producción no conduce necesariamente a mayores ganancias si los productos no llegan a las personas que los quieren y los necesitan.

Para la mayoría de las microempresas rurales, la falta de acceso a los mercados es un problema común que limita su crecimiento y amenaza su supervivencia. Es imprescindible contar con un análisis exacto de cómo les va a las empresas existentes en mercados específicos a fin de formular una estrategia para introducir mejoras. Se necesita un temario de investigación para orientar estudios específicos y fijar sus prioridades. Un buen temario debería ayudar a determinar el grado óptimo de apoyo para que los productos de una microempresa sean más competitivos y puedan captar una mayor parte de los mercados regionales.

Con el propósito de orientar esta investigación, planteamos cuatro preguntas que deben responderse con urgencia:

1) ¿Qué canales de comercialización usan actualmente las microempresas rurales?

- 2) ¿En qué medida se usan estos canales debido a la escasez de recursos y no porque los productores consideren que son los medios más eficaces para vender sus productos?
- 3) ¿Qué clases y qué cantidad de recursos locales y externos se pueden conseguir para mejorar la comercialización de los productos de las microempresas?
- 4) ¿Qué clase de programa de aprendizaje para microempresas ofrecería mayores oportunidades para ampliar los mercados?

Entre los canales de comercialización existentes cabe señalar locales de venta en los hogares, puestos callejeros, mercados al aire libre, almacenes del gobierno y cooperativas. Comprender quién usa cada local de venta y por qué ayudará a determinar cuánto podrían mejorar la distribución, los ingresos y las ganancias.

Los investigadores deben determinar qué recursos necesitan las microempresas para superar obstáculos específicos de comercialización. La infraestructura física, las fuentes de información económica disponibles, la política del gobierno y los factores de la producción son algunos de los aspectos más importantes que hay que evaluar para comprender la forma en que el apoyo externo puede ayudar a los productores a aprovechar sus activos para obtener el máximo rendimiento posible.

Por último, las investigaciones sobre los métodos de capacitación más apropiados para ayudar a los microproductores a aplicar lo que aprendan en sus operaciones cotidianas aumentarán la eficacia de los programas de asistencia. En la práctica, hay que comenzar por preguntar a los microempresarios qué creen ellos que necesitan aprender. La participación desde el comienzo es imprescindible para el proceso de

autoperfeccionamiento. Los microempresarios deben tomar parte en las decisiones sobre lo que se aprenderá y los métodos de enseñanza que se emplearán, así como en la evaluación para determinar si ha habido un verdadero aprendizaje.

Las microempresas rurales son importantes fuentes primarias y secundarias de ingresos para las personas de escasos recursos de los países en desarrollo. Sin un esfuerzo concertado para ampliar las posibilidades del mercado no se podrán aprovechar las actividades de las microempresas para mejorar los medios de subsistencia de los productores familiares y fomentar la economía local. Al indicar las necesidades reales de las microempresas rurales se podrá formular una estrategia más acorde con la realidad para facilitar y realizar cambios mediante la capacitación académica y no académica. Cabe esperar que el temario provisional de investigación que proponemos sea el primer paso hacia los estudios necesarios para que las microempresas sean las intermediarias de su propio destino. ❖

HARRY G. MILLER es vicepresidente adjunto de asuntos académicos de la Universidad del Sur de Illinois en Carbondale. En agosto de 1992 asumirá el cargo de decano del Centro de Educación Continua y del Adulto de la Universidad de El Cairo, en Egipto. IVO SARIC se especializa en finanzas y desarrollo, particularmente de microempresas. En calidad de consultor en el Perú, fue miembro de la junta directiva de varias instituciones, entre ellas la Corporación Financiera de Desarrollo. Actualmente es profesor visitante del Departamento de Economía de la Universidad del Sur de Illinois en Carbondale.

Las opiniones expresadas en esta columna no son necesariamente las de la Fundación Interamericana. Los editores de *Desarrollo de Base* invitan a los lectores a aportar artículos.

La marcha del desarrollo

Estudio mundial para eliminar de raíz las causas de la deforestación

Durante las últimas décadas, la deforestación se ha acelerado en forma exponencial en los países en desarrollo. Las personas de bajos ingresos que no poseen tierras se ven obligadas a explotar ecosistemas cada vez más frágiles, frente a la amarga opción de consumir su base de recursos para sobrevivir. A la cabeza de los esfuerzos para comprender la forma en que la deforestación afecta a las personas de bajos ingresos está el Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), pequeña organización autónoma de desarrollo con sede en Ginebra.

Hace poco, UNRISD inició un programa de investigación de gran alcance para determinar las causas sociales de la deforestación y el efecto que tiene a nivel nacional y regional en los habitantes rurales y urbanos de bajos ingresos. Se está tratando de señalar los métodos perjudiciales que se usan en la agricultura y la explotación forestal a fin de conocer sus efectos en los grupos que viven cerca de las zonas que están perdiendo la cobertura boscosa. Las investigaciones se centran también en la forma en que los protagonistas principales, como el Estado, los donantes internacionales, las organizaciones no gubernamentales y diversos grupos sociales, aceleran o retardan la deforestación. Se están realizando estudios sobre el terreno en Brasil, Centroamérica, Nepal y Tanzania.

El año pasado, UNRISD se sumó a la Unidad Regional de Conservación del Suelo, de la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (SIDA), para examinar los resultados preliminares del programa de investigación. Ambas partes reconocieron que las políticas de los gobiernos y de los donantes internacionales para detener o frenar la deforestación por lo general han fracasado, en parte porque pasan por alto a los pueblos marginados que más sufren, como las personas que viven en el bosque, las etnias, las mujeres y los niños. Destacaron que la única forma de intensificar el efecto de los escasos recursos externos es que los pobladores locales asuman la



Michael L. Cozzi

A fin de revertir la deforestación creciente, los extensionistas agrícolas plantan arbolitos de vivero cerca de Jarabacoa, República Dominicana

responsabilidad de proteger los bosques que habitan. La participación es la clave del éxito del aprovechamiento forestal.

Los resultados de este estudio sobre la deforestación se están combinando con los resultados de un estudio más amplio realizado por UNRISD sobre el medio ambiente, el desarrollo sostenible y los cambios sociales. Los artículos basados en estas investigaciones se presentaron a una comisión encargada de los preparativos básicos para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMA), que tuvo lugar en junio pasado en Brasil. Krishna Ghimire, coordinador de las investigaciones sobre deforestación en UNRISD, señala: «Nuestros resultados permitirán a los participantes en la CNUMA aclarar los problemas de la deforestación, puesto que les ofrecerán una metodología eficaz basada en documentación fidedigna. Cabe esperar que, después de la CNUMA, más países tomen conciencia de la necesidad de llevar a cabo programas de reforestación y de vincular la silvicultura con la agricultura».

Con la ayuda de expertos locales y en colaboración con otros organismos de

las Naciones Unidas, UNRISD ha fortalecido su capacidad de investigación y sus análisis se han convertido en instrumentos útiles para legisladores de todo el mundo durante los últimos 30 años. Otros programas de investigación de avanzada se centran en el aprovechamiento de los recursos orientado a un desarrollo sostenible; la mujer, el medio ambiente y la población; y la dinámica demográfica, los cambios ambientales y las tendencias del desarrollo. Se organizan conferencias periódicas para divulgar los resultados de los programas, que constituyen también la fuente de numerosos informes y datos actualizados sobre investigaciones, documentos de trabajo y libros. Si desea

más información y una lista de publicaciones, escriba a: Reference Centre, UNRISD, Palais des Nations, CH-1211, Ginebra 10, Suiza.

—Marnie A. Stokes

Cómo lograr que el gobierno propicie la democracia

Del 10 al 12 de septiembre de 1991, más de una veintena de especialistas y profesionales del desarrollo de América del Norte y del Sur se reunieron en Tepoztlán, Morelos (México), para examinar la colaboración creciente entre los sectores público y privado con el fin de proporcionar servicios urbanos en América Latina. Los participantes de Argentina, Brasil, Chile, Perú, Colombia, México y Estados Unidos presentaron estudios de casos que abarcaron desde el hábitat y los servicios de salud hasta la protección del medio ambiente urbano y la educación. Asistieron al seminario representantes de importantes organizaciones no gubernamentales (ONG) e instituciones de investigación, así como donantes y funcionarios públicos interesados en comprender el mundo creciente de las

ONG en el hemisferio y en forjar vínculos con estas organizaciones.

El tema principal del seminario fue que el desarrollo y la democracia no pueden prosperar sin raíces locales profundas. Al referirse a este aspecto, algunos oradores hablaron de la necesidad de una democracia «capilar», es decir, una interacción entre los pueblos y sus gobiernos para crear una sociedad más sana y productiva. En los documentos de trabajo se destacaba la importancia de descubrir qué *clase* de democracia de base está echando raíces y está siendo inventada en medio de los conflictos, la colaboración provisional y las actividades conjuntas que están surgiendo en diversos países.

A pesar de las diferencias radicales en el punto de partida y en la evolución de los países examinados, la mayoría de los participantes estaban convencidos de que la colaboración entre las ONG y los gobiernos locales continuaría, y de hecho se aceleraría, durante los años noventa. Los esfuerzos para prever el progreso se centraron en la edad y el alcance de la sociedad civil y el sector de las ONG de cada país, así como en las estrategias que se están utilizando. Se observaron puntos de convergencia y de extraordinaria divergencia. Por ejemplo, Argentina y México se encuentran en una etapa similar desde el punto de vista del sector de las ONG, que es más pequeño y más nuevo en estos países. Las ONG brasileñas y chilenas están recuperándose de dictaduras opresivas, son de origen eclesástico, dependen mucho de la ayuda extranjera y llevan a cabo programas de actividades muy diversos. Sin embargo, presentan una diferencia clave: con la democratización, los dirigentes de las ONG chilenas han pasado rápidamente a ocupar cargos públicos, mientras que las ONG brasileñas permanecen firmemente arraigadas fuera del sector gubernamental.

Según Baltazar Caravedo, de Perú, las ONG de su país representan un «centro» acosado que está tratando de aglutinarse a fin de contrarrestar una desintegración social inminente. Una medida del gobierno encaminada a la descentralización regional ofrece esperanzas, puesto que presenta oportunidades para las ONG que tienen perspectivas diferentes, como las vinculadas al sector informal de

Hernando de Soto y aplaudidas por la centro-derecha o las orientadas al modelo de autosuficiencia de Villa El Salvador, que son las preferidas por la centro-izquierda (véase Annis y Franks, *Desarrollo de Base*, Vol. 13:1). La actuación de las ONG de todas las tendencias en la lucha contra el cólera indica que las esperanzas no son infundadas.

La división de estrategias entre las ONG peruanas es un reflejo de las divisiones que existen entre las experiencias de los distintos países. Los participantes mexicanos y brasileños, por ejemplo, insistieron en que los movimientos sociales, y no las ONG, son los principales catalizadores del cambio, aunque reconocieron que en las actividades ejecutadas en colaboración con el Estado generalmente intervienen ONG en calidad de intermediarias. Los mexicanos también disiparon una parte del optimismo en cuanto a la cooperación a nivel municipal al explicar el problema que plantean los «caciques» locales. Señalaron que las ONG y las organizaciones de base a veces se ven obligadas a buscar aliados en los organismos del gobierno federal para evitar a las elites locales arraigadas. Como la autoridad estatal sigue siendo generalizada en todos los niveles de la sociedad, la cooperación de las ONG siempre entraña el riesgo de la integración en la estructura oficial.

Sin embargo, un estudio de un caso de Chile (36 ONG que trabajan en estrecha relación con el Ministerio de Salud en el suministro de servicios primarios de salud) mostró que la cooperación también podría promover un nuevo espíritu de inventiva social. Pedro Santana Rodríguez se hizo eco de esta idea, explicando la forma en que el movimiento hacia la descentralización en Colombia había fomentado la colaboración. Los colombianos, resueltos a lograr que la democracia funcionara, contaban con que los gobiernos municipales trabajarían en estrecha relación con las ONG y sus redes para resolver los problemas locales. El ejemplo del Instituto de Estudos Formação e Assessoria em Políticas Sociais, ONG de São Paulo que se especializa en el suministro de asistencia técnica a municipalidades que buscan una mayor participación popular, indica que las ONG pueden desempeñar una función no sólo como pio-

neras de modelos de suministro de servicios, sino también enseñando a los funcionarios públicos a convertir proyectos en programas.

Varios funcionarios municipales y del gobierno central presentaron su punto de vista sobre el movimiento hacia actividades conjuntas. Una participante, ex directora de una ONG y actual funcionaria del Ministerio de Planificación, explicó la forma en que su punto de vista cambió cuando «nosotros» se convirtió en «ellos» después que la oposición asumió el gobierno. Los funcionarios interesados en convertir proyectos en programas se enfrentan con la dificultad de tratar con un número impresionante de candidatos que compiten entre sí, incluso entre los sectores de bajos ingresos. Para eso, los ex directores de ONG necesitan nuevos conocimientos, puesto que estaban acostumbrados a trabajar con un círculo de beneficiarios relativamente pequeño.

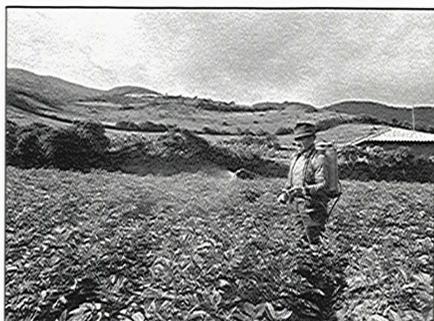
Fernando Calderón, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, resumió la situación macroeconómica de América Latina. Señaló sombríamente que la región desempeñaría un papel «insignificante» en la nueva economía mundial basada en la tecnología, porque la mayoría de los pobres serían sencillamente «superfluos». Dijo que la única esperanza para América Latina consiste en un nuevo comienzo a nivel local, independientemente de que se haga hincapié en la economía, la política, el desarrollo o la democracia. Sólo sentando bases más sólidas se logrará un progreso duradero.

Las 13 ponencias que se presentaron en el seminario sobre los esfuerzos para sentar esas bases se están traduciendo y compilando en un libro que se publicará en español y en inglés antes de fin de año.

—Charles A. Reilly

Redes agroecológicas fáciles de usar

Más del 60% de la población de América Latina vive en condiciones de pobreza en las zonas rurales. Muchos de ellos son pequeños agricultores que tienen poco o ningún acceso a los costosos insumos agrícolas modernos. La agroecología es una disciplina científica inci-



La Fundación Natura de Ecuador ha promovido la agroecología en el país enseñando a los agricultores los peligros de los plaguicidas y formando redes con otras instituciones para buscar alternativas inocuas y de bajo costo.

piente que, por medio de una labor de extensión, promueve métodos de bajo costo para aumentar el rendimiento y al mismo tiempo proteger los frágiles ecosistemas y la base de subsistencia de que dependen muchas comunidades. Durante los últimos meses, las comunicaciones en este campo han avanzado mucho en América Latina.

En el verano de 1991, el Consorcio Latinoamericano sobre Agroecología y

Desarrollo (CLADES) y la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Orgánica-América Latina (FIMAO-AL), que son las dos principales redes latinoamericanas dedicadas al estudio y la promoción de la agroecología, firmaron un convenio de cooperación. Este convenio mejorará la coordinación entre los integrantes de FIMAO-AL, que son más de 80 organizaciones no gubernamentales (ONG), y CLADES, consorcio de 11 entidades. La mejora de la corriente de información promete llevar a algunos de los agricultores más pobres de la región los últimos resultados de las investigaciones en agroecología.

En septiembre de 1991, CLADES firmó un convenio con diez universidades latinoamericanas que introducirán la agroecología en el programa de estudios de las principales facultades de agronomía de las Américas. Este convenio histórico facilitará la reorientación de la enseñanza de la agricultura, pasando del enfoque limitado en las técnicas de la «revolución verde», cuyo costo generalmente está fuera del alcance de los pequeños agricultores de las Américas, a sistemas económicos para mejorar la calidad del suelo, re-

ducir la erosión y limitar el uso de plaguicidas perjudiciales.

FIMAO-AL planea establecer un sistema electrónico de telecomunicaciones por satélite para sus miembros, con conferencias colectivas y fácil acceso a la última información y a los resultados de las investigaciones. Espera conseguir suficientes fondos de fuentes externas y contribuciones de sus miembros para instalar el sistema de aquí a 1996. CLADES también planea establecer un sistema electrónico de telecomunicaciones.

Por último, la Asociación Dana, miembro de FIMAO-AL en México, publicará el *Manual de certificación de productos orgánicos para México*, con la ayuda de la Fundación Interamericana, a fin de ayudar a los productores locales a vender sus cultivos orgánicos en el país y en el extranjero. Si desea más información sobre FIMAO-AL, comuníquese con Angela Ecosteguy, c/o Fundação GAIA, Rua Jacinto Gomez 39, 30.040 Porto Alegre, Rio Grande do Sul, Brasil; con FIMAO-México, Apartado 22-315, 14000 México D.F., México; o con CLADES, Andrés Yurjevic, Secretario Ejecutivo, CLADES, Casilla 16557, Correo 9, Santiago, Chile.

—Jim Adriance ❖

DONATARIOS DE LA FUNDACIÓN INTERAMERICANA EN LA NOTICIA

En el *Christian Science Monitor* se publicó hace poco un artículo sobre los *suka kollus* o camellones elevados preincaicos que los aymaras del lago Titicaca, en Bolivia, están reconstruyendo. Basándose en las investigaciones realizadas por Parroquia Tiwanaku, los pobladores de la zona están adaptando esta antigua técnica agrícola y obteniendo cosechas abundantes de papa. Una planta ahora da hasta 60 ó 70 papas en una temporada. Muchas de estas papas pesan hasta un kilo y medio. • Salvador García, fundador de Servicios de Educación de Adultos (SEDAC), fuente de

inspiración de la Unión de Comunidades del Valle, A.C. (COVAC) del valle del Mezquital, en México, fue mencionado en la publicación trimestral sobre el medio ambiente *Earthtreks*. Estas dos organizaciones promueven programas de autoayuda para los otomíes y están afiliadas a Habitat for Humanity International, que concede préstamos sin intereses con un plazo de 10 años a personas de bajos ingresos interesadas en construir su propia vivienda. • SEDAC y COVAC también figuraron en un número de la edición internacional de *Newsweek* en el cual se examinaron los esfuerzos de las mujeres rurales para mejorar sus comunidades con proyectos de alfabetización del adulto, construcción de viviendas y creación de fuentes de ingresos. • El BID, publicación del Banco Interamericano de Desarrollo, anunció que la Fundación para el Desarrollo de la Región

Este de la República Dominicana recibirá financiamiento a fin de establecer fondos rotatorios de crédito para microempresarias, pequeños agricultores, agroindustrias y artesanos. • En El BID se señaló también que, con ayuda del Fondo Suizo para Cooperación Técnica y Pequeños Proyectos, del BID, tres donatarios de la Fundación Interamericana en Costa Rica establecerán fondos rotatorios de crédito y proporcionarán asistencia técnica a 950 empresarias. Entre dichas organizaciones se encuentran Fundación Mujer (FUNMUJER), Centro Feminista de Información y Acción (CEFEMINA) y Asociación CREDIMUJER. El BID proporcionará también fondos no reembolsables en concepto de asistencia técnica para fortalecer la capacidad institucional de estas organizaciones. ❖

—Compilado por Maria E. Barry

Noticias de la sede

Maestros de la socioecología del desarrollo

Anna M. DeNicolò

«Nosotros somos los catalizadores, y no los artífices del cambio», dice Antonio Andaluz, del Perú, que recibió una de las tres primeras becas interamericanas Dante B. Fascell, concedidas por la Fundación Interamericana en 1991. «La tarea de los profesionales del desarrollo», explica, «consiste en ser tábanos incansables, estimulando la creatividad en los demás y ayudando a la gente a colaborar para alcanzar una meta común.» El propósito de la beca Dante Fascell es ayudar a personas innovadoras en el campo del desarrollo, como Andaluz, a difundir su mensaje por las Américas.

Mary Allegretti, de Brasil, y Arturo García, de México, son los otros dos becarios, y comparten la idea de Andaluz con respecto a los cambios en las bases de la población. Los tres están a la cabeza de una nueva generación de dirigentes en el campo del desarrollo que están trabajando para fortalecer las instituciones de la sociedad civil por medio de organizaciones no gubernamentales (ONG) dinámicas y grupos de base. Estos tres expertos en formación de coaliciones están creando una nueva metodología: la socioecología del desarrollo. Los seres humanos y el medio ambiente, los ricos y los pobres, el sector público y el sector privado, son considerados como aspectos de un mismo sistema. Comprender la forma en que los problemas están conectados ofrece la posibilidad de establecer nuevas formas de cooperación para resolverlos. Este razonamiento lateral deja de lado los dogmas y se centra en el análisis de las enseñanzas extraídas directamente de los proyectos.

Mientras que el esfuerzo cooperativo es el motor de una ecología eficaz del desarrollo, los sectores de bajos ingresos

son su base. Según Arturo García, «hay que comenzar en las bases, ayudando a la gente a expresar sus necesidades y problemas reales. Este proceso saca a la luz asuntos fundamentales que acercan a más familias en organizaciones comunitarias que luego pueden sumarse a redes más grandes a nivel regional, nacional y, a veces, incluso internacional». Cada uno en su esfera elegida, los tres becarios han demostrado su habilidad para identificar los protagonistas principales y las posibles relaciones entre ellos. Al igual que los tábanos de Andaluz, impulsan a la gente a forjar nuevos lazos y alianzas.

Durante más de diez años, Mary Allegretti ha defendido a los extractores de caucho de la selva brasileña. «Mi objetivo», dice, «es cambiar la idea del desarrollo, a fin de que los grupos marginados participen en el proceso, y que el medio ambiente se convierta en la piedra angular de nuevas alternativas para mejorar su situación y la de la sociedad.»

Cuando Allegretti fue por primera vez a la región de la Amazonia en 1978 para realizar estudios antropológicos, encontró «toda una población [de extractores de caucho] que vivía prácticamente aislada, en íntima relación con la selva». Como ignoraban las fuerzas económicas externas que influían en su medio de vida, estaban ahogados en deudas con intermediarios que controlaban el acceso a los mercados. Impresionada por la situación, Allegretti dejó el cargo que ocupaba en la universidad para establecer una escuela y ayudar a los extractores de caucho a romper el círculo de la pobreza.

Al trabajar junto con los dirigentes locales, descubrió que la suerte de ellos estaba atada a la de la selva, que estaba amenazada por la ganadería, la tala de árboles y métodos agrícolas miopes. Allegretti comenzó a reconocer también que la creciente sensibilidad del público con respecto a los problemas ambientales ofrecía nuevas oportunidades para que los extractores de caucho pudiesen resolver sus propios problemas. En 1986 fundó el Instituto de Estudios Ambientales para ayudar a los extractores de

caucho e informar al público sobre la situación de la Amazonia. Sus esfuerzos ayudaron a catapultar al dirigente de base Chico Mendes al centro de la atención mundial, no sólo por su campaña para aumentar los ingresos de sus compañeros extractores de caucho, sino también como defensor de la selva en sí.

«Una de mis funciones», explica Allegretti, «era comunicar las ideas de ellos, que traduje para distintos públicos, ayudando a establecer canales permanentes para el diálogo. El resultado ha sido una nueva estrategia de acción, con propuestas acordes con la realidad, vínculos con grupos nacionales e internacionales de defensa del medio ambiente y el desarrollo de una base de liderazgo que supo aprovechar la oportunidad cuando el gobierno se mostró abierto a nuevas políticas.»

Mendes fue asesinado en 1988, pero uno de sus legados perdura. El Instituto fundado por Allegretti mostró el camino que condujo a la adopción de leyes nacionales mediante las cuales se establecieron más de tres millones de hectáreas de «reservas extractivas», es decir, zonas protegidas asignadas a las personas que viven en la selva donde pueden extraer recursos renovables sin agotarlos. Entretanto, el movimiento de extractores de caucho que Mendes ayudó a formar se ha ramificado, y ahora extrae nueces de Brasil y otros productos forestales, diversificando así la base de ingresos de los extractores de caucho y aprovechando el incipiente mercado «verde» de América del Norte y Europa de bienes de consumo que ayudan a proteger el medio ambiente mundial.

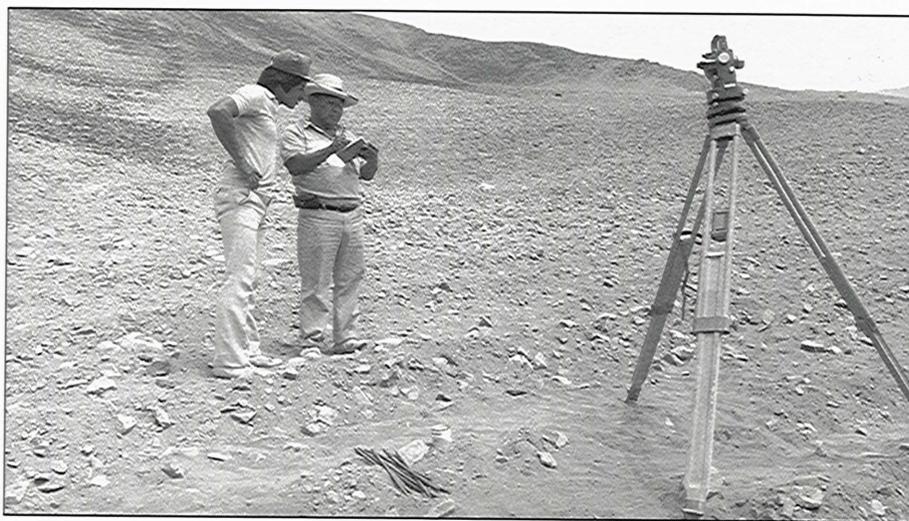
Arturo García, el tercer becario, atribuye su éxito como dirigente de base a su capacidad para «pensar siempre a largo plazo y ver varias películas al mismo tiempo». García, que nació en una familia de pequeños agricultores de una zona rural de México y se recibió de ingeniero agrónomo, habla el lenguaje de los campesinos a quienes ha dedicado su vida profesional. Su extensa labor de organización en las bases finalmente lo llevó a detectar un problema

fundamental para los pequeños agricultores. «La economía campesina», explica, «es como un monedero lleno de agujeros. Históricamente, ha subsidiado al resto de la sociedad.» Para tapar esos agujeros se necesitan programas que ayuden a los pequeños agricultores a agregar un valor a su producción y reemplazar a los intermediarios no competitivos con comercialización, crédito y bienes de consumo.

Los diez años que García pasó lidiando con estos problemas como organizador le han agudizado la visión lateral, enseñándole la importancia de la formación de redes. «Algunos», dice, «tal vez crean que esto es una locura, pero una red lleva a otra. Debemos continuar avanzando, organizándonos para aprovechar las oportunidades a medida que vayan surgiendo.» Después de organizar a los pequeños productores de café del estado de Guerrero, donde él vive, García desempeñó un papel fundamental en la organización de los productores de café a nivel nacional. Dirige la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOCA), red de 70 organizaciones de pequeños productores que ha abierto nuevos mercados en América del Norte y Europa para su café cultivado orgánicamente, marca Aztec Harvests.

La ecología fue al encuentro de la «socioecología» cuando García seleccionó la agricultura orgánica como estrategia eficaz para los pequeños productores que beneficia también al medio ambiente y a los consumidores. Los pequeños productores de café podían eliminar el costo elevado de los productos agroquímicos y obtener un mayor rendimiento del creciente mercado internacional de productos exclusivos, en tanto que los consumidores dispondrían de un producto más sano. «Nuestra meta es no quedarnos en la solidaridad, sino producir café de primera calidad para venderlo directamente a los consumidores», dice García.

La experiencia de García en la CNOCA ha servido de trampolín para la formación de la Unión de Pequeños y Medianos Productores de Café de México, Centroamérica y el Caribe



Miguel Sayago

Técnicos de Proterra midiendo un terreno en el valle del Lurín, en Perú. Esta organización de apoyo a grupos de base fundada por Antonio Andaluz, que recibió la beca Dante Fascell, ayuda a pequeños agricultores a aumentar sus ingresos y proteger las fuentes de agua de Lima.

(UPROCAFÉ). UPROCAFÉ representa un esfuerzo en gran escala de los pequeños productores de café de siete países de la región para influir en el mercado, modernizar las instalaciones de beneficiado de café y proporcionar asistencia técnica para aumentar el rendimiento y reducir los costos. Ya se han llevado a la práctica las iniciativas de UPROCAFÉ en el sentido de reunir a los pequeños productores de Sudamérica, África y Asia en una organización coordinadora para que tengan voz en las negociaciones internacionales orientadas a regular el mercado del café.

Antonio Andaluz, abogado y poeta, es un defensor del medio ambiente que comprende que la gente depende de la tierra para sobrevivir. «Debemos preservar el medio ambiente para los seres humanos», insiste. «Cuando el humus desaparece debido a la erosión, el que sufre es el campesino. Las comunidades deben aprender a manejar los recursos naturales con tanto cuidado como administran los recursos humanos.»

Su reconocimiento de la compleja relación que existe entre las comunidades rurales y la tierra llevó a la

creación del Instituto Tecnológico Agrario Proterra en 1983. Proterra ha ayudado a los pequeños agricultores a conseguir títulos de propiedad de las tierras, a aumentar la producción utilizando métodos orgánicos y otras técnicas nuevas, y a conseguir crédito del gobierno. Con esta experiencia, Andaluz se dio cuenta de que los recursos del gobierno no se aprovechan al máximo y que falta coordinación entre las organizaciones que trabajan con los sectores de bajos ingresos.

Esta revelación fundamental inspiró un programa pragmático llamado «Operación Tábano», que Andaluz ha usado para convencer a las comunidades, universidades, ONG y ministerios de gobierno de la necesidad de trabajar juntos para aprovechar al máximo la capacidad para desarrollar la agricultura sustentable en el Perú. La Operación Tábano desempeñó un papel decisivo en el éxito que tuvo Proterra al redactar el texto de la ley que estableció el cinturón ecológico alrededor de la zona metropolitana de Lima. Este programa de desarrollo integral considera a la región como un organismo vivo y pone de relieve la relación entre la población rural

Libros

y urbana y la necesidad de conservar el medio ambiente. Abre el acceso a los recursos que los agricultores necesitan para alimentar a su familia y a la ciudad, reduciendo al mismo tiempo la contaminación del aire y protegiendo las fuentes de agua regionales.

Proterra también ha sido el catalizador de la formación de la Red Ambiental Peruana, que comprende 77 organizaciones y se encarga de formular la estrategia de conservación del país. Antonio Andaluz dará a conocer a sus colegas de todo el mundo lo que ha aprendido de estas experiencias cuando participe en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, que tendrá lugar en Rio de Janeiro en el verano de 1992.

Andaluz y los otros dos becarios, Allegretti y García, han preconizado estrategias pioneras para el desarrollo en América Latina y el Caribe. Al aprovechar la energía de los organismos públicos y de la sociedad civil y al llevar los problemas de base al plano internacional, han atraído la atención del público hacia la dependencia creciente de la sociedad y la necesidad de cooperación para lograr cambios duraderos.

Estos tres pioneros han establecido pautas de referencia muy elevadas para la Beca Interamericana, que les permitirá reflexionar sobre su experiencia en las bases y organizar seminarios, asistir a conferencias y escribir artículos a fin de dar a conocer lo que han aprendido a otras personas interesadas en las oportunidades crecientes para el desarrollo.

Un comité de selección formado por destacados latinoamericanos y caribeños efectúa una evaluación preliminar de los candidatos a la beca y presenta una lista de candidatos meritorios al presidente de la Fundación Interamericana, quien elige a los becarios. El próximo concurso para la beca Dante Fascell se realizará en 1993. ❖

ANNA M. DENICOLA recibió de la Fundación una beca de investigación para la maestría y actualmente trabaja como consultora en Washington, D.C.

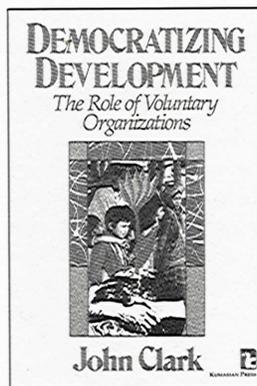
DEMOCRATIZING DEVELOPMENT, de John Clark.
West Hartford, Connecticut:
Kumarian Press, 1990.

Wilbur Wright

Hay un axioma eterno que dice: «Si no anda mal, no lo arregles». John Clark, asesor sobre política de desarrollo en Oxfam-Reino Unido, le da la vuelta al proverbio, señalando que el trabajo de fomento del desarrollo en el Tercer Mundo no funciona y hay que arreglarlo.

En *Democratizing Development*, Clark afirma que las organizaciones no gubernamentales (ONG), incluida la institución en la que él trabaja, han contribuido a este caos y, por lo tanto, forman parte del problema. Suaviza un poco su declaración agregando que las ONG encabezan la búsqueda de soluciones para los errores cometidos en la marcha hacia el desarrollo.

Su defensa de las ONG comienza con una breve reseña de sus orígenes y evolución. La mayoría de las ONG del hemisferio norte que funcionan en la actualidad tienen sus raíces en el socorro para los refugiados y otras actividades del período de reconstrucción de una Europa que había quedado destruida por la Segunda Guerra Mundial. Las ONG del hemisferio sur aparecieron en las luchas modernas por la independencia o con la llegada de las actividades de socorro de las ONG del Norte a la región. Fue recién en los años setenta que las ONG del Sur comenzaron a deshacerse de los estrechos moldes humanitarios para introducir nuevos enfoques orientados hacia la concientización de la población pobre. Tras un período de resistencia inicial, la mayoría de las ONG del Norte se sumaron a este



movimiento, y en los años ochenta estaban formulando la nueva gama de programas que han comenzado a redefinir el desarrollo.

Clark destaca que su cambio de rumbo no consiste simplemente en adoptar una nueva retórica. Durante los últimos veinte años, las ONG han profundizado su comprensión de la pobreza, ampliando su definición a fin de que no se limitara a los ingresos y el patrimonio, sino que se extendiera a la salud, la educación, la seguridad y muchos otros indicadores.

Esta comprensión, a su vez, ha llevado a un concepto más dinámico del desarrollo, que ya no se considera como un producto que se da a la gente, sino como un proceso de cambio iniciado por la gente, que le permite adquirir la confianza, los conocimientos, los recursos y las libertades necesarias para realizar su pleno potencial.

Clark llama a esto «desarrollo justo» y señala que es necesario para atacar la maraña de fuerzas que causan la pobreza y el estancamiento social. Acuñó la sigla DEPENDS para describir los siete componentes de esta nueva estrategia: desarrollo de la infraestructura, crecimiento económico, alivio de la pobreza, equidad, protección de la base de recursos naturales, democracia y justicia social.

La comprensión de las bases necesarias para el desarrollo justo debería inspirar a las ONG para asumir una función más amplia. La gestión de proyectos fructíferos es sólo el punto de partida para influir en otros a fin de que repitan esos esfuerzos. Para convertir proyectos en programas, las ONG deben promover sus propias redes con el propósito de ayudar a cambiar las políticas y costumbres de los gobiernos locales y nacionales y de los organismos de asistencia internacional.

La mayor parte de *Democratizing Development* presenta esta nueva función, señalando las mejores rutas y el equipo necesario para un viaje exitoso. Según Clark, es imprescindible que las ONG tengan buenos dirigentes, proyectos sólidos y un firme componente de aprendizaje a fin de mantener la memo-

ria institucional y rendir cuentas a los beneficiarios, a otros organismos de asistencia para el desarrollo, a las universidades y al público. Una vez asegurados estos elementos, las ONG deberían prepararse para ampliar gradualmente los proyectos que den resultado, influyendo por medio de la educación, las presiones y la promoción. El crecimiento a escala puede conducir a una mayor coordinación entre las ONG del Norte y del Sur y producir cambios en la política de desarrollo de los gobiernos, a fin de que los esfuerzos se complementen a nivel local, en vez de contrarrestarse, creando oportunidades para aprender, apoyarse y motivarse mutuamente.

En la última parte de su libro, Clark ataca duramente el «ajuste estructural», es decir, el remedio para el desarrollo recetado por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para las economías más maltrechas del Sur. El ajuste estructural es la serie de medidas que se pide que los gobiernos adopten para corregir los déficit presupuestarios y en cuenta corriente. Clark sostiene que este enfoque no estimula el desarrollo, y lo que es peor, es universalmente perjudicial para los pueblos de los países donde se aplica. Según Clark, esta política ha fracasado porque trata de afinar una estructura económica con defectos de fondo que necesita una reparación general. Volviendo al enfoque que describe con la sigla DEPENDS, plantea la necesidad de un modelo de desarrollo que sirva a la gente y al planeta. Para alcanzar estas metas, las economías nacionales deben no sólo interesarse en el crecimiento del producto nacional bruto, sino también promover la equidad, la justicia social, la conservación de la naturaleza y la democracia.

El libro termina con un llamamiento a las ONG para que hagan frente al desafío, cambiando la forma en que piensan, planifican, trabajan y se relacionan. Si no lo hacen, se convertirán en espectadores insignificantes de la lucha del mundo por su supervivencia.

Algunos podrán decir que Clark es un purista, un ingenuo, uno de esos

liberales religiosos o incluso un pesimista, pero sus argumentos son persuasivos, especialmente cuando se comparan con los resultados de los modelos de desarrollo existentes. Es un libro que el profesional debe leer y ponderar. ❖

WILBUR WRIGHT es el representante de la Fundación para Nicaragua. El libro se puede obtener de Kumarian Press, Inc., 630 Oakwood Ave., Suite 119, West Hartford, Connecticut 06110-1529, Estados Unidos (teléfono: 203-953-0214).

WHAT YOU CAN DO FOR YOUR COUNTRY: AN ORAL HISTORY OF THE PEACE CORPS, de Karen Schwarz. New York, New York: William Morrow and Company, Inc., 1991.

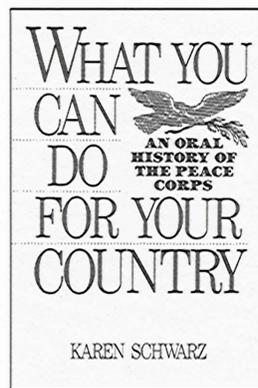
Diane B. Bendahmane

A los veteranos del Cuerpo de Paz siempre les gusta reunirse para recordar sus años de servicio. Los rigores de la preparación y del trabajo en una cultura

extraña están sumamente cargados de experiencias emocionales que acercan a la gente. Tal como dijo uno de mis compañeros del Cuerpo de Paz, «fue nuestra guerra».

What You Can Do for Your Country

es una colección de «cuentos de guerra» de ex voluntarios y de algunos que están por terminar sus dos años de servicio. Algunas historias son literalmente de guerra, como las narraciones cautelosas de los voluntarios que se vieron obligados a prestar servicios en los hospitales durante el golpe de 1965 en la República Dominicana. Según un testimonio ocular, era necesario hacer «de todo, desde fabricar y doblar vendas hasta llevar a los muertos a la morgue».



Sin embargo, la mayoría de estos informes se refieren a las batallas más conocidas que libran los voluntarios: contra la apatía, la soledad y los sentimientos de inutilidad. Por ejemplo, un maestro del Cuerpo de Paz que trabajó en Honduras relata:

Muchos voluntarios desistieron porque el trabajo era demasiado arduo. Hacía 95 grados, estábamos sudando; como era la puesta del sol, teníamos que mirar la pizarra con los ojos entrecerrados, mientras los mosquitos nos atacaban los tobillos. Algunos hondureños tienen problemas del aprendizaje o ceguera nocturna debido a la malnutrición, de modo que las lecciones avanzan muy lentamente. Los voluntarios pensaban que iban a trabajar con cientos de maestros y que surtirían un efecto perceptible, pero eso era una idea ingenua.

Las historias, recopiladas por la periodista independiente Karen Schwarz, están ordenadas cronológicamente en siete partes correspondientes a los siete presidentes que sucesivamente gobernaron a Estados Unidos desde que se fundó el Cuerpo de Paz en 1961, conforme al desafío que el presidente John F. Kennedy presentó a los jóvenes norteamericanos: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti; pregunta qué puedes hacer tú por tu país». Cada capítulo comienza con una breve introducción en la cual se presenta el contexto histórico de las narraciones individuales que siguen. En cada uno se reitera el argumento básico de la autora: el ideal del Cuerpo de Paz de ser un intermediario no partidista de ayuda de un pueblo a otro nunca se ha alcanzado.

Los cambios de orientación de la política exterior de Estados Unidos han constituido un obstáculo. Durante la década de 1980, por ejemplo, se reclutaron numerosos voluntarios para fomentar el desarrollo de las pequeñas empresas en el marco de la Iniciativa para la Cuenca del Caribe. Ultimamente, los voluntarios han sido asignados a países de Europa oriental, conforme a la política estadounidense de apoyo a las democracias nuevas y frágiles que están surgiendo en esa región del mundo.

Aunque las metas son admirables, este método tiene sus fallas. Si el Cuerpo de Paz se convierte en un instrumento de relaciones públicas para responder a cada nueva crisis, su misión de fomento del desarrollo saldrá perjudicada. Una programación apresurada, escasa preparación y personal insuficiente para apoyar a los voluntarios a menudo pueden estar a la orden del día cuando se organizan programas rápidamente para cumplir un calendario político. A veces los voluntarios no encuentran un trabajo real esperándoles en el país y, según la autora, sus quejas a menudo caen en oídos sordos. Las presiones políticas quizá tengan la culpa, pero los voluntarios admiten que ellos tienden a criticar al personal.

Karen Schwarz menciona también situaciones en las cuales el Cuerpo de Paz es vulnerable al tira y afloja de la política interna en los países donde trabaja. Por ejemplo, el gobierno chino canceló el programa en ese país calificándolo de «inconveniente» después de la masacre de la Plaza Tiananmen. Otro capítulo trata sobre el SIDA y la alegación de que en la década de 1980 el Cuerpo de Paz no advirtió a sus voluntarios en África sobre la grave amenaza de la enfermedad. Eso refleja tanto la falta de consenso en Estados Unidos en torno a la forma de encarar su propia crisis del SIDA como la poca inclinación de muchos gobiernos anfitriones a llamar la atención con respecto a la magnitud de la epidemia.

Es difícil refutar la tesis general de la autora. El Cuerpo de Paz es un organismo del gobierno y, en última instancia, su existencia misma está en manos de funcionarios elegidos. La organización ha bajado la guardia con mayor frecuencia al luchar por su supervivencia. Según ella, Loret Ruppe, ex directora del Cuerpo de Paz, defiende sin empacho su sensibilidad con respecto a la política exterior por razones pragmáticas. Dice Loret Ruppe:

Cuando llegué al Cuerpo de Paz, pensé: «¡Dios mío, ésta es una de las mejores cosas que está haciendo nuestro gobierno!». ¿Por qué nuestro presupuesto todavía es la mitad del

costo de un bombardero B-1?» Cabe esperar que algún día, quienquiera que tome estas decisiones presupuestarias comprenda que el trabajo del Cuerpo de Paz es el camino que deberíamos seguir. Pero los autores del presupuesto no nos verán si no somos visibles.

El sucesor de Loret Ruppe, Paul Coverdell, habla abiertamente de la necesidad de mantenerse «al tanto de los cambios de la política exterior de Estados Unidos para permanecer vitales».

Según la autora, la única manera de aislar al Cuerpo de Paz de estas presiones es internacionalizarlo, pero admite que «el servicio internacionalizado de voluntarios probablemente sea la consecuencia más idealista de la fundación del Cuerpo de Paz» y es improbable que ocurra.

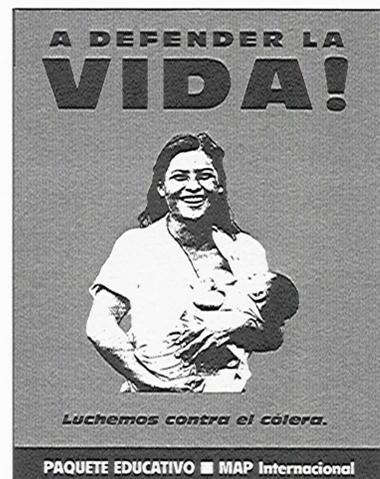
Las historias de guerra que Karen Schwarz ha compilado sobre el Cuerpo de Paz son buenas, pero no presentan un panorama completo. El subtítulo de su libro, *An Oral History of the Peace Corps*, exagera lo que se ofrece. La preferencia de la autora por las narraciones sobre desilusiones y desastres, salpicadas aquí y allá con una nota de escándalo, quizá sea natural en un periodista interesado en divulgar la noticia. Su falta de interés en el proceso de desarrollo es evidente; no dice casi nada al respecto. Además, los lectores que busquen un panorama equilibrado quedarán decepcionados. En algunos casos, dos o tres entrevistados fueron la fuente de las «historias orales» de toda una década de actividad del Cuerpo de Paz. Todavía no se ha escrito la verdadera historia del Cuerpo de Paz. Esta «rebanada» de historia es interesante, pero no muy nutritiva para aquellos que recurran a ella a fin de comprender mejor el atractivo imperecedero del ideal del Cuerpo de Paz. ❖

DIANE B. BENDAHMANE, compiladora y escritora que trabaja en el Proyecto de Agua y Saneamiento para la Salud, fue voluntaria y funcionaria del Cuerpo de Paz en la década de 1960.

A fines de 1991 la Organización Panamericana de la Salud había notificado 38.978 casos de cólera en América Latina. El cólera, que durante mucho tiempo ha sido considerada como una enfermedad de los pobres, amenaza las zonas donde escasea el agua potable, donde los sistemas de saneamiento son insuficientes o inexistentes, y donde se toman muy pocas medidas básicas de higiene, a menudo porque los rigores de la vida diaria dejan muy poca energía fuera de la necesaria para la mera supervivencia.

A pesar de que los medios de comunicación no han informado mucho sobre el cólera durante los últimos meses, sigue siendo una grave amenaza en varios países de América Latina, al igual que muchas otras enfermedades debilitadoras. La salud comunitaria y el desarrollo a menudo marchan paralelos, y la sección de Recursos de este número de Desarrollo de Base se concentra en medidas para evitar y tratar la enfermedad y mejorar la higiene pública.

Uno de los recursos, un paquete de material variado y enriquecedor para educar a la comunidad sobre la lucha contra la epidemia del cólera, se puede conseguir de MAP Internacional, Quito, Ecuador. **A defender la vida** comprende una guía para el usuario, una videocinta breve que induce a la reflexión, un casete para difundir por radio, un manual titulado *Pautas para el control de cólera*, un cartel didáctico, manuales



para instructores y promotores de salud, y varias hojas de 8½" x 11" con ilustraciones que pueden fotocopiarse para usar como folletos informativos, todo convenientemente empaquetado en una caja.

Los folletos son muy llamativos: usan dibujos lineales y texto sencillo para explicar las causas del cólera, los síntomas y el tratamiento. Se hace mucho hincapié en las medidas preventivas: el lavado de las manos y otras precauciones sanitarias, la correcta preparación de los alimentos y el tratamiento del agua en la fuente y antes de beberla.

La guía para el usuario, de nueve páginas, explica las ventajas de la instrucción en grupos y presenta en líneas generales los principios de la educación del adulto. También describe varias técnicas para fomentar una discusión eficaz.

El manual para instructores, dirigido probablemente a los encargados de informar a trabajadores de salud y educadores, se basa en los principios y técnicas mencionados. Presenta una guía paso por paso para organizar un seminario de tres partes sobre prevención del cólera. El manual para trabajadores de salud está escrito en un tono más informal, con preguntas y respuestas para ayudar a los lectores a profundizar sus conocimientos sobre la enfermedad. Es un libro de referencia interesante, escrito en lenguaje de todos los días, con ilustraciones bien pensadas e impreso con letra grande.

Cualquier organización de cualquier país del mundo puede recibir el paquete, pagando un cargo. Solicítelo de: MAP Internacional, Oficina Regional para América Latina, Casilla 1708-8184, Quito, Ecuador (teléfono: 452-373, facsímil: 435-500).

La *Guía para la capacitación en el manejo de las diarreas* viene con materiales ilustrados resistentes (desde carteles hasta tarjetas mnemotécnicas). Es una guía para enseñar a las comunidades a tratar la diarrea. Se puede conseguir de UNICEF-México y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).



Cartel de la Guía para la capacitación en el manejo de las diarreas.

La guía está escrita en lenguaje de todos los días y tiene dos partes. En la primera se presenta información básica, se describe la forma en que las madres pueden reconocer la diarrea y después se explica el concepto de la deshidratación, usando como analogía una flor marchita. Se describen seis síntomas comunes de deshidratación, acompañados de ilustraciones que muestran a un niño afectado. La primera parte termina con una definición de la terapia de rehidratación oral y las cinco medidas que las madres deben tomar para proteger a sus hijos contra la deshidratación. Una de ellas es la administración de sales de rehidratación oral, y se dan instrucciones claras para mezclarlas.

En la segunda parte del manual se explican las ventajas y los métodos de la capacitación participativa. Asignando a las madres a grupos pequeños, donde pueden expresar sus ideas libremente, conversar sobre su experiencia y colaborar en los ejercicios de enseñanza, se profundiza el proceso de aprendizaje por medio de la confianza y el apoyo mutuos. Se dan instrucciones claras para siete actividades de aprendizaje, incluida una evaluación de lo que los participantes han aprendido.

A fin de promover la discusión durante el curso, los instructores usan las tarjetas y los carteles que vienen con el texto. Estos recursos pueden usarse también para charlas breves en clubes de madres comunitarios.

El paquete puede solicitarse de PNUD/Banco Mundial, Programa de Agua y Saneamiento, PROWWESS, 1818 H Street, N.W., Room S-11125, Washington, D.C. 20433, E.U.A. (teléfono: 202-473-1304).

El tercer recurso, que fue creado por una red de colaboradores, nos llega de la República Dominicana. El *Manual para el uso de plantas medicinales* es un libro de consulta muy útil que las familias rurales pueden usar para tratar a un pariente o vecino que se sienta mal del estómago.

Con un enfoque casuístico simplificado, el manual informa a los lectores sobre la prevención y el tratamiento por medio de las anécdotas que cuentan cuatro amigos que viven en el campo. La impresión en dos colores hace aún más vívidos los dibujos llamativos que aparecen en cada página para ilustrar síntomas, estrategias de prevención y hierbas medicinales.

En el manual se presentan diez hierbas medicinales y productos hortícolas. Las instrucciones para la preparación están escritas claramente, con letras



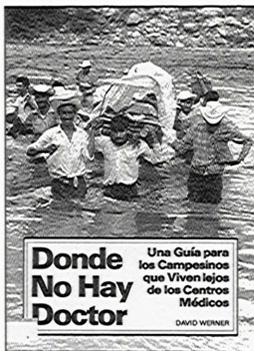
grandes y una ilustración de cada paso. Se indican las dosis recomendadas según la edad. Con viñetas de advertencia dispersas por el manual se muestra a los lectores las plantas que deben evitar en ciertas circunstancias y se hace hincapié en cómo saber cuándo los tratamientos caseros con hierbas no sirven y hay que ir al médico.

Se dedican varias páginas a los síntomas de la deshidratación en los niños, así como a la preparación y administración de un líquido de hidratación preparado con agua hervida, sal, azúcar y jugo de limón agrio (uno de los ingredientes de los que se habla en el manual).

Este manual y muchos otros sobre salud e higiene se pueden conseguir de Enda-Caribe, Apartado 21000 Huacal, Santo Domingo, República Dominicana (teléfono: 809-566-8321), y de PRO-SAIN, Apartado 2739, Santo Domingo, República Dominicana (teléfono: 809-561-4316).

En el primer capítulo de **Donde no hay doctor**, una guía para la atención de salud comunitaria, hay más información sobre plantas medicinales y remedios caseros. Desde 1973 el Dr. David Werner trata en su manual (la edición actual es la cuarta) las necesidades en materia de salud de los pobladores de zonas rurales y aldeas. Basándose en los principios de la responsabilidad personal y comunitaria, la divulgación de información y el respeto por los conocimientos y las costumbres locales, ayuda a los lectores de zonas alejadas o que carecen de servicios a tratar lesiones y enfermedades básicas y a tomar medidas preventivas. Enseña a reconocer también los casos que requieren atención médica o de un trabajador de salud.

Los 23 capítulos abarcan una amplia gama de temas, entre ellos nutrición, técnicas de diagnóstico, enfermedades de toda clase (desde la diarrea hasta la tuberculosis), primeros auxilios y medicación, prevención de enfermedades y planificación familiar. Hay un capítulo particularmente útil, titulado «Palabras a los trabajadores de salud rural», que presenta sugerencias atinadas sobre la forma en que los trabajadores de salud



pueden escoger las actividades sanitarias que promoverán y educar y curar más eficazmente. Al final del manual hay información sobre medicamentos específicos (usos, dosis, precauciones y efectos secundarios). Aunque los datos son bastante técnicos, se presentan en forma clara y sencilla. Los lectores también pueden consultar un glosario de diez páginas, que contiene definiciones de términos médicos y sanitarios en un lenguaje fácil de entender. El manual tiene un apéndice con una lista de recursos útiles y el nombre y la dirección de organizaciones que suministran material educativo, tanto general como sobre la salud.

Las versiones del manual en español, portugués e inglés pueden obtenerse, pagando un cargo, de: Hesperian Foundation, P.O. Box 1692, Palo Alto, California 94302, E.U.A. (teléfono: 415-325-9017). Por un cargo adicional, el manual será enviado a otros países. Las versiones en shuar, *Uwishin Atsamunam*, y en quichua, *Jambic Mana Tiacpi*, se pueden obtener de: Ediciones Abya Yala, 12 de octubre 14-36, Casilla 8513, Quito, Ecuador (teléfono: 562-633). La versión en aymara, *Qullirix Jan Utjki Ukawjanakatakiwa*, se puede obtener de: Radio «San Gabriel», La Voz del Pueblo Aymara, Calle General Lanza N° 2001, (Alto Sopocachi), Casilla 3792, La Paz, Bolivia (teléfono: 321174-355371).

En vista del nexo que existe entre la higiene y la salud comunitaria, ¿cómo pueden los planificadores de programas y los educadores locales que trabajan en el campo de la salud obtener el máximo rendimiento posible de sus esfuerzos y de sus recursos limitados? ¿Qué elementos ayudan a asegurar que la educación sobre higiene lleve a cambios de con-

ducta? Estas preguntas inspiraron un estudio, que se puede conseguir del proyecto Water and Sanitation for Health (WASH), en el cual se exponen las enseñanzas de los proyectos realizados en tres países. Aunque ninguno de estos países es de América Latina y no hay un modelo único de educación sobre higiene que pueda repetirse en todas partes, muchos de los comentarios que se presentan en este documento son aplicables al hemisferio occidental.

En el Informe Técnico No. 55 de WASH, **What Makes Hygiene Education Successful?**, los autores presentan sus resultados y agrupan los componentes esenciales de los proyectos de agua y saneamiento terminados con éxito en cinco categorías: condiciones que deben existir para iniciar la etapa de planificación; administración y logística; los cimientos; divulgación comunitaria; seguimiento, evaluación y ajustes sobre la marcha. Se hace hincapié en el trabajo para sentar las bases: recopilar datos básicos sobre los conocimientos y la conducta de la comunidad, ganarse el apoyo de los dirigentes políticos locales y conseguir personas apropiadas para que trabajen de educadores sobre la salud (usando criterios locales que generalmente comprenden el sexo, el nivel de educación, la situación laboral y el lugar de origen/domicilio). También se insiste mucho en la labor de divulgación comunitaria, y hay tres apéndices con material para facilitar esta tarea y el trabajo para sentar las bases.

WASH publica otros dos libros que complementan este informe técnico: **Guidelines for Designing a Hygiene Education Program in Water Supply and Sanitation for Regional/District-Level Personnel** (Field Report No. 218) y **New Participatory Frameworks for the Design and Management of Sustainable Water Supply and Sanitation Projects** (Technical Report No. 52).

Los tres documentos se pueden obtener de: WASH Project, 1611 N. Kent Street, Room 1001, Arlington, Virginia 22209-2111, E.U.A. (teléfono: 703-243-8200). ❖

—Lynda Edwards

Fundación Interamericana

Consejo Directivo

Frank D. Yturria, Presidente; Yturria Ranch Enterprises
James R. Whelan, Vicepresidente; The Whelan Group
Bernard W. Aronson, Secretario Adjunto para Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado
James H. Michel, Administrador Adjunto, Oficina para Latinoamérica y el Caribe
William K. Reilly, Administrador de la Agencia de Protección Ambiental, Washington, D.C.
Ann Brownell Sloane, Socia de Sloane and Hinshaw, Inc.
Norton Stevens
Paul E. Sussman, Jefe Principal de Operaciones de, Day Surgicenters, Inc.

Programa de Becas

La Fundación Interamericana patrocina un programa de cuatro clases de becas con el propósito de apoyar a investigadores y profesionales de América Latina, el Caribe y Estados Unidos, cuyo interés en sus investigaciones y carreras profesionales está centrado en las actividades de desarrollo de la población pobre. Dos de estas becas subvencionan la investigación de campo en América Latina y el Caribe de candidatos a grados de maestría o doctorado; otra beca apoya los estudios de postgrado de académicos y profesionales en Estados Unidos; y la nueva Beca Interamericana Dante B. Fascell promueve la difusión de las actividades de destacados dirigentes de América Latina y el Caribe en el campo del desarrollo.

Los temas principales de investigación son: 1) la naturaleza de las organizaciones de base efectivas, formadas por la población pobre; 2) la naturaleza de organizaciones de apoyo o de servicios que operan con eficiencia; 3) la evaluación sistemática de actividades de desarrollo local, por ejemplo estudios de programas y proyectos de desarrollo destinados a favorecer a los grupos de menos recursos, como los microempresarios del sector informal, mujeres cabeza de familia, poblaciones indígenas aisladas y pescadores artesanales.

Las solicitudes de información y subvención deben dirigirse a:

Fundación Interamericana
Programa de Becas, Depto. 111
901 N. Stuart Street, 10º Piso
Arlington, Virginia 22203
E.U.A.

Índice

El hallazgo de un terreno en común:
Redefinición de la labor de la mujer en Colombia

Jamie K. Donaldson

De la protesta a los programas: Asociaciones
vecinales de un municipio brasileño

Bruce W. Ferguson

La energía cultural y el desarrollo de base

Charles D. Kleymeyer

Armonía con la tierra:
Celebración de la cultura andina

Marion Ritchey Vance
y Ron Weber

Comentario • La marcha del desarrollo
Noticias de la Sede • Libros • Recursos

ISSN: 0733-6608 (Inglés)
ISSN: 0733-6594 (Español)